

Samuel Beckett

El innombrable



Lectulandia

Con «El innombrable» se cierra la gran trilogía iniciada con «Molloy» y continuada con «Malone muere», punto culminante del largo proceso de desintegración y pérdida del yo a través del cual los personajes de Samuel Beckett quedan reducidos al discurso inconexo de una conciencia separada del mundo exterior y disociada incluso de su propia base corporal. Alegoría grotesca y patética de la impotencia humana, el ente anónimo, paralítico e informe que monologa de manera obsesiva a lo largo de las páginas de la novela arrastra una existencia puramente vegetativa, condenado por siempre a escuchar el resonar incesante de su propia voz. Nadie ha logrado expresar con tanta fuerza —señala Frederich R. Kari en las páginas que sirven de prólogo a esta edición— la desesperación de una época que pone en duda no sólo ya el sentido de la existencia, sino incluso su misma realidad.

Lectulandia

Samuel Beckett

El innombrable

ePub r1.3

Titivillus 26.02.15

Título original: *L'innommable*
Samuel Beckett, 1953
Traducción: Rafael Santos Torroella

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Esperando a Beckett

Busca y rebusca

A pesar de que Samuel Beckett dramaturgo haya gozado de una decisiva preponderancia sobre Beckett novelista, es en sus seis novelas^[1] donde se hace patente su originalidad; sus obras de teatro no aportan más que una acotación marginal a lo que ya las novelas indican con espacio más dilatado y fuerza más intensa. Las obras teatrales en sí —*Esperando a Godot*, *Fin de partida*, *La última cuita*, *Acto sin palabras*, por ejemplo— no son más que fragmentos de las novelas, episodios inmersos en un contexto más amplio. El auténtico Beckett —arrogándonos la pretensión de definirlo— es el novelista que, de forma casi arbitraria, desmenuzó sus novelas en fragmentos etiquetándolos de tragicomedias, monólogos, mimos, etc.

Las dos primeras novelas de Beckett —*Murphy* (1938) y *Watt* (publicada en 1953, pero escrita en 1942-1944)— fueron redactadas en inglés y se desarrollan en un ambiente decididamente inglés, pero aquel novelista, hijo de Irlanda, tendría que asociarse bien pronto a una forma continental de ver las cosas, tanto desde el punto de vista literario como filosófico. En filosofía rechazaría de plano el racionalismo y la lógica ingleses en favor de la división cartesiana entre cuerpo y alma. Y en literatura, se encuentra más próximo a Proust, Céline, Sartre, Camus y Ionesco, así como a escritores experimentalistas como Robbe-Grillet y Nathalie Sarraute, que a los novelistas ingleses de los últimos cien años. Sólo muestra cierta afinidad con Joyce, y tal vez con Dickens, y ello menos por el contenido que por ciertos patrones y técnicas que se repiten en sus obras.

Beckett es un Joyce que se ha avinagrado, un Joyce sepultado después de *Ulises*. Si Stephen Dedalus hubiera fracasado en todas sus empresas y, en consecuencia, se hubiera convertido en un haragán, un vago o un escritor sin tesis, podría haber encajado en alguna de las novelas de Beckett, en las que casi todos los protagonistas son escritores que hacen la crónica de sus fastidiosas odiseas. Sus narraciones, sin finalidad ninguna —precisamente su misma esencia es la ausencia de todo objetivo— son aventuras egocéntricas que registran todo aquello que mantiene su propio pasado ante ellos, dado que su presente ya no les aporta placeres. Sin embargo, incluso su pasado es penoso: una desabrida sucesión de desventuras y oportunidades perdidas, de relaciones forzadas que jamás desearon, de empleos y familias y gente extraña... todo pululando en derredor suyo para torturarlos. En todos los ejemplos van adquiriendo gradualmente conciencia de la absurda diferencia entre sus menguadas esperanzas y su realización, más menguada todavía.

La utilización del absurdo existencial se convierte para Beckett —al igual que ocurriera con Camus— en un ingenio metafísico que servirá para explorar la existencia, adoptando diversas formas. La «realidad» de una novela de Beckett es un

sueño exagerado, una dilatada pesadilla que abarca pasado y futuro, una manifestación fluida de algo aparentemente preconsciente. El mundo de la primera novela de Beckett, *Murphy*, tiene pocas de aquellas piedras de toque que esperaríamos encontrar incluso en la novela simbolista. Comparadas con *Murphy*, las obras simbolistas de Conrad, Lawrence y Joyce no parecen otra cosa que proyecciones realistas de problemas cotidianos. Constituyendo en mayor medida la presentación de un problema filosófico que una novela en el sentido corriente. *Murphy* en algunos aspectos parece realizada a partir de los mismos materiales que *El extranjero*, cuya primera versión fue concebida por Camus no mucho tiempo después de que fuera publicada la novela de Beckett.

Sin querer forzar el paralelismo, el lector podrá ver en ambas novelas el intento del protagonista de permanecer inocente, de eludir los disparatados contactos que el mundo espera de él. Murphy se mece en el balancín, desnudo, atado (como un héroe griego castigado por los dioses), pero con el espíritu libre. Nadie influirá en su espíritu: «Y la vida en su espíritu le proporcionaba placer, un placer tal, que placer no era la palabra». Ambas novelas contienen una reprobación rousseauiana del mundo: la negativa de Meursault a llorar en el entierro de su madre es la negativa de Murphy frente al trabajo. En las dos circunstancias los protagonistas deben afrontar lo absurdo de la existencia para establecer la trágica intensidad de sus propias vidas. Cada uno vive de forma distinta a lo que de él se espera y, a pesar de ello, los dos abrigan la esperanza de no ser juzgados. Aunque no existan verdades eternas, Murphy trata de encontrar la Verdad en su mecedora; desnudo y atado se esfuerza por dejar tras él un mundo de falsas apariencias, en una contemplación de la realidad que lo hace similar a Buda. Para Murphy el mundo real es como aquella caverna de apariencias de Platón, mientras que su propia «caverna interior» es el verdadero mundo.

Un personaje central en Beckett se encuentra en perpetuo conflicto con los objetos que lo rodean, ya que únicamente él tiene realidad. Al igual que Descartes separaba el cuerpo del alma para tratar, después, de reintegrarlos, Beckett divorcia a las personas de los objetos para tratar, más tarde, de hallar alguna relación entre ellos. La novela francesa de última hora, cuyo arquetipo sería la obra de Alain Robbe-Grillet, Michel Butor y Nathalie Sarraute es, en cierto sentido, una acotación marginal a la producción de los veinte últimos años de Beckett. Robbe-Grillet presenta un mundo en el que «las cosas son las cosas y el hombre sólo es el hombre», es decir, las cosas siguen siendo impenetradas, «objetos duros y secos» ajenos a nosotros.

Un protagonista para Beckett, ya se trate de Murphy, de Watt, de Molloy o de Malone, ha rehusado desde largo tiempo a la complicidad con los objetos. O, de otro modo, los objetos han seguido fuera de su alcance. En cualquier caso, se encuentra aislado del resto del mundo, ajeno a los deseos y necesidades de éste. La dicotomía entre su espíritu y su cuerpo encuentra analogía en el mundo exterior en la dicotomía entre los seres y los objetos. Así pues, el mundo de Beckett opera por mitades, y la

dialéctica en cualquier novela dada se producirá siempre que dichas mitades entren en colisión, siempre que se origine la tensión entre el cuerpo y el espíritu, por un lado, y los seres y los objetos, por otro.

Con este esquema básico, no es de extrañar que los personajes de Beckett estén faltos de una clara identidad. En virtud del mismo hecho de encontrarse divididos, no pueden identificar que sean, y en virtud del mismo hecho de encontrarse el mundo dividido, no pueden ser identificados con nada ajeno a sí mismos. En consecuencia, todas sus novelas adoptan la forma de una búsqueda, sobre todo la búsqueda estrecha de un yo que, irónicamente, no se diferenciará jamás de lo que realmente es el personaje. Es, por supuesto, en la acentuación de este motivo simbólico —aquel en que el personaje busca su perdida personalidad, que equivale a un paraíso o a un infierno perdido— donde Beckett se asocia a los escritores de vanguardia de este siglo. No obstante, a pesar de lo familiar del tema, en su desarrollo en Beckett constituye el producto exclusivo de un espíritu original.

En busca de identidad, cósmica en su propósito, un personaje central en Beckett deja muy atrás al mundo cotidiano. Además, para Beckett, la búsqueda no es melodramática ni trágica sino cómica: la búsqueda de un yo que incluso el protagonista sabe no puede rescatarse. Cuando alguien busca con la esperanza de encontrar algo que lo elude constantemente, el resultado será trágico para él; pero cuando busca conociendo que lo que le escapa ahora seguirá escapándole y sigue buscando prescindiendo del éxito, el resultado suele ser gracioso. Una persona así se convierte en un tipo particular de loco, víctima de chistes efectivos, ironías cósmicas, experiencias paradójicas; aunque ninguno de tales contratiempos importe realmente. El que busca no hace otra cosa más que representar simplemente lo que él sabe es un juego. Esto es lo que ocurre con los protagonistas de Beckett: reconocen que las divisiones que los han escindido jamás podrán ser salvadas y que de ellos se espera(¿quién lo espera?) que aguarden, actúen y tengan esperanzas. Todos los personajes de Beckett esperan a Godot, cada uno a su modo, y aquél no llegará jamás. Puesto que Godot aliviaría los males que les aquejan y tal solución es en sí misma una imposibilidad en un mundo absurdo.

En un mundo que ni castiga ni recompensa, las aspiraciones, la esperanza, la ambición, la misma voluntad carecen evidentemente de todo sentido. Nadie conseguirá nada: Murphy muere, resultado indirecto de conseguir empleo. Molloy llega hasta la habitación de su madre, pero, ¿con qué fin? Moran busca a Molloy y cada vez va asemejándose más a su tullida presa. La búsqueda termina en un círculo. Malone espera la muerte, decrepito, desamparado. El Innombrable trata de averiguar qué o quién sea él. Y en un mundo en el que es inasequible la consecución, la tragedia lo es también. Están ausentes intencionadamente la evolución y desenvolvimiento necesarios a la tragedia, puesto que tragedia presupone un sentido coherente dentro del mundo. Viene a indicar que los fines que se persiguen, la voluntad, las aspiraciones actuarán dentro de una estructura social que, cuando menos

en potencia, es progresiva, y es del todo evidente que este género de mundo está ausente en Beckett. Tan al margen que son casi inexistentes, los personajes de Beckett actúan, no obstante, con tan intenso ardor que convierte en heroísmo el simple hecho de ensartar un orinal con un bastón o de encontrar un trozo de lápiz. Los personajes de Beckett sufren en su mundo en miniatura, pero en su sufrimiento está ausente el heroísmo. Para Beckett, al contrario de lo que ocurre con Faulkner, el sufrimiento carece de connotaciones heroicas. Por no tener sentido, el sufrimiento resulta más bien cómico. Tal vez por esta razón se haya acusado a Beckett de escribir antinovelas: novelas que niegan la vida y que encuentran graciosa esta misma negación.

Para Beckett el haragán es una entidad metafísica, una persona tan alejada de la sociedad «normal» que sus actos y comportamiento se producen casi en forma cósmica. Al separar al personaje de los objetos que lo rodean y al escindir, además, al personaje en cuerpo y alma, Beckett es capaz de crear cierto tipo de realidad fragmentada. Poblado por holgazanes, vagabundos, inadaptados y lisiados, este mundo es un *collage* de imágenes surrealistas prendidas entre sí con alfileres en virtud menos de su fuerza narrativa y más de estados sentimentales en el individuo. Los matices del sentimiento lo van a resolver todo y aquí es donde Beckett apunta el conflicto filosófico central que impregnará toda su obra.

Si los únicos hechos susceptibles de ser investigados son los estados del sentimiento, del espíritu o del pensamiento, entonces, ¿cómo se explica la existencia de las cosas? Si una cosa no es más que lo que resulta evidente para los diversos sentidos, entonces es que, en realidad, no hay objeto que posea sustancia o forma por sí mismo: su forma, evidentemente, dependerá de la apariencia que adopte para los diferentes sentidos en distintos momentos. Por consiguiente, tendremos que mostrarnos escépticos casi radicales frente a las cosas. En el pensamiento cartesiano, al igual que en Beckett, el espíritu importaba más que la materia, lo subjetivo era más significativo que lo objetivo. Según Descartes, el único medio de que pudiera conseguirse que el espíritu pactara con los cuerpos era a través de Dios. El argumento manifestaba lo siguiente: dado que Dios infunde al hombre una intensa inclinación a creer en los cuerpos, de no existir dichos cuerpos indicaría que Dios nos engaña; pero como, dada la naturaleza de Dios, esto es imposible, entonces es que los cuerpos existen.

¿Qué ocurrirá, no obstante, si eliminamos a Dios del universo, tal como hace Beckett? ¿Qué relación podrá haber entre el hombre y los objetos externos que lo circundan, si es eliminada la fuerza conectiva, para llamarla de algún modo? El hecho cierto es que el resultado será una especie de caos, el caos de las novelas de Beckett, donde el único orden impuesto es el que aportan los propios personajes, los cuales enuncian el problema a través de sus mismos escritos. El hecho es que Beckett sustituye a Dios al hacer que el personaje se convierta en un sustituto autor que creará, entonces, su propio mundo y que, por sí mismo, inferirá la conexión necesaria

entre alma y cuerpo. La utilización que hace Beckett del autor anatematizado, asumiendo funciones similares a las de Dios, es un recurso familiar a Baudelaire y a Rimbaud. Los escritores de Beckett —Molloy, Moran, Malone, el Innombrable— crean todos sus propios mundos y su problema más importante estriba únicamente en resolver este dilema filosófico: la necesidad de acercarse a los objetos, de apresar los objetos, de hacer las paces con el mundo de los objetos. Su problema más sencillo —o el más difícil— suele ser el de poner las manos en las cosas elementales que les son precisas. No cabe duda de que Beckett minimizó sus necesidades —una piedra, un lápiz, una libreta, un bastón, un paraguas, una bicicleta— al objeto de reducir la relación entre persona y objeto a los primeros principios, en cuyo estadio el problema podrá «resolverse» a través de procedimientos más cómicos que trágicos.

El hacer hincapié en las cosas sirve igualmente para otra función: la de aportar firmes raíces en el mundo de la realidad con el fin de ofrecer consuelo frente a la tortuosa corriente que es la conciencia de los protagonistas. Joyce, por ejemplo, atajó la fuente verbal de Bloom intercalando hábilmente en la narración numerosas referencias a Dublín, de forma que Bloom quedó dotado de sustancia, al mismo tiempo que de espíritu, a través de lo que le rodeaba. Beckett opera de forma parecida. Sin valerse de Dublín como telón de fondo, emplea los puntales corrientes de la vida cotidiana para infundir una dimensión espacial a sus novelas. El hecho de hacer hincapié en los objetos —sin importarle su mediocridad ni su vileza— impide que sus personajes se sutilicen, partiendo de la existencia positiva, camino de estados puros del ser. Ya hemos visto que tal toma de conciencia de la dimensión espacial como contrapunto de los estados sentimentales de los personajes, ha venido a ser la *raison d'être* de una «nueva ola» de escritores franceses como Robbe-Grillet.

Esta importancia que Beckett, y los escritores franceses, conceden a la dimensión espacial indica un curioso rodeo en torno a la obra de Proust, con su acentuación de la dimensión temporal de la memoria. El propio Beckett vio en las novelas de Proust, ya en 1931, el camino a través del cual el arte descifraría los misterios del universo y halló en la utilización que hace Proust de la memoria involuntaria una herramienta temporal como forma de desgarnecer certeramente de todos los aditamentos para llegar a lo esencial. En una carta dirigida a Antoine Bibesco, Proust había explicado qué entendía él por memoria involuntaria, teoría valiosa para Beckett en dos aspectos: tanto por su influencia inmediata sobre él como en un medio que, más tarde, ha de procurar su reacción a las dimensiones temporales en conjunto.

La memoria involuntaria se ocupa de aquella parte del cerebro que acumula sensaciones pasadas, censuradas —por decirlo así— por la memoria voluntaria, y que podrá evocarse a través de un perfume, un sabor o una sensación momentánea, a cuyas cosas Proust llamaría más tarde momentos privilegiados. La memoria involuntaria, al igual que la conciencia psicoanalítica, contiene un pasado recordado a medias, a medias olvidado, que podrá invocarse en cualquier momento de revelación repentina.

Un viaje a través de la memoria involuntaria es un intento de amalgamar todo el tiempo, penetrando por debajo de la superficie hasta aquellas profundidades que contribuyan a definir la «realidad» de un ser humano. Es un recurso antinaturalista, destinado a un sondeo psicoanalítico del carácter y la personalidad, y esto sería precisamente lo que atraería al joven Beckett. Y, a pesar de que más adelante abandonaría el interés que sintiera por el tiempo en sí mismo, el método habría de infiltrarse de forma curiosa en su propia obra. Al ahondar en la memoria involuntaria, Beckett descubriría un paraíso perdido, de hecho el único paraíso auténtico tanto para Beckett como para Proust precisamente por la razón de ser un paraíso perdido. La memoria es, por supuesto, el único medio de desvelarlo. Por ello Proust trabajaría en sus siete volúmenes. No obstante, para Beckett el paraíso perdido no podrá recuperarse ni siquiera en la memoria porque, por un hecho paradójico, la imposibilidad de recuperar lo perdido es lo que lo convierte en paraíso. Esperar más será esperar en vano, negar lo que es realmente la vida. Para Molly, por ejemplo, el paraíso transmite la reminiscencia de su madre que él trata de recuperar emprendiendo su imposible búsqueda; pero, de dar con ella, la realidad negaría la visión paradisíaca y, en consecuencia, la búsqueda sería infructuosa y una derrota en sí misma. Por tanto, toda la búsqueda que presentan las novelas de Beckett —ya sea en las obras de preguerra, *Watt* y *Murphy*, ya en las de postguerra, *Molloy*, *Malone muere* y *El innombrable*— está predestinada al fracaso. Una vez perdido el propio paraíso personal —y en el mundo de Beckett jamás se podrá ni siquiera tener conciencia de tal pérdida— queda esta realidad que es con la que uno vive. Si el lector acepta esta actitud común a muchos de los protagonistas de Beckett, percibirá algunas de las restricciones bajo las que viven dichos personajes. Estos seres no tienen ilusiones, puesto que cuando no se tiene un paraíso real en el que puedan cifrarse las esperanzas o en el que se pueda soñar, las ilusiones son ilusorias.

Existe en Beckett, tal vez como consecuencia directa de su actitud frente a Proust y frente a todo lo que Proust propugna, un áspero realismo que trata de suavizar por medio de recursos cómicos procedentes de autores tan dispares como Joyce, Sterne y Swift. En las novelas de preguerra, que escribió en inglés, se hace más evidente la influencia de los escritores ingleses y los temas son menos desesperanzados, aun siendo sombríos, pero en las novelas de postguerra, escritas en francés, cuya composición, al decir de Beckett, es fundamental para toda su ideología, los recursos son menos explícitamente atribuibles a Joyce o a Swift, presentando mayor afinidad con elementos grotescos propios de Camus y Sartre. A pesar de todo, en ambos períodos se evidencia la característica de Beckett: un haragán, un vagabundo o un intruso, el necio de la época isabelina reducido, por desintegración, a una sombra de su prístina personalidad. Sin esplendor ninguno, ya intrínseco, ya de tipo vicario arrebatado tal vez a su noble maestro, el intruso de Beckett se convierte en arquetipo de un mundo en declive: el loco universal. Ahora, el vagabundo será el patrón, simplemente por el hecho de que no existe otro modelo. Estragón y Vladimir,

esperando al que jamás-ha-de-llegar Godot; Moran en su extraña búsqueda de Molloy para, al hallarlo, salvar una parte de su propio yo; Murphy tratando de eludir el trabajo y torturándose más de lo que le torturaría el mismo trabajo; Watt en su intento de ver a Mr. Knott, a quien sirve fiel y mudo; Malone esforzándose para vivir entre Dish (la comida) y Pot (los excrementos); el Innombrable anhelando el silencio pero forzado a un chorro de palabras, todos ellos son «gladiadores moribundos» —para repetir la feliz frase de Horace Gregory— los cuales ponen a prueba los límites de un mundo insensato, martirizados por su misma integridad.

Aun cuando se encuentren próximos a la no existencia —«A veces, ciertamente, es casi ridículo»— no aceptan sus papeles como seres grotescos y patéticos. Su vitalidad y el hecho de que no se vengán abajo en situaciones destructivas es algo que nos deja atónitos. Los esfuerzos que hace Murphy para no trabajar se convierten en una saga de la ingenuidad y la braveza humanas. Desafía a toda la sociedad para poder ser él mismo, de la misma forma que Moran lo abandonará todo —su hijo, su dignidad, su honorabilidad, su caldeada casa— para buscar a Molloy, al que únicamente conoce por el hecho de que Molloy, mezclado entre todos nosotros, pulsa una cuerda.

Por muy disparatados que puedan ser los personajes de Beckett —se hacen dignos por sus propios méritos, y por el hecho de esperar algo que ya saben no ha de ser nada—, son personajes cómicos en un mundo trágico. Reducidos a Lear en el matorral, éste que fuera noble en otro tiempo y que ahora está mucho menos capacitado que su bufón, se enfurecen y despotrican contra toda restricción y, al hacerlo, se formulan importantísimas preguntas: ¿en qué tiempo hablará una persona cuando su vida, al tiempo que sigue su curso, ha cesado ya, o tal vez ni prosiga ni haya terminado?, ¿qué sentido tiene la carne cuando la experiencia ha negado toda forma de esperanza?, ¿para qué se vive cuando ni la carne ni el espíritu proporcionan placeres y el recuerdo produce sólo dolor?, ¿qué sentido tienen las aspiraciones y los fines que se persiguen para los que no se encaminan a ningún objetivo ni tienen conexión ninguna con nada ajeno a sí mismos?, ¿qué ocurre cuando se deja de creer en Dios y en el hombre, cuando Dios es imposible y el hombre es repugnante?, ¿qué hay que pensar cuando la vida pierde todo su sentido y la muerte es algo que no se tiene la fuerza de buscar?

Estas son las preguntas que se hacen los gladiadores de Beckett, sin que ninguno de ellos espere respuesta satisfactoria. La calidad de su desesperanza sobrepasa la de todo personaje literario, contando tal vez con el Ferdinand Bardamu de Céline y el Gulliver de Swift. Las dos no-entidades de *Fin de partida* que han sobrevivido a su tiempo y que ahora buscan la-vida-y-la-muerte en cubos de basura son símbolos aptos del mundo de Beckett; seguir buscando sería buscar la vida, y los seres de Beckett están todos orientados hacia la muerte. Para ellos el dolor y la aflicción son una curiosa forma de salvación en un mundo que intenta, con engaño, hacerles creer que son felices.

¿Cómo, pues, llega a convertir Beckett esta forma de ver las cosas en algo cómico, puesto que es cómico a pesar de que se trate de una comedia restringida? Su recurso más importante es principalmente el uso que hace de la lengua, que se mofa, injuria, hostiga, y exaspera, sin dejar de ser en todas ocasiones la lengua manejada por las manos de un experto. En segundo lugar, emplea la parodia, la comedia grosera, el chiste de efecto retardado, la yuxtaposición de desemejantes, la equiparación de lo familiar con lo no familiar, todo ello encaminado a la creación de una realidad fantástica a la vez que grotescamente real.

En *Murphy*, el personaje que da título a la obra sigue un plan que obedece a un horóscopo de Ramaswami Krishnaswami Narayanswami Suk para los nacidos bajo el signo de La Cabra. La persona en cuestión que, en este caso, es Murphy, de seguir la profecía de Suk tendrá el éxito asegurado y, por ello, Murphy se asesora con Suk a cada nuevo cambio de su fortuna. Sin embargo, Murphy sabe que sus «perspectivas de conseguir empleo eran las mismas en los dos sitios, en todos los sitios»: él es el último hombre hasta el que puede llegar Suk. Murphy es el hombre que tiene negado el éxito, el hombre orientado hacia la muerte. Las profecías de Suk son para el oportunista, el mundano, el osado, para aquel hombre de condición arrojada dispuesto al sacrificio y a la convivencia con tal de prosperar; y, sin embargo, Suk es el Dios de Murphy. Las mismas cualidades, pues, de la búsqueda de Murphy, atrapado como se encuentra entre lo que le profetiza Suk y su propia ansia de descanso y de silencio, son las de la humorada y del insulto. Naturalmente que Suk es un falso profeta, en pro de un mundo en competencia pero, a pesar de ello, para Murphy no existe nadie más en quien creer. Sin embargo, a pesar de que modifica sus ideas para que encajen con las de Suk, Murphy reconoce también la futilidad de un Dios, cualquiera que éste sea. Porque Murphy admite en sus adentros que él no es del gran mundo: «Yo soy del mundo pequeño». Y se pregunta, a pesar de seguir a Suk: ¿Por qué ha de cultivar «las ocasiones que originan el fracaso, después de haber ya contemplado una vez los ídolos beatíficos de su caverna?». Y Beckett comenta, en palabras de Arnold Geulinx, cartesiano belga del siglo XVII: *Ubi nihil vales, ibi nihil velis*. ¡Su epitafio a Murphy!

Suk, el trabajo, la industria, el pordiosear por el parque, son cosas todas hostiles a la naturaleza de Murphy y todas ellas engendran la comedia, puesto que Murphy sólo se encuentra a sus anchas en su mecedora, desnudo, en estado contemplativo: Dios budista que contempla la nada. Retrayéndose hasta la oscuridad de su propia existencia cavernícola, purificado casi hasta salirse de la existencia, Murphy pinta su espíritu «como una gran esfera hueca, cerrada herméticamente al Universo exterior. Esto no era un empobrecimiento, puesto que no excluía nada que no contuviera». Un espíritu que anhela el descanso y el silencio postreros se ve obligado a entrar en contacto con una sociedad que va tras la competencia, el trabajo, la ambición. Y el resultado es cómico. Murphy ingresa en el Magdalen Mental Mercyseat Hospital, no como paciente sino como auxiliador general, y encuentra atractivas las celdas

acolchadas y su desván, parecido al útero, parecido a una tumba. Bien acogido por los pacientes, sobre todo por uno que juega al ajedrez, encantado de que los esquizofrénicos graves resistan todo tratamiento encaminado a convertirlos en seres «normales», y encontrando que las celdas acolchadas son un retiro perfecto, Murphy disfruta de paz interior en el manicomio durante el día y de reposo en su desván por la noche. Su apartamento es virtualmente completo y muere como un hombre relativamente feliz, desgajado tal como está del mundo. Quemado por la estufa de gas, será más tarde incinerado y esparcidas sus cenizas en una taberna, las cuales, después, serán barridas para no distinguirse de las colillas, las cerillas, el vómito y los demás desechos que hay por el suelo. Este es el fin de Murphy, y es un fin triunfante, puesto que se extingue en la muerte hasta aquel extremo que anhelara cuando se mecía, como un Buda, en su balancín. Sus esparcidas cenizas, perdidas entre la basura y la inmundicia son un símbolo de su modo de vivir y de lo que fue él: las profecías de Suk son derrotadas en toda la línea.

Watt, escrita cuatro años después de *Murphy*, se compone de una serie sucesiva de parodias. Watt se presenta a trabajar en casa de una persona desequilibrada: Mr. Knott. De la misma manera que el nombre de Watt indica una perpetua pregunta (What?) sin posibilidad de respuesta, Knott igualmente señala una perpetua respuesta (No-t) sin posibilidad de pregunta. Pero Watt no conocerá jamás a su amo, por lo que Knott no podrá decir No directamente a Watt. Knott es literalmente la negación de la cordura, la negación de la vida. La vida cotidiana en casa de Knott se desarrolla de forma tan atenuada —el ritmo del loco— que toda actividad adquiere cualidades míticas, como, por ejemplo, la enorme preparación de las comidas: conglomerado de alimentos y bebidas necesarios para la supervivencia, sin ninguna concesión al paladar ni a un posible disfrute de las mismas.

La vida en casa de Knott discurre a paso de tortuga, y los servidores se mueven como si el hado les hubiera condenado a su trabajo, y después, se atuvieran a las consecuencias. La impersonalidad conduce a una comedia de enredo: Watt intenta conocer a Knott sin conseguirlo y, en el momento de ser despedido —a través de intermediarios—, todavía no se ha enfrentado con él. Como en *El castillo* de Kafka, la ausencia de este careo es indicativa de la ausencia de movimiento en toda la narración, y el humor trágico de las cosas que no llegan a producirse se convierte por sí mismo en sustancia de la novela. Beckett detiene el trabajo de Watt en cierto momento del tiempo, dando la impresión de que todos los momentos son el mismo, como en éxtasis, *el* momento absoluto. En relación con esto, Beckett expone a la consideración interminables y desatinadas preguntas para rebuscar un sentido a partir de las mismas, no encontrando nada a no ser el mismo momento: la pregunta de Watt (¿para qué?) carece de sentido.

Condición del empleo que ofrece Mr. Knott es que la persona que se ocupará de su comida deberá encontrar un perro que comerá cuanto deje Knott. El perro no deberá comer más que lo que deja y, por tanto, no recibirá alimento entre las comidas,

aunque bien pudiera ser que nada se le dejase, es decir, deberá tener apetito bastante para dar cuenta de la comida íntegra caso de que Knott no tenga gana de comer. Éste es, pues, un problema que entraña diversas posibilidades que Watt deberá solucionar a fuerza de fatigas; y se aplica al mismo como si su propia supervivencia dependiera en última instancia de surtir de provisiones al perro. Watt elabora con todo detalle las posibles relaciones entre Knott y el perro, creando a partir del disparate un ingenioso sistema de oferta y demanda, una virtual teoría económica.

En un mundo de la nada (de Knotts) Beckett apunta que los únicos problemas que tienen sentido son los de la existencia y supervivencia inmediatas; y una idea de este género será fructífera porque no depende de nada a no ser de la propia ingenuidad. El resolver este tipo de problema —en el que aquí intervienen perros y comida y, en otro lugar, piedras que chupan, sombreros, zapatos, lápices y otras cosas insignificantes— forma parte del intento de Watt de distinguir lo real de lo ilusorio. El perro y la comida son reales, pero Knott no lo es. Próximo a Mallarmé en su acercamiento a la nada como esencia de la existencia, Beckett utiliza la casa de Knott precisamente como algo que refleja la nulidad. La casa de Knott es igual que la caverna de Platón o que una sala de espejos mágicos, en la que la imagen reflejada va alejándose más y más de la realidad, hasta el punto de que, en definitiva, no podrá diferenciarse la imagen reflejada del sentido original. Beckett escribe que «el sentido atribuido era ahora el sentido inicial perdido y vuelto a recuperar, y ahora era un sentido completamente distinto del sentido inicial, y ahora era un sentido transformado —después de una demora de duración mudable y de penalidades más o menos grandes —partiendo de su inicial falta de sentido». En una prosa que es seria a la vez que es parodia de lo serio, Beckett apunta que los embrollos y las soluciones de Watt, a la manera de un rompecabezas, no son sino intentos de llenar de sentido el vacío. Incluso el mismo nombrar las cosas resulta difícil, ya que únicamente existe la cosa, no su nombre. «Y Watt, en general, prefería tener que habérselas con cosas cuyo nombre no conocía —aunque ello fuera también doloroso para Watt— que a tener que habérselas con cosas cuyo nombre conocido, el nombre reconocido, no era ya, para él, el nombre».

Todos estos recursos no son sino formas de producir ruido en medio del silencio. Y, a lo menos, el ruido conducirá hasta la comedia. Watt dispone un enorme aparato de labor humana inútil para suministrar a un perro la ración que Knott deja en el plato. Y esta situación está montada y vuelta a montar en una lengua que reitera una y otra vez, repite, reacomoda, reafirma, preocupada constantemente por cosas ridículas. Para no malgastar sustancia carente de valor, Watt pone en marcha una maquinaria que multiplica infinitamente el desgaste original. Como visión simbólica del universo, este problema y su solución constituyen el rasgo característico de Beckett.

La reiteración de nombres, palabras, situaciones, prendas de vestir, elementos del mobiliario —la reiteración en todas sus posibles formas— es absolutamente normal en Beckett y contribuye a dotar de sustancia a novelas carentes de fuerza narrativa.

Cuando el lector se tropieza con una larga serie de palabras repetidas en diversos órdenes, podrá preguntarse para qué sirven exactamente ya que no suelen ser sino líneas simplemente tediosas o páginas enteras que podrían omitirse. El movimiento en dirección hacia adelante de la novela se detiene así que se producen las diferentes permutaciones y combinaciones y llega a agotarse toda la disposición. ¿Será éste un chiste particular de Beckett, que éste se permite a costa del lector diligente, atento a la mínima palabra? O acaso sea que, dado que la preocupación de Beckett no se centra en la narración, deberá llegar a la sustancia de diferente manera, y uno de los caminos es a través del mismo idioma: una forma de distraer al lector con palabras, corrientes y poco comunes. Esto equivaldrá a escuchar sílabas, por sí mismas, una vez abandonado todo deseo de comunicación, de forma parecida al efecto que consigue Joyce con sus listas de palabras en su *Retrato* y en *Ulises*.

A menudo Beckett utiliza las palabras al igual que el pintor abstracto usa de las líneas: nada más que para el significado del color y de la forma. Cada elemento, línea o palabra, tienen valor por sí mismos. Beckett podrá atraer directamente la atención hacia las palabras y la sintaxis, comentando el empleo hábil de un modo subjuntivo o de una voz pasiva. Y aun en otro aspecto, palabras repetidas y colocadas una y otra vez en las frases, imponen los objetos al lector. Más adelante, en *Watt*, las palabras: cómoda, cama, ventana y fuego se ordenan una y otra vez hasta que la estancia, al igual que el propio Mr. Knott, se hace proteiforme a despecho de su misma falta de sentido. Las palabras, en insistente repetición, sustituyen el ojo de la cámara; el autor elabora imágenes a base de introducirlas pulverizadas en el lector hasta que éste se siente forzado a ver para salvarse. Como parodia de la técnica naturalista, esto no es sino Naturalismo llevado hasta su fin lógico.

En la época en que Beckett abandonara el inglés como lengua literaria para abrazar el francés, sus visiones se habían desplazado a imágenes todavía más grotescas, indudablemente influido por la Segunda Guerra Mundial y sus secuelas pero, con todo, la atmósfera general de «chiste cósmico a costa del hombre» subsiste todavía. En la trilogía que se inicia con *Molloy* (1951) hay cambios evidentes, sobre todo un ahondamiento más acusado del punto de vista y una preocupación por el hombre trágico, mientras que, antes, el que asomaba era el hombre cómico. Ya no volverá a presentarse el «final feliz» que vimos en *Murphy*, donde el personaje que da título a la obra desaparece entre la basura de los suelos de una taberna y consigue el anonimato por el que siempre había suspirado. Ahora, la desaparición y el anonimato, aun siendo deseables, están fuera del alcance de los personajes que deberán luchar a ciegas contra la vida sin tener siquiera la posibilidad de gozar de una muerte esperanzada. El aislamiento, el enajenamiento, la falta de identidad —ésta llevada hasta un extremo que acaso sólo hayan igualado los personajes de Kafka— constituyen los elementos habituales de la trilogía.

Aquí, el hombre no sólo está aislado de los objetos sino de su propia especie. No presenta una posible identificación con la naturaleza como sucedáneo de sus fallos ni

como solaz ante la duda del propio yo. Por consiguiente, los haraganes, vagabundos y parias están más allá de toda esperanza de salvación, ya que sólo pueden sobrevivir como lo que son. Incluso los mismos monólogos a que se entregan sirven para recordarnos que únicamente pueden hablar sobre sí mismos. Al llevar Beckett su mundo cartesiano a su expresión más cabal, se suscita la duda absoluta del mundo exterior con el subjetivismo de los personajes como defensa contra el medio que les rodea. Además, apenas si existe el libre albedrío, asemejándose los protagonistas a monigotes sujetos a leyes físicas que escapan al propio control. Los objetos sólo adquieren su aspecto desde el punto que se observan, dado que el pensamiento es mucho más importante que la materia exterior. Al primero lo vemos transformarse en un flujo de conciencia que mana (¿o gotea?): efusiones de aquellos que deben expresarse a pesar de que, por encima de toda otra cosa, lo que anhelan es el silencio.

Los personajes de Beckett hablan incluso cuando hay poco que decir. Sienten preocupación por lo que pudiera-haber-ocurrido, por el otro mundo que ellos no habitan. Beckett declara: de haber tenido dentadura, habrían masticado; de no haber sido lisiados, podrían haber caminado; de haber experimentado el deseo sexual, se habrían dado al acto con fruición; de haber sido la vida diferente, podrían haber sentido el amor. Todas sus vidas se desarrollan según el condicional de los verbos, puesto que son las condiciones las que limitan las posibilidades de sus reacciones. Molloy habría incluso llegado al suicidio de no atemorizarle el dolor. Y toda su búsqueda se centra en poder establecer contacto con su madre, cuyo paradero constituye un problema, «... me sentía inclinado a situar este asunto entre yo y mi madre, pero jamás lo conseguí». ¿Estamos seguros de que ella existe? Molloy vive en un estadio intermedio entre las torturas del infierno y las delicias del cielo, sin probabilidad de que se opere un cambio; como sus compañeros, los personajes de las novelas de Beckett, vive en un purgatorio donde todo es dudoso y el mismo recuerdo resulta sofocante.

En el purgatorio, el problema consiste en conseguir o en recuperar la propia identidad. Molloy conseguirá solamente la identidad cuando se enfrente con su madre, a la cual ama y odia a la vez. En plena búsqueda, se vuelve a ella y, cariñosamente, invoca su recuerdo de una forma que es típica de Beckett: «¡Ah, vieja zorra, buen trago me dio, ella y sus repugnantes invencibles genes!». Los dos permanecen unidos gracias a la afección venérea que comparten, nexo común de enfermedad y de dolor.

Con el fin de fijar su humanidad y completarse a sí mismo, Molloy deberá encontrar a su madre, al igual precisamente que Moran que, en la segunda mitad de la novela, deberá encontrar a Molloy para completarse a sí mismo. La novela se convierte en un círculo que se arrolla y desarrolla en torno a las pesquisas, a los intentos de conseguir la identidad a través de la identificación con otro ser; intento evidente de trazar determinada línea de comunicación, por muy experimental e inútil que pueda ser. El propio Moran juega con la idea de Molloy, reconociendo que un

Molloy —hambriento, lisiado, tiritando de frío, desvalido, yendo tras algo que tanto nosotros como él sabemos que jamás ha de encontrar— es parte de todos. Molloy no es ningún extraño para Moran: es su doble. La persona que anda tras otra lo que en realidad busca en ella es una parte de sí misma para, al encontrarla, descubrir lo que ella misma es. Y la persona perseguida, igualmente, debe perseguir y ser perseguida, y a su vez... La madre de Molloy es su compinche asexual, y el hijo, como la madre, es viejo y decrepito; y Moran, como Molloy, es un lisiado que se arrastra hacia su fatal destino con unas piernas a las que ha abandonado la fuerza y la energía.

No es por azar que los personajes de Beckett sean indeterminados desde el punto de vista sexual. Molloy es, en realidad, impotente, y Moran se masturba a la más mínima ocasión. Moran escribe en su informe: «Finalmente pude conseguir un beneficio del hecho de estar solo, sin otro testigo que Dios al masturbarme. Seguramente que mi hijo habrá tenido la misma idea y se habrá interrumpido al ir a masturbarse. Espero que esto le resultará más placentero que a mí». Y Molloy, engañado por la mujer, que posee un perro que él ha matado por accidente, medita: «No sigas atormentándote, Molloy, hombre o mujer, ¿qué más da?».

Molloy y Moran pueden arreglárselas prescindiendo del amor, a pesar de que también lo busquen; Molloy encuentra su naturaleza insensata mientras que Moran apenas tiene energía suficiente para masturbarse. Los dos han oído hablar de sentimientos sexuales y a Molloy le gustaría experimentarlos antes de morir. La búsqueda del amor se convierte en parodia del amor. Y Molloy descubrirá la gran pasión tras la que va todo el mundo en una vieja, enjuta y lisa no mejor que una cabra.

La interrupción que se produce en plena novela, cuando la línea narrativa se aparta de Molloy —que busca a su madre— para ocuparse de Moran y de su hijo —que buscan a Molloy— es básicamente completa, tanto desde el punto de vista filosófico como psicológico. Juntos, los cuatro —en realidad tres, porque Molloy y Moran son mitades de una persona— forman una diluida familia de tres generaciones, que abarca a partir de la abuela, pasa por el hijo y llega hasta el nieto. Algo así como un grupo familiar de Henry Moore con el agujero divisorio en el centro. El grupo de Beckett tiene tropiezos al querer establecer contactos entre los individuos. Molloy, por un lado, es el padrastro del hijo de Moran, y Moran quizá sea el hijastro de la madre de Molloy, la cual, a su vez, es la madre de la madrastra del hijo de Moran, y así sucesivamente siguiendo un mecanismo típico de Beckett.

Y, ¿quién es Moran?, ¿qué sabe de Molloy? Moran se identifica a sí mismo al describir al Molloy que jamás ha visto.

«Tenía muy poco espacio. El tiempo lo tenía también limitado. Estaba constantemente con prisas, como presa de la desesperación, tras objetivos extremadamente próximos. Prisionero ahora se lanzaba en pos de yo no sé qué encogidos confines, y perseguido ahora buscaba refugio cerca del centro.

Jadeaba. No tenía más que levantarse dentro de mí para que yo me sintiera lleno con su resuello. Incluso a campo abierto, que era como si se franqueara el paso a través de la jungla con fragor inmenso. A pesar de ello, avanzaba aunque lentamente. Se tambaleaba, de uno a otro lado, igual que un oso».

Moran va tras esta imagen de Molloy, como Ashab tras la ballena blanca, no para sí mismo, sino en «favor de una causa que, aun cuando precisaba de nosotros para ser llevada a cabo, en su esencia era anónima, y subsistiría, rondando los pensamientos de los hombres cuando ya no existieran sus miserables artesanos».

Cuando Moran está entregado a la búsqueda, tiene la ocurrencia de que busca a más de un Molloy, quizá a tres o cuatro: el que vive dentro de él; su caricatura de Molloy; la versión de Molloy que da Gaber (el mensajero) y, finalmente, el hombre real de carne y hueso. A éstas podrían añadirse otras versiones, incluyendo la de la madre de Molloy —de existir ésta— y la del hijo de Moran —de saber lo que anda buscando—. Puesto que si Molloy es una parte de Moran, entonces el hijo de este último, al contribuir a encontrar a Molloy, completará también una parte de sí mismo. Cuando Molloy encuentre a su madre —meta imposible de toda evidencia— el hijo de Moran encontrará indirectamente otra parte de sí mismo, y así sucesivamente. El moverse en círculo forma, naturalmente, parte del esquema, ya que el propio Moran, incapaz de encontrar a Molloy, vuelve en redondo hacia su casa al final de la novela. Y el libro que comenzaba así: «Es medianoche. La lluvia golpea las ventanas», termina de este modo: «No era medianoche. No llovía». Al negar lo que afirmara en un principio, completa la narración.

No existe, evidentemente, una respuesta final, como Beckett indica cuando hace una depuración de los elementos utilizados en *Molloy* para *Malone muere* y *El innombrable*, escritos en el año mil novecientos cuarenta y tantos, y publicados en 1952 y 1953 respectivamente. Sin embargo, existen diversas vías de especulación. Es posible que el intento de Beckett fuera discurrir sobre la cualidad cíclica de la experiencia humana, de forma parecida al *Finnegans Wake* de Joyce, según las teorías de Vico. En el ciclo, el individuo es reducido, desechado, casi resulta sobrante; ¿para qué una sola vida humana irá contra los vastos episodios periódicos de las épocas históricas? Para Beckett, el construir tal ciclo de experiencia humana equivale a destruir al personaje, a eliminar las figuras centrales, a borrar diferencias con el fin de mostrar las similitudes que existen entre los hombres. Cuando la mayoría de sus contemporáneos ingleses se aplicaban en revelar diferencias, Beckett ha demostrado aquello que los iguala: de ahí las indagaciones, tanto hacia el interior como hacia afuera. Parece que Beckett quiera indicar que cuando los hombres suprimen toda dependencia con el exterior lo que queda es el holgazán, el vagabundo, el proscrito. El común denominador es la búsqueda para que sea posible la supervivencia y que todos los hombres participen en ella. En el ciclo, los objetivos del hombre pierden su sentido. ¿Qué son los éxitos personales?, ¿qué es un protagonista?, ¿qué, el carácter

propiamente dicho?, ¿qué, la sociedad, con sus restricciones y sus advertencias? Lo que importa es la posibilidad de que el hombre diga, incluso en las peores condiciones imaginables: «Existo y sobrevivo a mi manera». Todos los protagonistas de Beckett hacen esta afirmación, y su capacidad de reconocer únicamente este aspecto de la vida hace que las reglas de la narración corriente pierdan su sentido. En consecuencia, la narración, el argumento, la historia, la estructura realista desaparecen en las novelas de Beckett con la misma rapidez con que desaparece en sus personajes el deseo de llegar a una meta o de ver sus esfuerzos coronados por el éxito.

Malone muere, así como su sucesor, carece de la relativa claridad de *Molloy*; los dos, Malone y el Innombrable, en aquella novela, se han ido depurando gradualmente de forma que el tiempo y el espacio, e incluso el nombre, se confunden con el caos de sus deseos y frustraciones. Habiendo ido a parar a una casa en la que se acoge a los necesitados, Malone ha vuelto a un «paraíso» parecido al útero que, en diversos aspectos, es parecido al infierno. Minimizado en sus deseos hasta convertirlos en los de un niño —vive en una situación que está entre el plato de la comida y el orinal donde defeca—; no es más que un conducto entre dos agujeros: el de entrada por donde recibe la comida y el de salida por donde elimina los desechos. Ha acudido a tal sitio para morir, siendo su única actividad la de escribir acerca de sí mismo con un lápiz y una libreta, que lo eluden constantemente.

Para crear cierto orden en el caos, Malone se ve obligado a escribir, y su historia se ocupa del hombre, Macmann. Así como Molloy escribió para hablar de la búsqueda que había emprendido y Moran para hablar de la suya —las dos relaciones ocupadas en el hombre— de la misma manera lo hace ahora Malone y, más adelante, el Innombrable, que trata de dar forma a la confusión contando historias acerca de Mahood (¿Manhood?). Los tres escritores intentan conservar las imágenes en algo más sólido que la memoria y todos ellos escriben —arte— como medio de hacer inmortal el momento. En su largo ensayo sobre Proust, Beckett reconoce este uso tradicional del arte; y aquí lo vemos tratando de retener *el* momento creando tensiones entre cuatro elementos: el propio escritor como persona, la historia al ser escrita, la capacidad que el escritor tiene de escribir y aquella historia más larga que incluye al escritor desde el punto de vista del autor.

Malone escribe acerca de Sapo —la especie en sí— una historia que tiene sentido universal. Sale Sapo para entrar en el mundo y conoce a los Lamberts; Lambert se ocupa en matar cerdos a cuchilladas, es decir, practica un arte antiguo y mortífero. Después, Sapo se desvanecerá de la historia y aparece Malone, como si aquélla fuera su historia; y, en realidad, ¿cuál es la diferencia?, ¿podrá señalarse una diferencia? Y, conseguido este estadio, ¿entre qué cosas habrá que diferenciar? A Malone lo único que le preocupa son las cosas que necesita: la libreta, el lápiz, el plato y el orinal, cuando, tiene hambre o cuando se apercibe de un urgente espasmo.

Girando en torno a Malone e indistinguibles del mismo, son los Murphys,

Merciers, Molloy, Morans y Malones. Este último uso de Malone indica que tal vez éste no sea real o que exista únicamente fuera de sí mismo, sugiriendo además que su presencia como escritor es no-sustancial, simple esparcimiento del autor. Y Malone, ¿existe siquiera él? Y, de ser así, ¿qué es su historia?

En esta trilogía posterior a los horrores de los años de guerra, Beckett se ocupa de los interrogantes acerca de la validez de la misma realidad. En *Murphy* y *Watt*, según hemos visto, intentó establecer cierta relación con los objetos reales, a pesar de que éstos permanecían, en su mayor parte, fuera del control del hombre. En la trilogía de postguerra, Beckett ya no separa hombres de objetos, ni lo subjetivo de lo objetivo. Se interroga ahora acerca de si existe siquiera algo llamado existencia y pregunta qué hay dentro y qué fuera. Esta postura, evidentemente acarrea un gambito filosófico tradicional, pero rara vez se ha convertido en materia de la novela hasta tal extremo. Es verdad que Joyce en *Finnegans Wake* fundió sujeto y objeto, Earwicker con el medio que le rodeaba, pero este acto de fusión indica que el autor cree en las cosas que funde. En cambio Malone pregunta: «¿A cuántos he matado, ya dándoles en la cabeza, ya prendiéndoles fuego? Así de pronto sólo recuerdo cuatro, todos desconocidos, jamás conocí a ninguno». Uno de los que ha matado, reconocemos que bien pudiera ser él mismo, y éste sería el diario de un muerto, la historia de un hipotético Malone escribiendo sobre un Malone muerto.

Malone termina como empezó, siendo su primera línea: «Pronto estaré completamente muerto por fin a pesar de todo». Y su última: «... quiero decir/jamás allí él querrá nunca/nunca nada/allí/ya más...». Malone se desvanece y murmura al salir de la existencia, lloriqueando, declinando camino de la nada. ¿Existió acaso alguna vez?

El innombrable comienza así: «¿Dónde ahora? ¿Cuándo ahora? ¿Quién ahora?»: todas las preguntas temporales y espaciales que hace el hombre sobre sí mismo para poder identificarse. Y el comienzo es típico del conjunto. El Innombrable es incapaz de orientarse, estando todo su monólogo encaminado a adjudicarse nombre, lugar y tiempo. Dice: «... no pediría otra cosa de mí que saber que lo que oigo no es el sonido inocente y necesario de cosas mudas constreñidas a permanecer, sino la palabrería impregnada de terror del condenado a silencio». La palabrería y el silencio forman los nódulos gemelos de su conducta: se ve constreñido a charlar en tanto que lo que desea es silencio, combinándose una cosa con la otra. Tiene que charlar, ya que únicamente a través del habla determinará que existe; dejar de charlar equivaldría a destruirse. Y, sin embargo, reconoce que la palabrería en sí no conduce a nada. «Entretanto sería estúpido discutir de pronombres y otros elementos de la charlatanería. El sujeto no importa, no lo hay». Aquí hay un encuentro de la gramática con el tema. En otro lugar, sus preocupaciones siguen siendo las mismas: «... dime lo que siento y te diré quién soy». Pero no es así de sencillo. Puesto que él no entenderá lo que le diga la gente cuando le hablen de él. Su identidad debe seguir disfrazada, él debe vivir únicamente de y con palabras, «... no hay necesidad de boca,

las palabras están por doquier, dentro de mí, fuera de mí, bien, bien, hace un minuto que yo no tenía cuerpo, las oigo, no hay necesidad de oírlas, no hay necesidad de cabeza, imposible paralaras, imposible parar, estoy en las palabras, hecho de palabras, palabras de otros, qué otros, el lugar también...». Palabras descorporeizadas identifican al Innombrable pero, irónicamente, no existe palabra para su nombre.

Cuando el Innombrable afirma que «... dónde estoy, no sé, nunca sabré, en el silencio no sabes, tienes que seguir, no puedo seguir, seguiré», hay la imagen de un ciego sin nombre encaminándose por el mundo en una dirección que no conoce, un mundo de cuya existencia ni siquiera está seguro. Meursault, comparado con él, tiene valores, comprensión (aun siendo desequilibrada y enigmática) y creencias: sabe hacia dónde va, esto es, hacia toda aquella experiencia que haga que sus sentidos experimenten cierta comezón.

Para un personaje de Beckett no existe este sentido de triunfo, por secundario que sea. No hay conciencia de que exista una abstracción como el triunfo. Las abstracciones denotan un mundo donde es posible el heroísmo, y el heroísmo ha sido barrido por generaciones sucesivas de Malones, Murphys, Merciers, Watts e Innombrables. Ellos y Sapo, Macmann y otros como ellos son todo cuanto queda; y, para ellos, el creer en abstracciones querría decir que creen en su propia corporeidad, en la misma medida que nosotros únicamente podemos calibrar una abstracción contraponiéndola a algo real. Una vez más, Beckett pregunta: ¿Qué es real? ¿Qué no lo es?

El Innombrable prosigue sin integridad (¿qué es?), sin creencias (¿en qué?), sin identificación (¿cómo se llama?), (¿dónde está?), sin saber por qué es culpable, sin deseo de vivir, sin ninguno de aquellos puntales en que el hombre suele apoyarse. Sobrevive y seguirá sobreviviendo sólo porque su cuerpo sigue funcionando. En un universo que no tiende a nada, y sin contar ni siquiera con un nombre, no hay salvación, puesto que no hay pecado. Y aunque hubiera pecado tampoco habría salvación. Como expresión de la desesperanza de la posguerra, de desesperación cósmica, y más que ninguna otra obra de nuestro tiempo —exceptuando acaso la de Céline— la trilogía de Beckett capta el nihilismo y el pesimismo del hombre que no cree ni en Dios ni en sí mismo. Sus personajes tienen buenas intenciones y, al contrario de los de Céline, no sienten el odio. Pero su destino todavía es peor. Puesto que, por lo menos, el Bardamu de Céline consigue su identificación gracias a aquello que combate, pero a Malone y a Molloy de Beckett se les niega este placer elemental. Cuando odian su vehemencia sólo puede volverse contra ellos mismos, y su lucha por la supervivencia en el destructivo elemento de la no-vida es su único medio de identificación, por desesperanzado que sea y por muy abandonados que se encuentren. Aquel momentáneo y casi ilusorio fulgor de esperanza que ve Camus en el absurdo trabajo de Sísifo, Beckett lo transforma en la desesperada búsqueda del hombre por encontrar respuestas que le serán negadas por siempre jamás.

I

¿Dónde ahora? ¿Cuándo ahora? ¿Quién ahora? Sin preguntármelo. Decir yo. Sin pensarlo. Llamar a esto preguntas, hipótesis. Ir adelante, llamar a esto ir, llamar a esto adelante. Puede que un día, venga el primer paso, simplemente haya permanecido, donde, en vez de salir, según una vieja costumbre, pasar días y noches lo más lejos posible de casa, lo que no era lejos. Esto pudo empezar así. No me haré más preguntas. Se cree sólo descansar, para actuar mejor después, o sin prejuicio, y he aquí que en muy poco tiempo se encuentra uno en la imposibilidad de volver a hacer nada. Poco importa cómo se produjo eso. Eso, decir eso, sin saber qué. Quizá lo único que hice fue confirmar un viejo estado de cosas. Pero no hice nada. Parece que hablo, y no soy yo, que hablo de mí, y no es de mí. Estas pocas generalizaciones para empezar. ¿Cómo hacer, cómo voy a hacer, qué debo hacer, en la situación en que me hallo, cómo proceder? Por pura aporía o bien por afirmaciones y negaciones invalidadas al propio tiempo, o antes o después. Esto de un modo general. Debe de haber otros aspectos. Si no, sería para desesperar de todo. Pero es para desesperar de todo. Notar, antes de ir más lejos, de pasar adelante, que digo aporía sin saber lo que quiere decir. ¿Se puede ser efético si no es queriendo? Lo ignoro. Los síes y los noes, eso es otra cosa, se me volverán a presentar a medida que avance, y el modo de ciscarse encima, antes o después, como un pájaro, sin olvidarse de uno solo. Se dice eso. El hecho parece ser, si en la situación en que me encuentro se puede hablar de hechos, no sólo que voy a tener que hablar de cosas de las que no puedo hablar, sino también lo que aún es más interesante, que yo, lo que aún es más interesante, que yo, ya no sé, lo que no importa. Sin embargo, estoy obligado a hablar. No me callaré nunca. Nunca.

No estaré solo, en los primeros tiempos. Seguro que lo estoy. Solo. Esto se dice pronto. Hay que decir pronto. ¿Y qué sabe uno nunca, en semejante oscuridad? Voy a tener compañía. Para empezar. Algunos títeres. Los suprimiré después. Si es que puedo. ¿Y los objetos? ¿Cuál debe ser la actitud para con los objetos? Ante todo, ¿hay que tenerla? Vaya pregunta. Pero no me oculto que son de prever. Lo mejor es no detenerse en este tema, de antemano. Si, por una u otra razón, se presenta un objeto tenerlo en cuenta. Se dice que donde hay personas hay cosas. ¿Quiere esto decir que al admitir a aquéllas se han de admitir éstas? Habría que verlo. Lo que se ha de evitar, no sé por qué, es el espíritu de sistema. Personas con cosas, personas sin cosas, cosas sin personas, lo mismo da, estoy muy seguro de poder barrer todo eso en muy poco tiempo. No veo cómo. Lo más sencillo sería no empezar. Pero estoy obligado a empezar. Lo que significa que estoy obligado a continuar. Acaso acabaré por estar muy rodeado, en un cajón de sastre. Idas y venidas incesantes, atmósfera de bazar. Estoy tranquilo, id.

Malone está ahí. De su mortal vivacidad quedan pocos rastros. Pasa ante mí por intervalos sin duda regulares, a menos que sea yo el que pasa ante él. No, de una vez por todas, ya no me muevo. Él pasa, inmóvil. Pero se tratará poco de Malone, del que ya no hay nada que esperar. Personalmente no tengo intención de aburrirme. Al verlo a él es cuando me he preguntado si proyectamos una sombra. Imposible saberlo. Él pasa junto a mí, a unos cuantos pies, lentamente, siempre en el mismo sentido. Estoy muy seguro de que es él. Ese sombrero sin alas me parece concluyente. Se aguanta la mandíbula con las dos manos. Pasa sin dirigirme la palabra. A lo mejor es que no me ve. Un día de estos lo interpelaré, diré, no sé, encontraré, cuando sea el momento. No hay días aquí, pero me sirvo de la fórmula. Le veo desde la cabeza hasta la cintura. Se acaba en la cintura, para mí. El busto está erguido. Pero ignoro si está de pie o de rodillas. Quizás esté sentado. Lo veo de perfil. A veces me digo, ¿no se tratará en realidad de Molloy? Tal vez sea Molloy que lleva el sombrero de Malone. Pero es más razonable suponer que se trata de Malone llevando su propio sombrero. Caramba, he aquí el primer objeto, el sombrero de Malone. No le veo otras prendas. En cuanto a Molloy, acaso no esté aquí. ¿Podría estarlo si quisiera yo? El lugar es vasto, sin duda. Débiles luces parecen indicar por momentos una especie de lejanía. A decir verdad, los creo a todos aquí, al menos a partir de Murphy, nos creo a todos aquí, pero hasta el momento no he visto más que a Malone. Otra hipótesis: ellos estuvieron aquí, pero ya no están. Voy a examinarla, a mi modo. ¿Hay otros fondos, más abajo? ¿Unos fondos a los que se llega por éste? Estúpida obsesión de la profundidad. ¿Hay otros lugares previstos para nosotros, de los cuales éste en el que estoy no es más que el pórtico? Y yo que creía haber acabado con los períodos de prueba. No, no, sé que todos estamos aquí para siempre, desde siempre.

No me haré más preguntas ya. ¿No se trata, en realidad, del sitio donde se acaba por disiparse? ¿Llegará un día en que Malone no vuelva a pasar ante mí? ¿Llegará un día en que Malone pasará por delante de donde yo estuve? ¿Llegará un día en que otro pasará por delante de donde yo estuve? Carezco de opinión.

Si yo no fuera insensible, su barba me daría lástima. Cae en dos delgadas torcidas de longitud desigual, a una y otra parte de la barbilla. ¿Hubo un tiempo en que también yo me volvía así? No, siempre he estado sentado en este mismo lugar, con las manos en las rodillas, mirando ante mí como un gran-duque en una pajarera. Las lágrimas corren por mis mejillas sin que experimente la necesidad de entornar los ojos. ¿Qué me hace llorar así? De tanto en tanto. No hay nada aquí que pueda entristecer. Tal vez se trate de cerebro licuado. En todo caso, la felicidad pasada se me ha ido completamente de la memoria, si es que alguna vez estuvo presente en ella. Si realizo otras funciones naturales, es porque quiero. Nada me lo impide nunca. Sin embargo, estoy inquieto. Nada cambia aquí desde que aquí estoy, pero no me atrevo a deducir de ello que nada cambiará nunca. Veamos un poco adonde conducen estas

consideraciones. Estoy, desde que estoy, aquí, aseguradas en otra parte por terceros mis apariciones. Durante este tiempo todo ha ocurrido en la mayor calma, en el más perfecto orden, fuera de algunas manifestaciones cuyo sentido se me escapa. No, no es que se me escape su sentido, pues igualmente se me escapa el mío. Todo aquí, no, no lo diré, porque no puedo. No le debo a nadie mi existencia, esas luces no son de las que iluminan o arden. Sin ir a ninguna parte, sin venir de ninguna parte, Malone pasa. ¿De dónde me llegan estas nociones de antepasados, de casas donde se enciende, y tantas otras? He buscado por todas partes. Y todas estas preguntas que me dirijo. No es por espíritu de curiosidad. No puedo callarme. No necesito saber nada de mí. Aquí todo está claro. No, todo no está claro. Pero es menester que la explicación se realice. Entonces se inventan oscuridades. Se trata de retórica. ¿Qué tienen, pues, de tan raro, de desplazado casi, estas luces a las que nada les pido que signifiquen? ¿Es su irregularidad, su inestabilidad, su brillantez intensa unas veces y pálida otras, pero que nunca va más allá de la potencia de una o dos bujías? Malone, por su parte, aparece y desaparece con una exactitud maquinal, siempre a la misma distancia de mí, con la misma rapidez, en el mismo sentido, en la misma actitud. Pero el juego de luces es verdaderamente imprevisible. Hay que decir que probablemente pasarían por completo inadvertidas a unos ojos menos avisados que los míos. Pero, ¿acaso no escapan, en ciertos momentos, incluso a los míos? Quizá son luces permanentes y fijas, percibidas por mí con vacilación y por intermitencias. Confío en que tendré ocasión de volver sobre este asunto. Pero ya ahora diría, para mayor seguridad, que espero mucho de estas luces, como por otra parte de cualquier elemento análogo de incertidumbre verosímil, para que me ayude a continuar y eventualmente a decidir. Dicho esto, prosigo, he de hacerlo. Sí, que es lo que decía, ¿puedo deducir, del perfecto estado hasta ahora de este lugar, que será siempre así? Puedo, evidentemente. Pero el solo hecho de hacerme esta pregunta me da que pensar. Por mucho que me diga que esta pregunta no tiene otro objeto que alimentar el discurso en un momento dado, en el que corre peligro de desvanecerse, esta excelente explicación no me satisface. ¿Acaso soy víctima de una verdadera preocupación, como si se dijera de una necesidad de saber? Lo ignoro. Voy a probar otra cosa. Si un día debiera intervenir un cambio, originado por un principio de desorden sobrevenido ya, o en camino, entonces, ¿qué? Esto parece depender del cambio en cuestión. Pero no, aquí todo cambio sería funesto, me devolvería, acto seguido, a la calle de la Gaîté. Otra cosa. ¿No ha cambiado nada verdaderamente desde que estoy aquí? Con franqueza, puesta la mano sobre el corazón, no esperad, que yo sepa, nada. Pero el lugar, ya lo indiqué, tal vez sea grande, lo mismo que puede no tener más que doce pies de diámetro. En lo que se refiere a poder reconocer sus confines, ambos casos son válidos. Me gusta creer que ocupo su centro, pero nada menos seguro. En cierto sentido, mejor sería que estuviera sentado en el borde, puesto que miro siempre en la misma dirección. Pero desde luego no es éste el caso. Pues si así fuera, Malone, al girar a mi alrededor, como lo hace, saldría del recinto en

cada una de sus revoluciones, lo que manifiestamente es imposible. Pero, ¿gira verdaderamente, o es que no hace sino pasar ante mí, en línea recta? No, gira, lo noto, y lo hace alrededor de mí, como el planeta alrededor del sol. Si hiciera ruido, no dejaría de oírlo, a la derecha, a mis espaldas o a la izquierda, antes de verlo de nuevo. Pero no hace ningún ruido, pues no estoy sordo, tengo la certeza de ello, es decir, casi la certeza. Por último, entre el centro y el borde hay margen, y muy bien puedo estar situado en algún lugar entre los dos. Igualmente es posible, no me lo oculto, que también yo me vea arrastrado a un movimiento perpetuo, en compañía de Malone, como la tierra con su luna. Entonces, me habría quejado sin motivo del desorden de las luces, simple efecto de mi obstinación en suponerlas siempre las mismas y vistas siempre desde el mismo punto. Todo es posible, o casi. Pero lo más sencillo, realmente, es considerarme fijo en el centro de este lugar, cualesquiera que sean su forma y su extensión. Esto es también, sin duda, lo más agradable para mí. En suma: nada, aparentemente, ha cambiado desde que estoy aquí; el desorden de las luces puede ser una ilusión; temer de cualquier cambio; inquietud incomprensible.

De los ruidos que me llegan se desprende con toda claridad que no estoy completamente sordo. Pues si aquí el silencio es casi total, no lo es del todo. Recuerdo el primer ruido que oí en este lugar y que después he oído con frecuencia. Pues debo suponer un comienzo a mi estancia aquí, aunque sólo fuera para comodidad del relato. El infierno mismo, aunque eterno, data de la rebelión de Lucifer. Así pues, me será permisible, a la luz de esa remota analogía, creerme aquí para siempre, aunque no desde siempre. He aquí lo que va a facilitar singularmente mi exposición. La memoria sobre todo, cuyo empleo creí que debía vedarme, tendrá que decir algo, si la ocasión se presenta. Hay, tirando por lo bajo, mil palabras con las cuales no contaba. A lo mejor las necesito. Así pues, tras un período de silencio inmaculado, se oyó un débil grito. No sé si Malone lo oyó también. Quedé sorprendido: la palabra no es demasiado fuerte. Tras silencio tan prolongado, un breve grito, ahogado en seguida. Imposible saber qué clase de criatura lo emitió y lo emite siempre, si es la misma, de tarde en tarde. Como quiera que sea, no es un ser humano; no hay seres humanos aquí, o, si los hay, dejaron de gritar. ¿Es Malone el culpable? ¿Lo soy yo? ¿No será una simple ventosidad? Las hay desgarradoras. Deplorable manía, cuando ocurre algo, querer saber qué es. Si al menos no tuviera la obligación de manifestarlo. ¿Y por qué hablar de grito? Tal vez sea una cosa que se rompe, dos cosas que entrechocan. Aquí hay ruidos, de tanto en tanto. Que baste eso. Para empezar, este grito, ya que fue el primero. Y otros, bastante diferentes. Empiezo a conocerlos. No los conozco todos. Se puede morir a los setenta años sin haber tenido nunca la posibilidad de admirar el cometa de Halley.

Eso me ayudaría, pues también yo debo atribuirme un comienzo, si pudiera situarlo en relación con el de mi vivienda. ¿Aguardé en algún otro lugar a que éste se hallara listo para recibirme? ¿Dónde está el que aguardó a que yo viniera a poblarlo?

Desde el punto de vista de la utilidad, la primera de estas hipótesis es, con mucho, la mejor, y a menudo tendré ocasión de acogerme a ella. Pero las dos son desagradables. Diré, pues, que nuestros comienzos coinciden, que este lugar se hizo para mí, y yo para él, a un tiempo mismo. Y los ruidos que todavía ignoro son los que aún no se han emitido. Pero no cambiarán nada. El grito no ha cambiado nada, ni siquiera la primera vez. ¿Y mi sorpresa? Debí imaginármelo.

Sería llegado el momento de que le diera un compañero a Malone. Pero hablaré antes de un incidente que sólo se produjo una vez, hasta ahora. Aguardo, sin impaciencia, que se repita. Dos formas, pues, oblongas como el hombre, entraron en colisión ante mí. Cayeron y no las volví a ver. Naturalmente, pensé en la falsa pareja Mercier-Camier. La próxima vez que penetren en el campo, yendo lentamente la una hacia la otra, sabré que chocarán, caerán y desaparecerán, y esto quizá me permita observarlas mejor. No es cierto. Veo tan mal a Malone como la primera vez. Es que, mirando siempre en la misma dirección, no puedo ver, no diré que distintamente, pero sí tan distintamente como la visibilidad lo permita, lo que ocurre justamente delante de mí, esto es, en tal caso, la colisión, seguida de la caída y la desaparición. Su acercamiento nunca lo veré sino confusamente, con el rabillo del ojo, y de qué ojo. Pues también ellas debieron llegar en línea curva y, por supuesto, hasta muy cerca de mí. Pues la visibilidad, a menos que se trate de cómo ando de la vista, no me deja ver sino lo que tengo muy cerca. Añadiré que mi asiento parece haberse elevado un poco, en relación con el nivel del suelo de alrededor, si es que es suelo. A lo mejor se trata de agua, o de otro líquido cualquiera. De modo que, para ver en las mejores condiciones lo mismo que ocurre ante mí, debería bajar un poco los ojos. Pero no bajo los ojos. En suma: sólo veo lo que se presenta justamente delante de mí; sólo veo lo que se presenta muy cerca de mí; lo que veo mejor, lo veo mal.

¿Por qué me hice representar entre los hombres, a la luz? Me parece que no fue cosa mía. Sigamos. A mis delegados los veo todavía. Me hablaron de los hombres, de la luz. No quise creerlos. Lo que no impide que algo me haya quedado. Pero, ¿dónde, cuándo, por qué medio conversé con esos señores? ¿Vinieron a importunarme aquí? No, aquí nunca me ha importunado nadie. Entonces ha de ser en otro sitio. Pero nunca estuve en otro sitio. Sin embargo, sólo puede ser por ellos por quienes supe de los hombres y de cómo se las arreglan. Es poca cosa. No me habría hecho falta. No digo que eso no servirá nunca para nada. Sabré utilizarlo, si es menester. Ya me ha ocurrido así. Lo que me deja perplejo es deber estos conocimientos a personas con las que nunca pude entrar en comunicación. En fin, el hecho es ése. A menos que se trate de conocimientos innatos, como los que se refieren al bien y al mal. Esto se me antoja poco verosímil. ¿Es concebible, por ejemplo, un conocimiento innato de mi madre? No para mí. Fueron esos señores los que me hablaron de ella. Era uno de sus temas preferidos. Igualmente me pusieron al tanto de Dios. Me dijeron que procedo de él en

última instancia. Lo sabían por sus representantes en Bally no se qué, lugar dónde, a creerlos, me infligió la existencia. Y venga a sostener tercios que fue un buen regalo. Pero sobre todo eran mis semejantes los que me querían hacer tragar. Ponían en ello un celo y una obstinación increíbles. No me acuerdo nada de aquellas conversaciones. No debí entender gran cosa. Pero, a pesar mío, conservo algunas descripciones. Me daban cursos sobre el amor, sobre la inteligencia, precioso, precioso. Debe de hacer mucho de todo eso. Fueron ellos también los que me enseñaron a contar y a razonar. Se trata de habilidades que me prestaron servicios, no diré lo contrario, servicios de los que no hubiera tenido ninguna necesidad si me hubiesen dejado tranquilo. Los uso todavía, para rascarme. Tipos asquerosos, con los bolsillos llenos de venenos y de cauterios. Quizá fueron cursos por correspondencia. Sin embargo, tengo la impresión de haberlos visto. A lo mejor en fotografía. ¿Desde cuándo cesó ese atiborramiento de la cabeza? Y, ¿es que ha cesado? Algunas preguntas todavía, las últimas. ¿Se trata tan sólo de una calma momentánea? Eran cuatro o cinco a atormentarme, so pretexto de darme su informe. En particular uno de ellos, Basilio de nombre, según creo, me inspiraba una gran repugnancia. Sin abrir la boca, sólo con mirarme de hito en hito con sus ojos apagados de tanto haber visto, me volvía un poco más cada vez como él quería que fuese. ¿Sigue mirándome aún, agazapado en la tiniebla? ¿Usurpa todavía mi nombre, ese que me aplicaron ellos, en su siglo, paciente, de estación en estación? No, no, aquí estoy a salvo, entreteniéndome en adivinar quién pudo infligirme estas heridas insignificantes.

El otro viene derecho hacia mí. Hace su entrada como a través de pesados cortinajes, avanza aún algunos pasos, me mira y luego se retira andando hacia atrás. Se comba como si llevara a punta de brazos objetos que pesan mucho, no sé cuáles. Lo que de él veo mejor es el sombrero. La copa está muy gastada, como un zapato viejo, y deja pasar a su través algunos cabellos grises. Su mirada, que se alza bastante largamente hacia mí, la siento implorante, como si yo pudiera hacer algo por él. Otra impresión, probablemente no menos falsa: me trae obsequios y no se atreve a dárme los. Se los vuelve a llevar, o bien los suelta y desaparecen. No viene a menudo —me es imposible precisar más— pero desde luego regularmente. Su visita no ha coincidido nunca, hasta ahora, con el paso de Malone. Pero esto ocurrirá tal vez. No se tratará forzosamente de un ultraje al orden que reina aquí. Pues si estoy en condiciones de calcular con algunas pulgadas de margen la órbita de Malone, admitiendo que pasa a tres pies de mí, lo que no es seguro, por el contrario no poseo, acerca del recorrido del otro, sino una noción de las más confusas, dada la imposibilidad en que me encuentro, no sólo de medir el tiempo, lo que por sí solo se basta para inutilizar cualquier cálculo a este respecto, sino también de calcular sus respectivas velocidades de desplazamiento. Ignoro, por consiguiente, si llegaré a poder verlos a los dos juntos. Pues si no se debiera verlos juntos nunca, sería menester que ante mí Malone suceda al otro, o lo preceda, siempre en los mismos

plazos exactos. No, me equivoco. Pues la no coincidencia muy bien puede variar (y me parece que tal es el caso) sin que llegue nunca a suprimirse del todo. Ese intervalo vacilante me incita, sin embargo, a pensar que mis dos fieles se encontrarán algún día, se tropezarán y acaso se caerán. He dicho que aquí todo se repite pronto o tarde; no, iba a decirlo y cambié de idea. Pero, ¿los encuentros no son una excepción a esta regla? El único encuentro de que he sido testigo, hace ya mucho tiempo, no se ha repetido todavía. A lo mejor fue el final de algo. Y quizá me habré librado de Malone y del otro, no es que ellos me molesten, el día en que los vea juntos, es decir, en colisión. Desgraciadamente sólo ellos circulan por aquí. Otros vienen hacia mí, pasan ante mí, dan vueltas a mi alrededor. No me molestan, no me cansaré de repetirlo. Pero a la larga esto podría resultar aburrido. No sé cómo. Pero el caso es para tenerlo en cuenta. Se ponen cosas en marcha sin preocuparse de cómo hacer que se detengan. Es para hablar. Nos ponemos a hablar como si pudiéramos dejar de hacerlo con sólo querer. Es así. La busca del medio de hacer parar las cosas, acallar su voz, es lo que al discurso le permite proseguir. No, no debo tratar de pensar. Las cosas, las figuras, los ruidos, las luces con que mi prisa por hablar disfraza cobardemente este sitio, es menester de todas veras que, al margen de toda cuestión de procedimiento, llegue a desterrarlos. Preocupación por la verdad en el prurito de decir. De aquí la posibilidad de verse libre por medio de un encuentro. Pero suavemente. Primero ensuciar, y después limpiar.

¿Y si, por cambiar, me ocupara un poco de mí? Pronto o tarde me vería acogotado. Esto, al pronto, me parece imposible. ¿Dejarme acarrear en el mismo carretón que mis criaturas? ¿Decir de mí que veo esto, que siento aquello, que temo, espero, ignoro, sé? Sí, lo diré, y de mí solo. Impasible, inmóvil, mudo, sosteniéndose la mandíbula, Malone gira, extraño para siempre a mis flaquezas. He aquí a uno que no es como yo no sabré nunca dejar de ser. Ya puedo estar sin moverme, que él es el dios. Y el otro. He puesto en él ojos implorantes, ofrendas para mí, una necesidad de ayuda. No me mira, no me conoce, no carece de nada. Sólo yo soy hombre y todo lo demás es divino.

El aire, el aire, tratemos de ver qué se puede sacar de este viejo tema. De un gris justamente transparente en mi proximidad inmediata, se extiende fuera de este círculo encantado en finos velos impenetrables, de un tono apenas más oscuro. ¿Soy yo quien proyecta esta débil claridad que me permite distinguir lo que ocurre ante de mis narices? No veo, de momento, la utilidad de suponerlo así. La más profunda noche a la larga se deja taladrar hasta cierto punto, como he oído decir, sin ayuda de otra luz que la del cielo ennegrecido y de la tierra misma. Nada nocturno aquí. Este gris, no por ser primero tenebroso y después francamente opaco, deja de ser de una luminosidad intensa. Pero en realidad, esta pantalla contra la cual mis miradas tropiezan, con todo y seguir viendo aire en ella, ¿no será mejor el cercado, de una

intensidad de plombagina? Para aclarar esta cuestión necesitaría un palo, así como los medios de servirme de él, ya que poco sería éste sin ellos, y a la inversa. Necesitaría también, dicho sea de pasada, participios futuros y condicionales. Entonces lanzaría el palo, como una jabalina, directamente hacia delante de mí, y sabría si, en lo que me rodea tan de cerca y me impide ver, de lo que se trata es del vacío siempre, o de lo lleno, según el ruido que oyera. O bien, sin soltarlo, para no exponerme a perderlo de una vez por todas, me serviría de él como de una espada y acuchillaría ya el aire, ya la muralla. Pero la época de los palos pasó, y aquí no puedo contar estrictamente más que con mi cuerpo, mi cuerpo incapaz del menor movimiento y cuyos mismos ojos ya no se pueden cerrar como hacían antes, según Basilio y consortes, para que descansara de ver y de no poder ver o simplemente para que me ayudaran a dormir, ni pueden volverse, ni bajarse, ni elevarse al cielo, mientras permanecían abiertos, sino que están obligados, centrados y desencajados, a quedar fijos en el corto pasillo que tienen delante, donde el 99% de las veces no ocurre nada. Deben de estar rojos como carbones encendidos. A veces me pregunto si las dos retinas no están encaradas entre sí. Por lo demás, pensándolo bien, este gris es ligeramente rosado como el plumaje de algunos pájaros, entre ellos, según creo, la cacatúa.

Aunque todo se vuelva oscuro, aunque todo se vuelva claro, aunque todo siga gris, el gris es el que se impone, para empezar, dado lo que es, pudiendo lo que puede, hecho de claro y de oscuro, pudiendo vaciarse de éste o de aquél, para no ser más que el otro. Pero quizá me hago ilusiones, en el gris, sobre el gris.

¿Cómo hago, en tales condiciones, para escribir, no teniendo en cuenta sino el aspecto manual de esta amarga locura? Lo ignoro. Podría saberlo. Pero no lo sabré. No esta vez. Soy yo el que escribo, el que no puedo alzar la mano de mi rodilla. Soy yo el que pienso, lo justo para escribir, yo cuya cabeza está lejos. Yo soy Mateo y soy el ángel, yo llegado antes de la cruz, antes de la falta, llegado al mundo, aquí.

Añado, para mayor seguridad, esto. Estas cosas que digo, que voy a decir, si puedo, no están ya, o no están todavía, o no estuvieron nunca, o no estarán nunca, o si estuvieron, o si están, o si estarán, no estuvieron aquí, no están aquí, no estarán aquí, sino en otro sitio. Pero yo estoy aquí. Todavía, pues, estoy obligado a añadir esto. Pero héme aquí, yo que estoy aquí, que no puedo hablar, que no puedo pensar, y que debo hablar, por consiguiente pensar un poco tal vez, no puedo hacerlo sólo en relación conmigo que estoy aquí, en relación con aquí donde estoy, pero puedo hacerlo un poco, bastante, no sé cómo —no se trata de eso—, en relación a mí que estuve en otra parte, que estaré en otra parte, y en relación a esos lugares en donde estuve, donde estaré. Pero no he estado nunca en otra parte, por incierto que sea el porvenir. Y lo más sencillo es decir que lo que digo, lo que diré, si puedo, se refiere al lugar donde estoy, a mí que en él estoy, pese a la imposibilidad en que me encuentro de pensar en él, de hablar de él, por culpa de la necesidad en que estoy de hablar de

él, de quizá pues pensar en él un poco. Otra cosa: lo que digo, lo que tal vez diré, a este respecto, respecto a mí, respecto a mi morada, está dicho ya, puesto que, estando aquí desde siempre, aquí sigo todavía. He aquí, en fin, un razonamiento que me gusta, digno de mi situación. No tengo, pues, que inquietarme. Sin embargo, estoy inquieto. No voy pues al desastre, no voy a parte alguna, mis aventuras han concluido, mis dichos están dichos, a esto llamo aventuras. Sin embargo advierto que no. Y temo mucho, pues no puede tratarse más que de mí y de este lugar, que siga estando otra vez a punto de ponerle fin, hablando de ello. Lo que no llevaría a ninguna consecuencia, antes al contrario, como no sea a la obligación en que me hallaré, una vez libre, de volver a empezar, a partir de ningún sitio, de nadie y de nada, para volver a lo mismo, por nuevos caminos desde luego, o por los de antes, irreconocibles cada vez. De aquí una cierta confusión en los exordios, el tiempo de colocar al condenado y de acicalarlo. Pero no desespero de poder un día prescindir de mí, sin callarme. Y ese día, no sé por qué, podré callarme, podré acabar, lo sé. Sí, ahí reside la esperanza, una vez más, de no hacerme, de no perderme, de seguir aquí, donde me he dicho que estoy desde siempre, pues corría prisa decir algo, acabar aquí, sería maravilloso. Pero, ¿es de desear? Sí, es de desear, acabar es de desear, acabar sería maravilloso, quien quiera que yo sea, donde estoy.

Confío en que este preámbulo acabará pronto, a beneficio de la exposición que decidirá de mí. Desgraciadamente temo, como siempre, ir más lejos. Pues ir más lejos es irme de aquí, encontrarme, perderme, desaparecer y volver a empezar, desconocido al principio, después poco a poco tal como siempre, en otro lugar, donde me diré que estuve siempre, del cual no sabré nada, ni nada podré saber, dada la imposibilidad de ver, de moverse, de pensar y de hablar, pero del que poco a poco, pese a estos inconvenientes, sabré algo, lo bastante para averiguar que es el mismo de siempre, el que tiene aires de haber sido hecho para mí pero que no quiere de mí, ése que yo tengo aspecto de querer y que no quiero, de poder preferir, ése del que sin duda no sabré nunca si me engulle o me vomita y que acaso no sea más que el interior de mi cráneo lejano, por donde yo erraba en otro tiempo —ahora estoy fijo—, perdido de pequeñez, o empujando contrarías paredes, de mi cabeza, de mis manos, de mis pies, de mi espalda, de mi pecho, y siempre murmurando viejas historias, mi vieja historia, como por primera vez. No hay, pues, que tener miedo. Sin embargo, tengo miedo, miedo de lo que mis palabras harán de mí, de mi escondite, una vez más. ¿Y si hablara para no decir nada, pero absolutamente nada? Así evitaría tal vez estar roído como por una vieja rata ahíta, y con mi camita de baldaquino, una cuna, o bien me haría roer menos deprisa, en mi vieja cuna, y las carnes arrancadas tendrían tiempo de pegarse de nuevo, como en el Cáucaso, antes de volver a ser arrancadas. Pero parece imposible hablar para no decir nada, se cree conseguirlo, pero siempre se olvida algo, un pequeño sí o un pequeño no, lo bastante para exterminar a un regimiento de dragones. Sin embargo no desespero, esta vez —al tiempo que digo

quién soy y dónde estoy—, de no perderme, de no partir, de acabar aquí. Lo que impide el milagro es el espíritu de método, al cual estuve acaso un poco excesivamente sometido. Desde luego no me da ni frío ni calor que Prometeo fuera liberado veintinueve mil novecientos setenta años antes de haber purgado su pena. Pues confío en que no exista nada en común entre yo y aquel miserable que se mofó de los dioses, inventó el fuego, desfiguró la arcilla, domesticó al caballo y, en una palabra, obligó a la humanidad. Pero la cosa ha de señalarse. En suma: ¿voy a poder hablar de mí y de este lugar sin suprimirnos? ¿Voy a poder callarme? ¿Existe alguna relación entre estas dos preguntas? Gustan las apuestas. He aquí varias, o quizás una sola.

No me engañan esos Murphy, Molloy y Malone. Me hicieron perder el tiempo, trabajar inútilmente, dejándome hablar de ellos, cuando era menester hablar solamente de mí, al objeto de poder callarme. Pero acabo de decir que he hablado de mí, que estoy hablando de mí. Me río de lo que acabo de decir. Es ahora cuando voy a hablar de mí, por primera vez. Creí obrar bien al hacerme acompañar por esos burros de carga^[2]. Me equivoqué. Ellos no han padecido mis dolores, sus dolores nada son comparados con los míos, sólo una pequeña parte de los míos, esa de la que creí poder desprenderme, para contemplarla. Que se vayan ahora, ellos y los demás, los que me sirvieron, los que aguardan, que me devuelvan lo que les infligí y que desaparezcan de mi vida, de mi recuerdo, de mis vergüenzas y mis temores. Bueno, ya estoy yo solo aquí, nadie gira a mi alrededor, nadie viene hacia mí, ante mí nadie encontró nunca a nadie. Ésos no estuvieron nunca. Nunca fueron más que yo y este vacío opaco. ¿Y los ruidos? Ya no, todo está silencioso. ¿Y las luces, con las que contaba tanto? ¿Habrá que apagarlas? Sí, hay que hacerlo, no existen luces aquí. El gris tampoco está; el negro es el que había que decir. No son más que yo, del que no sé nada, sino que nunca hablé de ello, y ese negro, del que tampoco sé nada, sino que es negro, y vacío. He aquí pues eso de que, debiendo hablar, hablaré, hasta que no tenga más que hablar. Dará lo que dé. ¿Y Basilio y consortes? Inexistentes, inventados para explicar ya no sé qué. Ah, sí. Todo mentiras. Dios y los hombres, el día y la naturaleza, los impulsos del corazón y los medios de comprender, soy yo quien cobardemente los ha inventado, sin ayuda de nadie —pues no hay nadie—, para retrasar el momento de hablar de mí. En adelante, se acabó este asunto.

Yo, del que no sé nada, sé que tengo los ojos abiertos, a causa de las lágrimas que de ellos manan sin cesar. Me sé sentado, con las manos en las rodillas, a causa de la presión contra mis nalgas, contra las plantas de mis pies, contra mis manos, contra mis rodillas. Contra las manos son las rodillas las que presionan, contra las rodillas las manos, pero, ¿qué es lo que presiona contra las nalgas, contra las plantas de los pies? Lo ignoro. Mi espalda no está sostenida. Refiero estos detalles para asegurarme de que no estoy echado de espaldas, con las piernas dobladas y en el aire, con los ojos cerrados. Bueno es asegurarse de la propia posición corporal desde el principio, antes de pasar a cosas más importantes. Pero, ¿qué es lo que indica que miro rectamente hacia delante de mí, como indiqué? Me noto con la espalda erguida, con el cuello erguido y sin torsión, y allá arriba la cabeza, bien asentada, como en su bastoncillo la bola del boliche. Estas comparaciones están fuera de lugar. Después hay el modo de correr de las lágrimas, que me corren por toda la cara, desde los ojos hasta las mandíbulas, e incluso por el cuello, como no lo haría, me parece, por un rostro inclinado, por un rostro invertido. Pero no debo confundir el enderezamiento de la cabeza con el de la mirada, ni el plano vertical con el horizontal. En cualquier caso, esta cuestión es secundaria, porque no veo nada. ¿Estoy vestido? A menudo me he hecho esta pregunta, y en seguida hablaba del sombrero de Malone, del abrigo de Molloy, del traje de Murphy. Si lo estoy, sólo lo es ligeramente. Pues noto que las lágrimas me resbalan por el pecho, por los costados y por toda la espalda. Ah, sí, estoy realmente bañado en lágrimas. Se me acumulan en la barba, y desde allí cuando ya no puede contener más... No, no tengo barba, cabellos tampoco, es una gran bola lisa que llevo sobre los hombros, sin lineamientos, salvo en los ojos, de los que ya sólo quedan las órbitas. Y sin la lejana evidencia de las palmas de mis manos y de las plantas de mis pies, de las que aún no he logrado desembarazarme, no titubearía en afirmar que tengo la forma, si no la consistencia, de un huevo, con dos agujeros en cualquier parte para impedir el estallido. Pues como consistencia, se trata más bien de mucílago. Pero poco a poco, poco a poco, si no nunca llegaré. Pues bien, como posibilidad vestimentaria apenas veo otra cosa, de momento, que unas bandas, con algunos harapos aquí y allá. Tampoco diré más obscenidades. ¿A qué iba yo a tener sexo, si ya no tengo nariz? Todo eso cayó, todas las cosas que sobresalen, con mis ojos, mis cabellos, sin dejar rastro, cayó tan bajo, tan lejos, que no oí nada, quizás eso cae todavía, mis cabellos lentamente como hollín siempre, de la caída de mis orejas ni me enteré. Superfluo, pequeña alma siempre, inventé el amor, la música, el aroma del grosellero silvestre, por esquivarme. Los órganos, un fuera, son fáciles de imaginar; otros, un Dios, son cosa forzada, nos los imaginamos, lo que es fácil, eso calma lo principal, eso adormece, por un instante. Sí, Dios, en él no he creído, fautor de calma, un instante. Ya no haré pausas tampoco. ¿No puedo, pues, conservar nada de cuanto ha llevado mis pobres pensamientos, plegado a mis dichos, mientras me escondía? Voy a secar también, a taponar, estas órbitas chorreantes. Ya está, ya no chorrean, soy una gran bola parlante, hablando de cosas que no existen o que quizás

existen, es imposible saberlo, la cuestión no es esa. Ah sí, cambio pronto de estribillo. Y, después de todo, ¿por qué una bola y no otra cosa, y por qué grande? ¿Porqué no un cilindro, un cilindro pequeño? ¿Por qué no un huevo, un huevo mediano? No, no, es la vieja tontería, me sé redondo siempre, sólido y redondo, sin atreverme a decirlo, sin asperezas, sin aberturas, invisible quizás o grande como Sirio. Estas expresiones carecen de sentido. Que sea redondo y duro es lo único que importa, y ciertamente existen razones para ello, que sea redondo y duro, mejor que de una forma irregular cualquiera, susceptible de ahuecarse, de abombarse al azar de los choques, pero se acabaron las razones. Lo demás lo dejo, como ese negro ridículo en el que por un instante creí poderme bañar más dignamente que en el gris. Menudas artimañas esas historias de claridad y oscuridad. Y me las he permitido. Pero, ¿es que ruedo, conforme a mi naturaleza de bola, o estoy en equilibrio en alguna parte, sobre uno de mis innumerables polos? Me siento muy tentado a tratar de saberlo. Menuda tirada de discurso se puede sacar de esa preocupación tan legítima en apariencia. Pero no se me tendría en cuenta. No, entre yo y el derecho al silencio, el reposo vivo, se extiende la misma lección de siempre, esa que sabía bien pero que no quise decir, ignoro por qué, quizá por temor al silencio, o por creer que bastaba decir cualquier cosa, mentiras con preferencia claro está, al objeto de permanecer oculto. Importa poco. Pero ahora voy a decir mi lección, si puedo recordarla. Bajo los cielos, por los caminos, en las ciudades, los bosques, las habitaciones, las montañas, las llanuras, a orillas del mar, sobre las olas y detrás de mis homúnculos, no siempre estuve triste, perdí mi tiempo, renuncié a mis derechos, me esforcé en vano, olvidé mi lección. Después un pequeño infierno a mi modo, no demasiado perverso, con algunos amables condenados a los que largar mis gemidos, algo que suspira de lejos en lejos y a lo lejos esperando por relampagueos, la piedad en llamas, la hora de elevarnos a cenizas. Hablo y hablo, porque es menester, pero no escucho, busco mi lección, la vida mía que en otro tiempo supe y no quise confesar, de aquí tal vez una ligera falta de limpidez en algunos momentos. A lo mejor también esta vez no haré sino buscar mi lección, sin poderla decir, a la par que acompañándome en una lengua que no es la mía. Pero en vez de decir lo que erré al decir, lo que ya no diré, lo que acaso diga, si es que puedo, ¿no sería mejor que dijera otra cosa, incluso si no es aún la que tiene que ser? Voy a intentarlo, voy a intentarlo en otro presente, incluso si no es aún el mío, sin pausas, sin llantos, sin ojos, sin razones. Pongamos, pues, que estoy fijo aunque esto no tenga importancia, que estoy fijo o que al rodar estoy cambiando continuamente, en los aires o en contacto con otra superficie, o que tan pronto ruedo como me detengo, pues no siento nada, ni quietud ni cambio, nada que pueda servir de punto de partida a una opinión a este respecto, lo que importaría poco si tuviera algunos conocimientos de orden general y, con ello, el uso de la razón, pero la cosa es que no siento nada, nada, y en cuanto a pensar pienso lo justo para no callarme, lo que no se puede decir que sea pensar. Por consiguiente, no pongamos nada, ni que me muevo, ni que no me muevo, lo que es más seguro, pues esto no tiene importancia, y pasemos a las cosas

que la tienen. ¿Cuáles? Esta voz que habla, sabiéndose mentirosa, indiferente a lo que dice, demasiado vieja quizás y demasiado humillada para poder decir alguna vez, finalmente, las palabras que la hagan cesar, sabiéndose inútil, para nada, esta voz que no se escucha, atenta al silencio roto por ella, por donde quizás un día recuperará el prolongado suspiro claro de adviento y de adiós, ¿es, acaso, una voz? No plantearé más preguntas, no hay más preguntas, no conozco ninguna más. Ella sale de mí, me llena, clama contra mis paredes, no es la mía, no puedo detenerla, no puedo evitar que me desgarre, me sacuda, me asedie. No es la mía, no tengo, no tengo voz y debo hablar, es cuanto sé, a esto es a lo que hay que darle vueltas, a propósito de esto debe hablarse, con esta voz que no es la mía, pero que no puede ser más que la mía, pues aquí no hay nadie más, o si hay otros, a los cuales podría pertenecer esta voz, no llegan hasta mí, no diré nada más, no seré más claro. A lo mejor me miran de lejos, no veo en ello inconveniente, toda vez que yo no los veo, como un rostro entre la brasa, que saben está destinado a desmoronarse, pero es demasiado largo, se hace tarde, los ojos se cierran y mañana hay que levantarse pronto. Soy yo pues quien habla, completamente solo, porque no puedo hacer otra cosa. No, estoy mudo. A propósito, si me callase, ¿qué me pasaría? ¿Peor que lo que me pasa? Pero esto siguen siendo preguntas. He aquí lo característico. Ignoro las preguntas y éstas me salen a cada paso de la boca. Creo saber lo que ocurre. Es para que el discurso no se detenga, este discurso inútil que no se me toma en cuenta, que no me reprocha por el silencio de una sílaba. Pero estoy prevenido, no responderé más, no volveré a poner cara de andar buscando. Quizá me veré obligado, para no pararme, a volver a inventar una fantasmagoría, con cabezas, troncos, brazos, piernas y todo lo demás, lanzados a través de la inmutable alternativa de la sombra imperfecta y de la claridad dudosa, como ya me ha ocurrido. Pero tengo fundadas esperanzas de que no. Pero siempre tengo este recurso. Pues con todo y desarrollar mis bufonadas, la última vez que esto me ocurrió, o en la otra que pasa por mí, no he dejado de prestar atención. Me pareció oír murmurar otro medio de salir del paso, y de otro modo más agradable, y hasta pude recoger, sin dejar un solo instante de despachar mis dice, se dice, pregunta y responde, ciertas fórmulas de las más prometedoras y que, en efecto, me prometí poner a contribución en la primera oportunidad, una vez que haya concluido con mi rebaño de excitados. Pero todo ha desaparecido. Pues es difícil hablar, incluso no importa cómo, y al propio tiempo fijar la atención en otra parte, allí donde reside su verdadero interés, tal como un débil murmullo lo define por migajas, como excusándose de no estar muerto. Y lo que me pareció oír entonces, respecto a lo que tenía que hacer y decir, para no tener nada ya que hacer ni que decir, me pareció oírlo apenas, por culpa del ruido que por otra parte estaba a punto de hacer, conforme a los mal comprendidos términos de una oscura condenación. Sin embargo, estuve bastante impresionado por ciertas expresiones para jurarme, sin dejar de gañir, no olvidarlas nunca y, lo que es más, jurarme proceder de tal modo que ellas no engendran otras y que, al hincharse en un todo irrecusable, expulsen de mi boca miserable cualquier

otro discurso, de mi boca en vano gastada en vanas ficciones, cualquier otro discurso que el suyo, el bueno al fin, el último al fin. Pero todo lo he olvidado y no he hecho nada, a menos que esté abocado a hacer algo en este instante, cosa que deseo sinceramente. Pues si tal música pudo llegarme cuando me debatía con una pesada historia de moribundos desplazándose, entrechocándose, agitándose allí mismo y cayendo en breves síncope, ¿no debería, con mucha más razón, hacerse oír ahora, cuando se supone que no estoy embarazado más que conmigo mismo? Pero esto siguen siendo razonamientos. Y he aquí que me estoy deslizando ya, antes de haber llegado al último extremo, hacia el recurso de la fábula. ¿Y si prefiriera decir ba-ba-ba, mientras espero conocer el verdadero empleo de este órgano venerable? Basta de preguntas de razonamientos. Prosigo, después de años. Resulta pues que me callé, que puedo callarme. Y he aquí que vuelve ese ruido. Todo esto no está claro. Digo años, aunque aquí no los hay. La duración importa poco. Años, eso es una idea de Basilio. Largamente, brevemente, es lo mismo. Guardé silencio, que es lo que cuenta, si es que cuenta, y ya no recuerdo si es lo que tiene que contar. Y he aquí que se me escapa de nuevo. Pero qué silencio, amigos míos, pues también yo tengo amigos en algún lugar, lo noto por momentos, en este momento, qué silencio, mis pobres amigos. Y en verdad no todo consiste en guardar silencio, sino que es menester asimismo ver la clase de silencio que se guarda. Yo oí. Tanto como hablar, tanto como hacer. Qué libertad. Presté oídos a lo que debía ser mi voz siempre, tan débil, tan lejana, que era como el mar, como la tierra, un lejano mar en calma, moribundo... No, eso no, no la playa, no la orilla, basta el mar, sobran los guijarros y la arena, sobra la tierra, y también el mar. Decididamente, Basilio adquiere importancia. Voy pues a preferir llamarle Mahood, prefiero eso, soy raro. Él es quien me contaba historias acerca de mí, vivía para mí, salía de mí, volvía a mí, penetraba en mí abrumándome con historias. No sé cómo ocurría esto. Siempre me gustó no saber, pero Mahood me decía que no estaba bien. Él tampoco sabía nada, pero eso le atormentaba. Es su voz la que a menudo, siempre, se ha mezclado con la mía, hasta el punto de cubrirla a veces por entero, hasta el día en que me abandonó por las buenas, o en que ya no quiso abandonarme, no sé. Sí, no sé si está aquí en este momento o si está lejos, pero no creo engañarme mucho al decir que no tendré que volver a sufrir sus impertinencias. Durante sus ausencias, trataba de recuperarme, de olvidar lo que me había dicho, acerca de mí, acerca de mis infortunios, infortunios ridículos, dolores absurdos, respecto a mi verdadera situación, palabra detestable. Pero su voz seguía dando fe de él, como tejida con la mía, impidiéndome decir quién era yo, lo que yo era, a fin de poder callarme, de no oír más. Y todavía, hoy, para seguir hablando como él, aunque ya no me turba, su voz está aquí, en la mía, pero menos menos. Y no habiendo vuelto a renovarse desaparecerá un día, espero, de la mía, por completo. Pero para ello debo hablar, hablar. Al propio tiempo, no me lo oculto, él puede volver o puede marcharse de nuevo y en seguida volver. Entonces habría que volver a empezarlo todo. Entonces mi voz, la voz, diría: «Mira, voy a contar una historia de

Mahood, para aliviarme». Así tendría que ocurrir. Ella diría. Después, ya repuesto, acometería de nuevo la verdad, con fuerzas centuplicadas. Para convencerme de que actuaba con libertad. Pero no sería ya mi voz, ni siquiera en parte. Así es como eso ocurriría. O bien la historia empezaría muy suavemente, de modo insensible, como si de nada se tratase, como si se tratase siempre de mí. Pero yo me habría dormido completamente, con la boca abierta, como de costumbre, tendría el aspecto de costumbre. Y de mi boca abierta, dormida, brotarían mentiras, acerca de mí. No, no dormiría, escucharía, llorando. Pero, ¿se trata, en realidad, de mí en este momento? A veces me parece que sí. Después veo claramente que no. Hago lo que puedo, pero estoy a punto de fracasar, otra vez. No me importa nada fracasar, me gusta, sólo que quisiera callarme. No como acabo de hacerlo, para escuchar mejor. Sino apaciblemente, como vencedor, sin reservas mentales. Eso sería la buena vida, la vida al fin. Mi boca en reposo se llenaría de saliva, mi boca que nunca tiene bastante de ella, la dejaría correr con delicia, babeando de vida, concluido en silencio mi castigo. Hablé, debo hablar, de lección, es castigo lo que había que decir, confundí castigo con lección. Sí, tengo un castigo que cumplir, antes de estar libre, libre de mi baba, libre para callarme, para no oír más, y ya no sé cuál. He aquí, al fin, que doy una idea de mi situación. Se me ha impuesto un castigo, quizás al nacer, quizá para castigarme de haber nacido, o sin ninguna razón especial, porque no se me quiere, y he olvidado en qué consiste. Pero, ¿es que se me ha especificado alguna vez? Aprieta, amigo mío, aprieta muy fuerte, no abuses, pero aprieta un poco más todavía, acaso se trata de ti. A veces me llamo tú, si soy yo el que habla. Quizá tú llegaste al extremo. ¿Después de diez mil palabras? A un extremo, en fin, tras el cual habrá otros. En cuanto a hablarme, no me he hablado bastante, no me escuché bastante, no me respondí bastante ni me consolé bastante, hablé para mi amo, presté oídos a las palabras de mi amo, no llegadas nunca: «Está bien, niño mío, está bien, hijo mío, puedes detenerte, puedes disponer, puedes irte, estás libre, estás perdonado». Palabras no llegadas nunca. Mi amo. He aquí un filón que no hay que perder de vista. Pero por el momento estoy en él —en realidad quizá sean varios, todo un consorcio de tiranos, divididos entre ellos en lo que me concierne, puestos a deliberar desde hace un buen rato de eternidad, escuchándome de tanto en tanto y yéndose después a comer y a jugar a los naipes, en secreto, de balde, por cuenta mía, habrá que aclararlo— castigo, que sin ofender puedo comparar, me parece, a esta lección demasiado pronto abandonada, demasiado inconsideradamente... abandonada, diciéndome que si tengo un castigo que realizar es porque no supe decir mi lección, y que cuando habré concluido mi castigo me quedará por decir mi lección, y que sólo en ese momento tendré derecho a permanecer tranquilamente en mi rincón, babeando y viviendo, con la boca cerrada y la lengua inerte, lejos de todo estorbo y de todo ruido, con la conciencia tranquila, esto es, vacía. Pero esto no me hace adelantar gran cosa. Pues caería sobre el buen castigo, a fuerza de remover vocablos, quedándome por reconstruir la buena lección, a menos que los dos se confundan, lo que evidentemente

tampoco es imposible. Curiosa idea, por otra parte, y muy sujeta a caución, esa de una tarea que cumplir antes de poder estar tranquilo. Curiosa tarea la de tener que hablar de uno mismo. Extraña esperanza, vuelta hacia el silencio y la paz. No teniendo más que mi voz, que la voz, puede parecer natural, una vez asimilada la idea de obligación, que vea en ella una cosa cualquiera que decir. Y aún: No teniendo manos, quizás esté obligado a aplaudir, o a llamar al camarero, batiéndolas una contra otra, eso sería más chocante, y no teniendo pies, obligado a bailar la carmañola. Pero supongamos primero, la cuestión es avanzar, después supondremos otra cosa, la cuestión es avanzar un poco más, supongamos que se trata de otra cosa que decir, ausente de cuanto dije hasta ahora. Es una suposición que debe poder defenderse. Pero de eso a querer que se trate de algo acerca de mí, de pronto me parece un poco aventurado. ¿Y si se tratara, en realidad, de alabanzas, cantadas, a mi amo, para que me perdone? ¿O de la confesión de que después de todo yo soy Mahood y que todas esas historias de una persona cuya identidad usurpa Mahood impidiendo que la voz se haga oír, son falsas de punta a punta? Voy a quedarme ahí, por el momento. Son demasiadas perspectivas en tan poco tiempo. Decididamente me parece imposible, en este punto, que prescindiera de preguntas, como me prometí. No, solamente me juré no volver a hacerlas. ¿Quién sabe? Caeré, quizá, dentro de poco, en la feliz disposición que las hará imposibles para siempre en mí, no seamos pedantes, en mi espíritu. Pues lo que hago no se hace enteramente sin espíritu. Que no sea el mío, perfectamente de acuerdo, en ello estoy, pero puedo hacerlo, en fin de ello me doy aires. Rica materia, para ser explotada, nutritiva, ah sí, para ser sorbida hasta la médula, endiabladamente propulsora, apasionante por demás, me estremezco de ello, palabra, me estremezco y paso, tengo tiempo, ya olvido, ah sí, eso de que acaba de ser cuestión, al instante, una cosa importante, se fue, volverá, sin pesadumbres, nueva flamante, una desconocida, cuando yo estaría mejor dispuesto, esperemos que así sea, para los rompecabezas de primera hilaza. Cuántos de nosotros desde hace algún tiempo. Abrevio. El amo. Me preocupé poco de él, demasiado poco. También bastante quizás. Este recurso está gastado. Me lo voy a prohibir todo, libre para seguir adelante. El amo. Algunas alusiones aquí y allá, como a un sátrapa, para que se me compadezca. Me vistieron y me dieron dinero, he aquí el modo, al pasar. Después, nada más. O el amo de Moran, cuyo nombre no recuerdo. Ah sí, ciertas cosas, hechas para mí, creyendo obrar bien, lleno de dudas, ronco de fatiga, las recuerdo, aunque no siempre las mismas. Pero no he pensado nunca en tratar esta historia un poco afondo, con ardor tan inútil como por ejemplo la del sometido, que esperaba fuese la mía, próxima a la mía, camino de la mía. Y si ahora pienso en ella, es que desespero de llegar a la mía. Un instante de desaliento, para aprovecharlo. Mi amo, pues, suponiéndolo único en mi imagen, me quiere bien, el pobre, quiere mi bien, y si no tiene aspecto de hacer gran cosa para no desilusionarse, es que no tiene gran cosa que hacer, pues si no lo habría hecho —eso debe de ser, mi buen amo, mi poderoso amo, el pobre— hace mucho tiempo. Otra hipótesis: hizo lo necesario, está hecha su voluntad en lo que me concierne (pues

quizá tenga otros protegidos) y yo sigo sin saberlo. Casos uno y dos. Voy a inclinarme un poco sobre el primero, si es que puedo. Después me inclinaré sobre el segundo, si aún me mantengo en pie. Esto tiene todo el aire de una anécdota de Mahood. Y, sin embargo, no, todas las historias de Mahood eran sobre mí. Pero inclínate pronto, querido, si no te olvidarás. Hélo aquí, pues, profundamente afligido el pobre, por mi culpa, porque no puede hacer nada, cuando tanto empeño tiene en ello, él, que tiene la costumbre de mandar y de ser obedecido. Hélo aquí, pues, que desde que existo —estado, por lo demás, que le creo capaz de haber suscitado— me conmina a que tenga que estar bien, a mi gusto, con tanto éxito como si se dirigiese a la materia inanimada. Si no está contento de este panegírico, quiero estar... iba a decir colgado, pero esto lo quiero de todos modos, sin restricciones —iba a decir sin constricciones— lo que cortaría el aliento. Desgraciadamente, no tengo cuello. «Quiero que estés bien, ¿oyes?», no deja de repetirme. Y yo, en actitud respetuosa, de responderle: «Yo también, príncipe mío». Le digo esto para darle gusto, ¡tiene un aire tan lastimero! Soy bueno, por la superficie. No, no tenemos conversaciones, él no me suelta nunca una palabra. Sin duda no me eligió, pues no se elige siempre al ilota que uno quiere. Lo que entiende por bien, por mi bien, es asimismo otra historia. Es capaz de querer que yo esté contento, como se ha comprobado, según parece. O querer que yo sirva para algo. O las dos cosas a la par, en un revoltijo increíble. Un poco más de franqueza por su parte, ya que por supuesto mantiene la iniciativa, y quizá todo iría mejor, tanto desde su punto de vista como desde el que él me atribuye. Que se explique de una vez. No es a mí al que le toca dirigirle preguntas, incluso si supiera dónde encontrarlo. Que me haga saber de una vez por todas lo que precisamente quiere de mí, para mí. Lo que quiere es mi bien, ya lo sé, en fin lo digo, con la esperanza de llevarlo a mejores sentimientos, si él existe y si, existiendo, me escucha. Pero, ¿qué bien? Pues deben de existir varios. El supremo, quizá. Que me lo aclare, en fin, es todo lo que le pido, para que tenga yo al menos la satisfacción de saber en qué dejo desear. Si quiere que diga algo —para mi bien, por supuesto— que me diga qué exactamente y lo gritaré al momento. Claro que a lo mejor me lo ha dicho ya cien veces. Y bien, no tiene más que decírmelo la vez ciento una, y prestaré atención. Pero quizá me confunda al abrumarlo, mi buen amo, quizá no es el único como yo, mi buen amo, ni esté libre como yo, sino asociado a otros, todos ellos tan buenos como él, queriendo mi bien como él, pero con opiniones divergentes acerca de este último. Todos los días, allá arriba, en los días, varias veces al día, desde la hora convenida hasta la hora convenida, con todo convenido salvo lo que conviene hacer conmigo, se reúnen, acerca de mí. A menos que se trate de suplentes, encargados de elaborar un proyecto de común acuerdo. Que durante ese tiempo yo siga siendo lo que siempre fui, ciertamente es preferible a una decisión coja, quién sabe si adoptada sólo por mayoría absoluta, o salida de un vil empate. Durante ese tiempo también ellos sufren, cada uno según sus posibilidades, debido a que yo no esté bien. Ahora basta de esto. Puedo seguir concibiendo que esto no les ablande, y peor para mí. Caramba, una

sugerencia, mientras pienso en ello, antes de emplearme mejor: ¿Y si ellos, por resignación, me liberasen? Quizás esto me hiciera bien. No veo cómo. Tal vez podría callarme, definitivamente. No, todo esto no es serio, soy libre, abandonado. He aquí lo que de nuevo lo echa a perder todo. El propio Mahood me ha abandonado, estoy tranquilo. Toda esta historia de tarea que cumplir, para poder pararme, de frases que decir, de verdad que hallar, para poder decirla, para poder pararme, de tarea impuesta, rezuma, descuidada, olvidada, por hallar, por satisfacer, para no tener que hablar más ni oír más, la he inventado yo con la esperanza de consolarme, de ayudarme a proseguir, de creerme en algún sitio, moviéndome, entre un principio y un fin, tan pronto avanzando como retrocediendo, o desviándome, pero en fin de cuentas ganando siempre terreno. Eliminémoslo. Nada tengo que hacer, es decir, nada de particular. Tengo que hablar, esto es vago. Tengo que hablar, no teniendo nada que decir, sino las palabras de los otros. Tengo que hablar, no sabiendo ni queriendo hablar. Nadie me obliga a ello, no hay nadie, es un accidente, un hecho. Nada podrá dispensarme nunca de ello, no hay nada, nada que descubrir, nada que disminuya lo que por decir queda, tengo la mar por beber, por consiguiente hay un mar. No haber sido engañado hubiera sido lo mejor para mí, lo mejor que hubiera hecho, haber sido engañado, no habiéndolo querido, creyendo no serlo, sabiendo que lo soy, no engañándome acerca de que no lo estoy. Pues como quiera que sea, esto no marcha, debería marchar, pero no. Es un suplicio recargado, imposible de pensar, de aislar, de sentir, de sufrir, sí, insufrible también, sufro mal también, incluso esto lo hago mal también, como una vieja pava muñéndose de pie, con la espalda cargada de polluelos, acechada por las ratas. Pronto, lo que sigue. Sobre todo nada de gritos, sino urbanidad, saber morir mientras los otros ríen, los oigo desde aquí, eso chirría como espinas, no, es imposible, soy yo el que aúlla, lejos tras mi disertación. Así pues no importa lo que sea. Ni siquiera las historias de Mahood son no importa qué, siendo también extrañas, no sé a qué, a mi país, que no conozco, no más que a ese donde los hombres van y vienen, en el suyo, por pistas que hicieron ellos mismos, para poder ir a visitarse con mayor comodidad y prontitud, alumbrados por luces numerosas y variadas chorreando en la oscuridad por turno, de modo que nunca está oscuro ni desierto, lo que debe ser terrible. Sea. Nada de no importa qué, pero todo cómo, así es. Mahood. Antes de él había otros, tomándose por mí. Debe de ser una sinecura que pasa de padres a hijos, a juzgar por su aire de familia. Mahood no es peor que sus predecesores. Pero antes de bosquejar su retrato, en pie, pues no tiene más que uno, mi próximo representante en existencia será un culo de escudilla^[3], está decidido, la escudilla en la cabeza y el culo en el polvo, pegado a Tellus^[4] la de las mil tetas, para mayor suavidad. Mira, es una idea, una más: casi llegaré quizás, a fuerza de mutilaciones, de aquí a una quincena de generaciones de hombre, a hacer figura de mí, entre los viandantes. Entre tanto, esta caricatura es Mahood. ¿Qué iba a decir? Es lo mismo, diré otra cosa. ¿Y si después de todo no fuéramos más que uno, como él quiere, pese a mis negativas? ¿Y si yo hubiera pasado por donde según él pasé, en vez

de haber permanecido aquí, intentando aprovecharme de su ausencia para poner orden en mi asunto? ¿Aquí, en mi país, qué hace Mahood aquí, cómo lo pasa aquí? Héme lanzado a una vana historia, henos aquí frente a frente, Mahood y yo, si es que somos dos, como digo. No lo he visto, no lo veo. Él me dijo cómo es, cómo soy, todos me lo dijeron, lo que debe entrar plenamente en sus atribuciones. No basta que yo sepa qué hago, es menester que sepa también cómo soy. Esta vez no tengo más que una pierna, con todo y haber rejuvenecido, según parece. Esto forma parte del programa. Habiéndome conducido al artículo de la muerte, a la gangrena senil, me quitan una pierna y ¡jop! héme aquí de nuevo en pie y entremetiéndome por todas partes, como un joven, en busca de un escondrijo. Una sola pierna y luego otros signos distintivos, humanos desde luego, pero no exageradamente, para no asustarme, para que me deje seducir: «Acabará por resignarse, acabará por confesar», he aquí la consigna. «Ensayemos esta vez con un cráneo de pez, con pelo apenas, a lo mejor se deja tentar», debieron decirse. «Con la pierna única casi en medio, esto podría sonreírle». Los pobres. Me injertarían un ano artificial en la palma de la mano nada más estar allí, viviendo su vida de hombre casi, hombre justamente, de hombre bastante para poderlo de verdad, a su imagen, un día, una vez cumplidos mis avatares. Sin embargo, alguna vez me pareció que yo estaba allí, en los lugares incriminados, desplomándome bajo mis atributos de señor de la creación, desesperado de clamar la consunción, cercado de un azul de espinaca zumbando de contento. Sí, más de una vez he estado a punto de tomarme por el otro, hasta el punto de sufrir como él, por un momento. Entonces ellos descorcharon el champaña: ¡Es de los nuestros! ¡Verduzco de angustia! ¡Un verdadero terrícola! ¡Ahogado en la clorofila! ¡Rozando los mataderos! Esto se les debió de quedar en el estómago. Muy mezquinos misioneros en el fondo, al servicio de lo efímero reactualizado. Ven, cordero mío, a retozar con nosotros, que esto se pasa pronto, ya lo verás, justo el tiempo de jugar con una cordera, es una golosina. El amor, he ahí una trampa que no ha fallado nunca, yo he debido enganchar siempre a alguien. Y en esta clase de W. C. es en la que he llegado a crearme y hasta a bajarme los pantalones. El mismo Mahood ha estado a punto de pillarme más de una vez. He sido él un momento, cojeando en sus muletas a través de una naturaleza —no nos engañemos— más bien enjuta y, además, seamos justos, poco poblada al principio. Me detengo tras cada golpe de muleta, sólo el tiempo necesario para devorar un narcótico y medir el camino recorrido, y el que falta por recorrer. Mi cabeza está allí también, ancha en su base, de sienes calvas y rematada en forma de caballete de tejado ápice del edificio, salpicada de largos pelos flotantes como los que crecen en los lunares. No hay nada que hacer, estoy dulcemente bien informado. Confesad que era tentador. Dije un momento, quizá fueran años. Después, retiré mi adhesión, pues eso se volvía grosero. Había dado ya una buena decena de pasos, si se pueden llamar así, desde luego no en línea recta, sino siguiendo una curva muy pronunciada que, aunque acaso no me llevara a mi punto de partida precisamente, parecía destinada a hacer que lo rozase

muy de cerca, a poco que me mantuviera en ella. Probablemente me metí en una especie de espiral invertida, quiero decir una espiral cuyos anillos, en vez de ir ampliándose, se fueran reduciendo, hasta ya no poder continuarse, visto el espacio de especie en el que se consideró que debía hallarme. En aquel momento, ante la imposibilidad material de ir más lejos, sin duda debía estar obligado a detenerme, libre en rigor para enseguida reanudar la marcha en sentido inverso, o mucho después, desatornillándome en cierto modo, después de haberme atornillado bien. Lo que habría constituido una experiencia de gran interés y novedad, si es cierto, como me he dejado decir, no pudiendo hacer otra cosa, que hasta el camino más desvaído tiene muy otro aspecto, muy otro desvaído, al volver que al ir, y viceversa. Es inútil desviarse, sé un montón de cosas. Pero aquí se presenta una dificultad. Pues si a fuerza de enroscarme, permítaseme esta elipse —lo que no me ocurre a menudo—, si a fuerza de enroscarme, pues valía la pena querer ir más deprisa, si a fuerza de enroscarme tenía fatalmente que concluir por encontrarme clavado, incapaz de ir más lejos so pena de disminuir de volumen o de penetrar literalmente en mí mismo, y sin embargo forzado —la palabra no es bastante fuerte— a inmovilizarme, por contra una vez lanzado en el otro sentido, ¿no debería normalmente desarrollarme hasta el infinito, sin que nada pueda nunca ponerle fin, toda vez que el espacio en que se me echó es globular, a menos que se trate de la tierra, lo que da lo mismo, yo me entiendo? Pero, ¿dónde está, en fin de cuentas, la dificultad? Juraría que había una en aquel momento. Sin contar con que muy bien podría, en cualquier momento, en uno cualquiera, hallarme ante una pared, un árbol o cualquier otro obstáculo, que por supuesto me estaría formalmente prohibido contornear, lo que cortarían en seco mis rotaciones tan eficazmente como la especie de calambre de que acababa de ser víctima. Pero parece ser que con el tiempo se pueden quitar los obstáculos, y seguir adelante, pero no yo, a mí me pararían de golpe, si viviera entre ellos. Pero incluso sin obstáculos, pasado el ecuador me parece que se debería volver a girar hacia dentro, por la fuerza de las cosas, sin dejar de proseguir el camino, ésta es la idea que tengo. En el momento de que hablo, cuando me tomé por Mahood, debía yo estar dando la vuelta al mundo, de lo que sólo tenía para algunos siglos. Mi ruina fisiológica abonaría esta hipótesis, pues quizá había dejado mi pierna en el océano Pacífico, que digo quizá, la había dejado allí, frente a Sumatra, en las selvas rojas de raflesia hediendo a carroña, no, eso es el océano Índico, qué enciclopedia, en fin por allí. En suma, regresaba al redil, ciertamente disminuido, y llamado sin duda a serlo más, antes de volver a ver a mis padres y a mi mujer, a los míos, y de estrechar en mis brazos —logré conservar los dos— a mis hijos, nacidos durante mi ausencia. Me hallaba en una especie de patio o de saltadero, rodeado de altas murallas, con el piso formado por una mezcla de tierra y de ceniza, y esto me parecía grato tras las vastas extensiones abiertas y móviles que había recorrido, si se me había informado bien. Me sentía casi en seguridad. En medio del patio se alzaba una minúscula rotonda, sin ventanas, pero bien provista de saeteras. Pero no estaba bien seguro de reconocerla,

pues hacía mucho tiempo, según me dije, que había partido. He aquí el abra que nunca debí abandonar, aquí me esperan mis queridos ausentes, con paciencia, y yo también debo ser paciente. Allí dentro un rebullir de pepé, memé, mamá y los ocho o nueve mocosos. Con los ojos pegados a las rendijas seguían mis esfuerzos, de corazón conmigo. A medida que yo giraba por el exterior, ellos giraban por el interior, descontada la diferencia de curvatura. Durante la noche, por turno, me observaban con ayuda de un proyector. Así giraban las estaciones. Los niños crecían, los períodos de Ptomaina iban empalideciendo, los viejos se acechaban diciéndose: «Seré yo quien te entierre, serás tú quien me enterrará». Desde que estaba allí tenían un tema de conversación, y hasta de discusión, el mismo que antes, cuando me fui, incluso tal vez un interés en la vida, el mismo que antes. El tiempo les parecía más corto. «¿Y si le echáramos algo de comer?». «No, no, no hay que molestarlo». No querían romper mi impulso, hacia ellos. «Está irreconocible». «Es verdad, y, sin embargo, se le reconoce». Ellos, que de ordinario no se respondían nunca, mis padres, mi mujer, la que me había elegido, cuando tuvo pretendientes. «Algunas primaveras más y nos será devuelto». «¿Dónde lo pondré? ¿En el sótano?». ¿No estaré, después de todo, en el sótano? «¿Qué le ocurre para detenerse todo el tiempo?». «Oh, siempre ha sido así, siempre lo hemos conocido así, deteniéndose siempre, ¿no es cierto, pepé?». «Es cierto, nunca quieto, deteniéndose siempre». Según Mahood, yo no llegué nunca, es decir, que todos murieron antes, sucumbiendo los once o doce que eran por ingerir conservas echadas a perder, en medio de atroces sufrimientos. Incomodado por sus aullidos, primero, después por el hedor de putrefacción, retrocedí en mi camino. Pero no anticipemos, si no nunca llegaríamos. Por otra parte, ya no soy yo. «Quién sabe si llegará alguna vez, al paso que va». «Diríase que, desde el año pasado, va más despacio». «Oh, las últimas vueltas han ido deprisa». La pierna que me faltaba les era indiferente. A lo mejor ya no la tenía cuando partí. «¿Y si le tiráramos una esponja?». «No, no, no hay que distraerlo». Por la noche, después de cenar, mientras mi mujer me vigilaba, los viejos le contaban mi vida a los niños adormilados. Resultaba una velada hogareña. Era un procedimiento de los que le gustan a Mahood ese de hacer intervenir testimonios de los llamados independientes, en apoyo de mi existencia histórica. Concluido el fragmento, todos cantaban un himno: «Salvo y sano en los brazos de Jesús», por ejemplo, o bien, «Jesús, amante de mi alma, déjame refugiarme en tu seno», por ejemplo. Después, se iban a acostar, excepto aquel a quien le tocaba estar de centinela. No siempre estaban de acuerdo los viejos en lo que a mí se refiere, pero coincidían en que fui un hermoso bebé, muy al principio, durante quince días o tres semanas. «Sin embargo, se trató de un hermoso bebé», así concluían invariablemente sus relatos. A menudo era uno de los niños el que, aprovechándose de una pausa en la narración durante la cual mis padres se sumían en sus recuerdos, lanzaba a modo de cierre la frase consagrada: «Sin embargo, se trataba de un hermoso bebé». Risas claras e inocentes, de aquellos a quienes el sueño no había vencido aún, saludaban la colocación prematura de este

final. Y los propios narradores, bruscamente arrancados de sus tristes pensamientos, no podían contenerse de sonreír. Después todos, salvo mi madre, a la que fatigaba estar de pie, se levantaban entonando el «Dulce Jesús, manso y suave», por ejemplo, o bien «Mi Jesús único, mi Jesús todo, óyeme cuando te llamo», por ejemplo. Él también debió de haber sido un hermoso bebé. Entonces, mi mujer comunicaba las últimas noticias, para que se las llevaran al lecho. «Ahí está caminando otra vez hacia atrás», o «Se ha puesto a rascarse», o «Ha hecho el cangrejo durante sus buenos diez minutos», o «Venid pronto, está de rodillas», lo que evidentemente valía la pena ir a ver. Era de rigor que se le preguntase si yo avanzaba de todos modos, si a pesar de todo en conjunto avanzaba, los que no dormían ya no habrían querido acostarse sin estar seguros de que yo no perdía pie. Pto to los tranquilizaba. La cosa era concluyente, toda vez que me había movido. Toda vez que me acercaba, dado que no permanecía quieto, no había por qué inquietarse. Estaba lanzado, no había motivo para que de pronto me pusiera a alejarme, no era mi estilo. Entonces todos, cuando se habían besado y deseado buenas noches, un sueño reparador, se retiraban, salvo el centinela. «¿Y si lo llamáramos?». Pobre papá, él hubiera querido alentarme de viva voz. «Aguanta bien, muchacho, es el último invierno». Pero viendo mi esfuerzo, el esfuerzo que me imponía, no le dejaban, pretextando que no era el momento de darme un empujón. Pero, ¿cuáles eran mis propios sentimientos en todo aquel tiempo? ¿En qué pensaba? ¿Con qué? ¿En qué condiciones morales me debatía? Estaba entregado por entero —cito a Mahood— a mi asunto, sin preocuparme de saber en qué precisamente, y hasta aproximadamente, ese asunto consistía. Para mí se trataba de mantenerme, no pudiendo hacer otra cosa, en el movimiento que se me había impuesto, en la medida de mis medios declinantes. Esta obligación y la casi imposibilidad en que me hallaba de cumplirla, acaparándome de modo mecánico, con exclusión especialmente del libre ejercicio de la inteligencia y la sensibilidad, me hacían parecer una vieja caballería de carga o de tiro que ni siquiera piensa ya en el establo y cuyos instintos y capacidad de observación no se encuentran ya en condiciones de indicarle si se acerca o se aleja de él. Entre otras cuestiones, la de saber cómo son posibles tales estados de cosas hacía tiempo que había dejado de preocuparme. Este patético cuadro de mi situación no estaba hecho para desagradarme y al recordarlo me pregunto todavía si no habría dejado de ser yo, como Mahood me lo aseguraba, quien daba vueltas, en efecto, en aquel patio. Bien provisto de analgésicos, los usaba ampliamente, sin llegar, obstante, a ingerir la dosis mortal que habría cortado en seco mi función, cualquiera que ésta pudiera ser. Con todo, habiendo observado y creído reconocer el lugar, ya ni siquiera pensaba en los queridos seres que, en la creciente agitación de la espera, lo llenaban a más no poder. Aunque muy cerca, a vuelo de pájaro, del punto muerto, no apresuraba el paso. Sin duda habría podido hacerlo, pero debía contenerme, si quería llegar. No me importaba, pero estaba obligado a esforzarme para llegar. Un objetivo deseable, aunque nunca tuve tiempo de reflexionar sobre ello. Ir hacia adelante, llamo a eso

hacia adelante, siempre he ido hacia adelante, si no en línea recta, al menos según la figura que se me había asignado. En mi vida no ha habido sitio para nada más. Siempre es Mahood el que habla. No me he parado nunca. Las paradas que hice no cuentan pues eran para poder seguir. No las utilizaba para meditar acerca de mi situación, sino para frotarme lo mejor que podía con bálsamo tranquilo, por ejemplo, o para ponerme una inyección de láudano, operaciones incómodas para el que no tiene más que una pierna. A menudo se decía «Ha caído», cuando en realidad me había desplomado deliberadamente para poder soltar mis muletas y tener las manos libres para cuidarme convenientemente. La verdad que es difícil, para el que sólo tiene una pierna, tirarse por tierra, hablando con propiedad, sobre todo cuando la cabeza anda débil, la cosa corre prisa y la pierna que queda está debilitada a fuerza de no servirse de ella. Lo más sencillo es soltar las muletas y desplomarse. Que es lo que yo hacía. Tenían, pues, razón al decir que me había caído, no se engañaban mucho. También me sucedió que caí sin querer, pero no a menudo, no a menudo, a un viejo de la vieja^[5] como yo, os imagináis, no le pasa a menudo eso de caerse sin querer, se deja caer a tiempo. En fin, de pie o por el suelo, prodigándome los cuidados indispensables, esperando que el dolor disminuyera, acechando el instante de poderme poner otra vez en movimiento, me detenía, si se quiere, pero no como se imaginaban ellos cuando decían «Se ha vuelto a parar, no llegará nunca». Cuando penetraré en esa casa, si tal cosa llega a sucederme alguna vez, será para seguir dando vueltas, más deprisa cada vez, más crispado cada vez, como un perro estreñido, o agusanado, haciendo caer los muebles, en medio de los míos que tratan de besarme, hasta que, catapultado en el sentido inverso a impulsos de una torsión suprema, me marche de nuevo sin haberles dado las buenas noches. Decididamente voy a prestarme un poco todavía a esta historia, pues no es imposible que haya algo de verdad dentro de todo eso. Viendo probablemente que permanecía escéptico, Mahood dejó caer como quien no hace la cosa que no sólo me faltaba una pierna, sino también un brazo. En cuanto a la muleta correspondiente, al parecer conservaba yo lo bastante de axila para sostenerla y maniobrar, ayudándome con mi único pie para hacer avanzar su extremo cada vez que era necesario. Pero lo que me chocó profundamente, hasta el punto de hacer nacer en mi espíritu, tal como por lo demás Mahood lo había disfrazado, dudas invencibles, fue la sugerencia de que el infeliz llegado hasta los míos y puesto al alcance de mi conocimiento primeramente por el ruido de su agonía, y después por el hedor de sus cadáveres, me había hecho desandar camino. A partir de aquel momento ya no podía seguirle. Voy a explicar por qué, lo que me permitirá pensar en otra cosa y ante todo en el medio de alcanzarme, allí donde me espero, aunque apenas tenga ganas, pero es mi única oportunidad, así lo creo al menos, mi única oportunidad de callarme, de al fin hablar un poco sin mentir, si es eso lo que ellos quieren, para no tener que hablar más. Daré tres o cuatro de mis razones, eso me bastará. En primer lugar, mi familia, el hecho en sí de tener una familia ya habría debido ponerme la mosca tras la oreja, por momentos, y el deseo de haberme

debatido, incluso brevemente, incluso débilmente, en la gran tromba animada que va desde los primeros protozoarios hasta los hombres más recientes que... No, paréntesis. Vuelvo a empezar. Mi familia. En primer lugar no tenía nada que ver con cuanto yo hacía. Habiendo partido de aquel sitio, lo normal era que regresara a él, dada la exactitud de mi navegación. Y mi familia se habría podido mudar durante mi ausencia, e instalarse a cien leguas de allí, sin que yo me hubiera apartado el grosor de un cabello de mis remolinos. En cuanto a los gritos de dolor y los hedores de descomposición, suponiéndome capaz de haberlos advertido, me habrían parecido completamente normales en el orden natural de las cosas, tal como aprendí a conocerlo. Si cada vez hubiera necesitado volverme ante tales manifestaciones, no habría ido lejos. A mí, al que sólo lavaban superficialmente las lluvias, cuya cabeza, si no la boca, estaba llena de imprecaciones, primero me habría sido menester volverme de mí. Después de todo quizás era eso lo que hacía. Así se explicaría mi marcha vagamente circular. Mentiras, mentiras, no tenía que conocer, ni juzgar, ni maldecir, sino ir. Que el bacilo *botulus* se hubiera llevado a toda mi familia, no me lo dejaría repetir, lo aceptaba de buen grado, pero a condición de que no se resintiera de ello mi comportamiento. Será preferible que veamos cómo pasaron realmente las cosas, si Mahood decía verdad. Pero a qué iba a haberme mentado, él que de tal modo deseaba asegurarse mi adhesión, a qué en realidad, probablemente a su modo de concebirme. Por temor de apenarme, acaso. Pero lo que nunca comprendieron mis tentadores es que estoy allí para ser apenado. Todos ellos quisieron, debo decir que según concepciones bastante diversas de lo soportable, que yo exista no teniendo más que una pena, si no moderada, limitada al menos. Incluso me han matado, haciéndome oír que, no pudiendo más, el único recurso que me quedaba era el de desaparecer. ¡No pudiendo más! Era un segundo lo que necesitaba resistir, y después habría tenido para toda la eternidad, con los dedos en las narices. ¡Lo que fueron a buscar como cuerpos duros! Pero el remate ha sido esa historia de Mahood en la que se me representa como embargado por el hecho de haberme desembarazado con tanta facilidad de un montón de consanguíneos, para no hablar de los dos tipos simplemente, uno el maldito que me soltó en el siglo, y el otro, infundibuliforme, en el que traté de vengarme, perpetuándome. A decir verdad, seamos francos al menos, hace ya un buen rato que no sé lo que digo. Cuando se tiene el pensamiento en alguna parte, todo está permitido. Prosigamos, pues, sin temor, como si no hubiera sido nada. Y veamos un poco cómo ocurrieron las cosas realmente, si Mahood decía la verdad, dándome por huérfano, viudo, sin herederos y todo y todo, de una sola vez. Tengo tiempo de hacer saltar en el aire esta feria en la que basta respirar para tener derecho a la asfixia, me desembarazaré bien de ella, no será como las otras veces. Pero no quisiera ser injusto hacia mi difamador. Pues al hacerme retroceder y regresar en la otra dirección, sin haber agotado las posibilidades de la que emprendí, ni por un instante pensaba en un desfallecimiento moral cualquiera de mi parte, como ha podido parecer que quise insinuar, sino únicamente en una sacudida física, seguida de

un desagrado del mismo orden, correspondiente a los gritos de mi familia a punto de sucumbir a regañadientes y por los gases nauseabundos, obligándome estos últimos a alejarme, so pena de perder por completo el conocimiento. Restablecida esta versión de los acontecimientos, ya sólo me queda por advertir que no cuesta más que la otra y que igualmente ignora a la criatura que en rigor yo hubiera podido ser acaso, si hubieran sabido tomarme. Veamos ahora cómo ocurrieron las cosas en realidad. Habiendo acabado, esto es, corrido, por hallarme en el interior de la casa —de forma circular, no lo olvidemos, y con solo una habitación en la planta baja que daba directamente a la palestra— concluí mis rotaciones, pisoteando los desfigurados restos de los míos, a éste el rostro, a aquél el vientre, según el azar de su distribución, hundiendo en ellos los extremos de mis muletas, tanto a la llegada como a la partida. Decir que esto me deparó satisfacción sería forzar la verdad. Pues nada me decía hallarme en un terreno tan poco sólido, justamente en el momento en que necesitaba, para mis últimas convulsiones, un suelo firme y sin irregularidades. Me gusta creer, aunque de ello no esté seguro, que en el bajo vientre de mamá fue en el que terminé, durante jornadas enteras, mi largo viaje y desde donde partí para el siguiente. No, esto me da lo mismo. Para el caso también hubiera podido servir el pecho de Isolda, o las partes de papá, o el corazón de uno de los vástagos. Pero, ¿es seguro? ¿Acaso no ingeriría yo, en un arrebató de independencia, lo que del fatal *corned beef* quedaba? ¿Cuántas veces me dejé caer durante esas etapas al abrigo de la independencia? Pero dejemos todo eso. Nunca estuve más que aquí, nadie me vio salir de aquí nunca. Basta ya de hacer el niño que, a fuerza de oír decir que fue encontrado en una col, acaba por acordarse del rincón del huerto donde ocurrió y de la clase de vida que llevaba allí antes de llegar al mundo. No hablaré más de cuerpos y trayectorias, del cielo y de la tierra, pues no sé de qué se trata. Mil veces me dijeron, explicaron y describieron cómo fue todo eso, para qué sirve, los unos tras los otros, con unanimidad perfecta, con las más diversas frases, hasta que tuve aspecto de hallarme verdaderamente al corriente. ¿Quién diría, al oírme, que nunca vi nada, que nada oí sino sus voces? Los hombres, también, ¿qué pudieron sermonearme sobre los hombres, antes incluso de querer asimilarme a ellos? Todo eso de que hablo, con lo que hablo, lo sé por ellos. Por más que quiera, pero que de nada sirve, eso no se acaba. Ahora soy yo el que debo hablar, aunque sea con su lenguaje, será un comienzo, un paso hacia el silencio, hacia el final de la locura, la de tener que hablar y no poder, salvo de cosas que no me conciernen, que no cuentan, en las que no creo, de las que ellos me atiborraron para impedirme decir quién soy, dónde estoy, para impedirme hacer lo que tengo que hacer del único modo en que puedo ponerle fin, de hacer lo que tengo que hacer. Ellos no deben amarme. Ah, me compusieron bien, pero no me han logrado, no del todo, todavía no. Que deponga por ellos, hasta que me consuma, como si uno pudiera consumirse en ese juego, he ahí lo que quieren que haga. No poder abrir la boca ni proclamarlos, a título de congénere, he aquí a lo que creen haberme reducido. Menuda astucia haberme adaptado un lenguaje del que se

imaginan que nunca podré servirme sin reconocerme de su tribu. Voy a arreglarles yo su algarabía, de la que nunca entendí nada, no más que de las historias que él acarrea, como perros muertos. Mi incapacidad de absorción, mi facultad de olvido fueron subestimadas por ellos. Querida incomprensión, a ti deberé ser yo, al fin. Pronto no quedará nada de todo eso con lo que me rellenaron. Entonces seré yo el que vomitará al fin, en sonoros reductos e inodoros de famélico, que concluirán en el coma, en un prolongado coma delicioso. Pero, ¿quiénes, ellos? ¿Es que verdaderamente vale la pena que me informe, con mis medios trucados? No, pero ésta no es una razón. En su propio terreno y con sus propias armas los barreré, y con ellos a su títere fracasado. Huellas mías acaso las encuentre en la misma ocasión. Ya está decidido. Pero ¿por qué residuo empezar? Es curioso, ellos dejaron de importunarme desde hace algún tiempo, sí, también ellos me infligieron la noción del tiempo. ¿Qué conclusión sacar de ello, según su método? Mahood se calló, lo que quiere decir que su voz continúa, pero no ha vuelto a renovarse. ¿Se me considera lo bastante untado de excusas para que ya nunca pueda desembarazarme de ellas ni efectuar un gesto incapaz de dar animación a una mascarilla? Pero yo, sin moverme, podría vivir allí dentro, y declararme, siendo el único que me oyera. Sus atributos, de los que me cargaron, los arrastré, como en el carnaval, bajo los misiles. A mí me toca ahora hacer el muerto, a mí al que ellos no supieron hacer nacer, y el caparazón de monstruo que tengo a mi alrededor se pudrirá. Pero se trata cabalmente de una cuestión de voz, cualquier otra metáfora es impropia. Me hincharon con su voz, como un globo, y por más que me vacíe sigue siendo a ellos a los que oigo. ¿Quiénes, ellos? ¿Y por qué nada más, desde hace algún tiempo? Puede que me hayan abandonado, mientras decían: «Por supuesto, nada se puede sacar de él, no insistamos, no es peligroso». Ah, pero un hilillo de voz de hombre forzado, para murmurar lo que su humanidad sofoca, en la mazmorra, agarrotado, en secreto, en suplicio, un ligero jadeo de condenado a vivir, para balbucear lo que es tener que celebrar el confinamiento, atención. Bah, ellos están tranquilos, estoy emparedado por sus vociferaciones, nadie sabrá nunca lo que soy, nadie me lo oirá decir, aunque lo diga, y no lo diré, no podría, pues no tengo más que el lenguaje de ellos, sí, sí, lo diré quizás, aunque sea en su lenguaje, para mí solo, para no haber vivido en vano, y después para poder callarme, si es eso lo que da derecho al silencio, y nada tan seguro, son ellos los que retienen el silencio, los que deciden del silencio, siempre los mismos, de acuerdo, de acuerdo, y qué, me río del silencio, diré lo que soy, para no haber nacido inútilmente, ya les arreglaré yo su algarabía^[6], después diré cualquier cosa, cuanto ellos quieran, con alegría, por toda la eternidad, en fin, con filosofía. Empezaré diciendo lo que no soy, que es como me enseñaron a proceder, y a continuación lo que soy, cosa iniciada ya y que no tengo más que proseguir desde donde me dejé asustar. No soy, ¿es menester decirlo?, ni Murphy, ni Watt, ni Mercier —no, no quiero volver a nombrarlos— ni ninguno de los otros, de los cuales he olvidado hasta los nombres, que me dijeron que yo era ellos, que debía intentar serlo, a la fuerza, por miedo, para no reconocerme, ninguna

relación. Nunca deseé, ni busqué, ni sufrí, nunca nada conocido de todo eso, nunca tuve objetos, nunca adversarios, nunca sentidos, nunca cabeza. Pero dejémoslo estar. Es inútil negar ni rebatir lo que tan bien sé, una cosa tan fácil de decir y que en el fondo no se reduce sino a seguir hablando todavía y siempre como ellos entienden que hablo, es decir, sobre ellos, aunque sea maldiciéndolos, negándolos. Que ellos existan como se obstinan en querer que yo haga, es posible, no tengo por qué saberlo, carezco de opinión, si hubieran sabido enseñarme a desear desearía que sí. Imposible salir del paso sin nombrarlos; ellos y sus trucos, eso es lo que hay que considerar. Lo mismo que contar una historia de Mahood sin otra forma de proceso, dándola, como la he recibido, por mía. Mira, es una idea. Para hastiarme un poco más. Voy a recitarla. Entretanto veré la continuación que ha de dársele a mi propio asunto, reemprendiéndolo desde donde tuvo que interrumpirlo, a la fuerza, por temor, por falta de habilidad. Será la última vez. Voy a tener aspecto de decidirme de buen grado. Eso los dormirá, en caso de que se propusieran refrescarme la memoria, acerca de mi modo de comportarme, allá arriba, en la isla, en medio de mis compatriotas correligionarios, contemporáneos y camaradas. Entre tanto veré lo que tengo que hacer, para manifestarme. Ellos no verán nada. Pero empecemos por ver un poco quiénes son, esa pandilla de enfurecidos, que se pretende que Dios me envía para mi bien. A decir verdad... No, primero la historia. Para que mi mareo se colme. La isla, estoy en la isla, no he abandonado nunca la isla, pobre de mí. Creí entender que me pasaba la vida dando la vuelta al mundo, en espiral. Error, donde no ceso de dar vueltas es en la isla. Lo único que conozco es la isla, nada más. Y tampoco la conozco, pues nunca tuve fuerzas para mirarla. Cuando llego a la orilla, me vuelvo, hacia el interior. Mi camino no es una espiral, también en esto me engañé, sino giros irregulares, unas veces bruscos y breves, como valseando, otras de una amplitud de parábola, abarcando turbas enteras, y otras entre las dos, en alguna parte, y orientados invariablemente no importa cómo, según el pánico del momento. Pero en la época de que hablo se acabó de esa vida activa, no me muevo ni volveré a moverme nunca más, a menos que sea impulsado por un tercero. En efecto, del gran viajero que fui, de rodillas en los últimos tiempos, y después arrastrándome y rodando, no queda más que el tronco (en estado lamentable), coronado por la consabida cabeza, que es la parte de mí cuya descripción mejor he captado y retenido. Metido, a modo de ramo, en el fondo de una vasija profunda, cuyos bordes me llegan hasta la boca, al lado de una calle poco transitada junto a los mataderos, estoy en reposo, al fin. Al girar, no diré la cabeza, sino los ojos, que poseen facultad autónoma de giro, puedo ver la estatua del propagador de la carne de caballo, un busto. Sus ojos de piedra, sin pupilas, están fijos en mí. Son cuatro, con los de mi creador, que están en todas partes, no vayáis a creer que me considero favorecido. Aunque no esté exactamente en regla, la policía me tolera. Sabe que, hallándome en la imposibilidad de articular palabras, no me aprovecharé deslealmente de mi situación para sublevar a la población contra sus dirigentes, mediante inflamados discursos en las horas de mayor

afluencia, o para murmurar frases subversivas, llegada la noche, a los transeúntes retrasados y borrachos. Ella tampoco ignora que, al estar sin miembros, salvo el viril, que ya no lo es, no haré ademanes que puedan ser interpretados como incitadores a la limosna, delito penalizado con un período de reclusión. El hecho es que no molesto a nadie, como no sea a esa categoría de personas hipersensibles que ven ocasiones de escándalo y de indignación en todas partes. Pero el riesgo es mínimo. Pues se trata de personas que evitan el barrio, por temor a sentirse mal ante el espectáculo de los animales, que en su mayoría ven la ciudad por primera vez, yendo hacia el hacha. Desde este punto de vista el lugar está bien elegido, desde mi punto de vista. Pero incluso los bastante desequilibrados para quedar sorprendidos al verme, quiero decir sobresaltados, y una ocasión de descontento. Héme aquí situado y su aptitud para la felicidad, no tienen más que mirarme por segunda vez, los que puedan resolverse a ello, para tranquilizarse en seguida. Pues mi rostro sólo reflejaba la satisfacción del que goza de un reposo merecido. Es cierto que la mayor parte del tiempo mi boca estaba oculta, y mis párpados cerrados. Ah, sí, tan pronto es el pasado como el presente. Y sólo, sin duda, el estado de mi cráneo, cubierto de pústulas y de moscas azules, forzosamente numerosas en estos parajes, me impedía ser objeto de envidia para algunos, y una ocasión de descontento. Héme aquí situado, como espero. Una vez por semana se me sacaba de mi recipiente, con objeto de vaciarlo. Este cuidado incumbía a la dueña del figón de enfrente, que lo cumplía de buen grado, sin rechistar, con todo y tratarme a veces con afecto de «asquerosito», pues tenía una huerta. Sin tener exactamente algo que ver con ella, no le era del todo indiferente, eso se notaba, y antes de volverme a colocar en mi sitio aprovechaba que yo tenía la boca al descubierto para meterme en ella un pedazo de pan blando o un hueso con médula. Y cuando nevaba a más y mejor, venía a ponerme encima una lona impermeable. Fue allí dentro, al calor y al abrigo, donde conocí el beneficio de las lágrimas, preguntándome a qué las debía, pues no me hallaba conmovido. Y esto no una vez, sino cada vez que se me enlonaba, es decir, varias veces al año. Sí, aquello era fatal, apenas puesta la lona, y acallados los precipitados pasos de mi bienhechora, las lágrimas empezaban a correr. ¿Ha de verse, había de verse en ellas el efecto de la gratitud? Pero, en tal caso, ¿no me habría sentido reconocido? Por otra parte, advertí oscuramente que, si ella cuidaba de tal modo de mí, no era únicamente por bondad, o yo habría entendido mal en qué consiste la bondad, cuando me lo explicaron. Pues aparte de los servicios que yo prestaba a sus lechugas, constituía un punto de referencia para su establecimiento e incluso una especie de reclamo, mucho más eficaz que, por ejemplo, un monigote de cartón, barrigudo de perfil y, visto de frente, de una delgadez desoladora. Que ella no se engañaba al respecto se deduce del cuidado que puso en contornear mi habitáculo con farolillos que hacían un efecto muy bonito en el crepúsculo y, con mucho mayor motivo, por la noche. Y para que los transeúntes pudieran descifrar más cómodamente la minuta que estaba pegada a mi habitáculo, hizo montar éste sobre un plinto, a costa suya. Es así como pude saber

que sus nabos en salsa son peores que antes, pero que, como contrapartida, sus zanahorias, también en salsa, son mejores que antaño. La salsa no ha cambiado. Es ése un lenguaje que comprendo casi, son esas ideas claras y simples en las que me es posible apoyarme, y no pido otro alimento espiritual. Un nabo sé sobre poco más o menos a qué se parece, y una zanahoria también, sobre todo la mediana o de Nantes. Creo captar en ciertos momentos el matiz diferencial entre lo malo y lo que es menos malo. Y si en realidad se me escapa el alcance de los términos de ayer y de hoy, esto le resta muy poco al placer que siento de asimilar lo principal. De sus lechugas, por ejemplo, sólo oí hablar bien siempre. Sí, represento para ella un pequeño capital, y si yo llegara a morir quedaría, estoy persuadido de ello, sinceramente disgustada. He aquí alguien que debería serme una preciosa ayuda. Me satisface imaginar que llegado el momento del fatal desenlace, pagada al fin mi deuda con la naturaleza, ella se opondrá a que se lleven, del lugar que ocupa en este instante, la vieja vasija donde habré consumido mis vicisitudes. Y quizá haga poner, en el lugar donde se ve hoy una parte de mi cabeza, un melón, o una calabaza, o una gruesa piña tropical con su pequeña mata de pelos, o mejor aún, no sé por qué, un nabo de Suecia, en recuerdo mío. Así no desapareceré por completo, como les ocurre con tanta frecuencia a los que entierran. Pero no me he puesto a mentir, una vez más, para hablar de ella. *De nobis ipsis silemus*, decididamente ésta hubiera debido ser mi divisa. Pues sí, ellos me dieron asimismo lecciones de latín de pocilga, esto hace bien, hundido en el perjurio. Obsérvese que sólo la nieve, y aun así es menester que sea violenta, me da derecho a la lona. Ninguna otra forma de intemperie despierta en ella el instinto maternal, a mi favor. He intentado hacerle comprender, golpeándome la cabeza con furia contra las paredes del gollete, en el instante en que ella, habiendo disminuido la nieve, me descubrió, que preferiría ser ocultado más a menudo. Al propio tiempo, en señal de descontento, echaba baba. Ella nada comprendió. Me pregunto qué explicación consiguió hallar a ese modo de comportarse. Debió de hablarle a su marido, probablemente para tener que oír que simplemente estuve apunto de ahogarme, mientras que es justamente lo contrario lo que ella hubiera debido oírse decir. Los dos procedimos con torpeza, seamos justos, yo por hacer las señales, y ella por interpretarlas. Esta historia no sirve para nada, casi estoy a punto de creerla. Pero veamos cómo se considera que ha de acabar, esto me volverá a poner las ideas en su sitio. Lo fastidioso es que esa continuación la he olvidado. ¿Pero es que la supe alguna vez? Me pregunto si mi historia no concluye ahí, si Mahood no la detuvo ahí, diciéndome, quién sabe: «He aquí hasta donde has llegado, ya no necesitas de mí». A decir verdad, ellos se han inclinado siempre a este proceder, deteniéndose bruscamente, a la menor señal de aquiescencia por mi parte, dejándome en suspenso, sin otra fuente de renovación que la vida que me imputaron. Y sólo al ver que no soy capaz de desenvolverme reemprenden el hilo de mis infortunios, juzgándome insuficientemente vitalizado todavía para poder conducirlos a buen puerto yo solo. Pero en vez de hallar el punto justo creí observarlo varias veces, y reemprenderme en

el lugar en que me depositaron, me toman lejos de allí, y bajo un aspecto muy diferente, con la esperanza quizá de hacerme presumir que me había encargado del intervalo completamente solo, que había vivido sin ninguna clase de ayudas, durante un buen rato, sin saber cómo ni recordar en qué circunstancias, o que estaba muerto, completamente solo, y vuelto a la tierra, por vía vaginal como un verdadero bebé, y llegado a la edad madura y hasta a la senilidad, sin la menor asistencia por su parte y merced únicamente a las indicaciones que me suministraron. Hacerme endosar una vida de hombre no basta, sin duda, es menester que yo ensaye varias generaciones. Pero esto no es seguro. Cuanto ellos me contaron, sin duda se refiere a una existencia única, pues la confusión de identidades no es más que aparente, debido a mi poca aptitud para llevarlas. Cuando llegue a morir por mis propios medios, entonces se hallarán en mejores condiciones de juzgar si me merezco ilustrar otra época, o rehacer la presente, con más avisado espíritu. También me está permitido suponer que el monopiernista manco de hace un instante y el tronco con cabeza de pez en el que estoy actualmente en avería no constituyen ni más ni menos que dos aspectos de una sola y la misma envoltura carnal, toda vez que el alma está ostensiblemente a cubierto de ablaciones y deterioros. Habiendo perdido ya una pierna, es muy posible, en efecto, que pueda perder la otra. Y lo mismo ocurre con los brazos. Transición fácil, en suma. Pero, ¿qué decir de esa otra vejez que me han otorgado, si es que tengo buena memoria, y de esta otra madurez a las cuales no les faltaban ni brazos ni piernas, sino tan sólo la facultad de sacar partido de ellos? ¿Y en cuanto a esa especie de juventud en la que debieron de dejarme por muerto? No estoy en sus pequeños papeles. Sin duda hicieron cuanto estaba en su mano para serme agradables, para sacarme de aquí, con un pretexto cualquiera, en un empleo cualquiera. Lo único que les reprocho es que insistieran. Pues más allá de ellos está quien no me dará por cumplido hasta que ellos no me hayan abandonado, por inutilizable, y me hayan devuelto a mí. Entonces podré, al fin, emplearme en decir dónde estuve y qué fui durante todo ese tiempo perdido. Pero, ¿quién es el que espera eso de mí, si lo adiviné correctamente? ¿Y quiénes son esos otros, de propósitos tan diferentes? Y es hacer el juego plantear estas cuestiones. Sin embargo, ¿es que me las planteaba, en mi recipiente? ¿Es que en la plaza, a menudo de pie todavía y caminando, me interrogaba a mí mismo? Yo disminuía. Disminuyo. Antes, metiendo la cabeza entre los hombros, como reprendido, podía desaparecer. Pronto, al paso con que disminuyo, no tendré ya que darme este trabajo. Y en cuanto a los ojos, no tendré que esforzarme en cerrarlos, para no ver más la luz, pues el recipiente los obtura, a algunas pulgadas. Y no tengo más que dejar ir la frente contra la pared para que la luz llegada de arriba, que por las noches es la de la luna, no se refleje tampoco en esos lindos espejitos azules en los cuales me he mirado a veces, para darles gusto. Error, error, este trabajo y este mal los tendré siempre. Pues la mujer, observando con disgusto que me hundía cada vez más, me hizo subir llenando el fondo de mi vasija con serrín, que cambia todas las semanas, cuando me asea. Es menos duro que la

arenisca, pero más sano. Y yo me había acostumbrado a la arenisca. Ahora me acostumbro al serrín. Es una ocupación como otra cualquiera. Nunca pude soportar la inactividad, en la que se debilitan las fuerzas humanas. Y los ojos los cierro y los vuelvo a abrir, los vuelvo a cerrar y los vuelvo a abrir, como en el pasado. Y la cabeza, la meto y la saco, la meto y la saco, como antaño. Y sobre todo al amanecer suelo meterla a menudo, después de haberla dejado fuera toda la noche, y lo hago así con la intención deliberada de plantarle cara a la mujer e inducirla a error. Pues su primera mirada, tras de alzar la cortina, con tanto estrépito, su primera mirada, húmeda todavía de sueño y de lujuria, es para mí. Al no verme, se asusta y se precipita. Pues sólo puede haber sucedido una de estas dos cosas: o me escapé durante la noche, o he vuelto a reducirme. Pero antes de que tenga tiempo de llegar hasta mí, levanto rápidamente la cabeza, como un diablo de resorte, con los ojos desorbitados y fijos en ella. Pues también sé agrandar los ojos, sé cerrarlos y abrirlos y sé agrandarlos o empequeñecerlos, según me dé. Y si me resulta imposible girar la cabeza, a consecuencia de una precoz rigidez del cuello, esto no quiere decir que me encuentre fijo siempre en el mismo sentido. Pues a fuerza de agitarme, llego a hacerle dar a mi tronco el grado de revolución que quiero, y esto lo mismo en un sentido que en el otro. Este juegucito, que hubiera juzgado inocente, me costó caro, a mí, que me consideraba insolvente. Ciertamente es que uno no conoce bien sus riquezas, hasta que las pierde. Y sin duda me quedan otras todavía, que no aguardan más que al ladrón para que se me hagan sensibles. Y hoy, si aún sigo pudiendo abrir y cerrar los ojos, ya no me es posible, por culpa de mi carácter inquieto, meter y sacar la cabeza, como en los buenos tiempos de antes. Pues un collar, sujeto a los rebordes de la vasija, me aprieta ahora el cuello, por debajo del mentón. Y mi boca, oculta antes, a la que a menudo apretaba contra el frescor de la piedra, ahora puede verla todo el mundo. Pero también hay que decir que este cambio no deja de suavizarse con ciertas ventajas, de las que no gozaba antes, entre ellas la de poder atrapar moscas. Las cazo con la boca, ¡*vrrac!* ¿Quiere esto decir que todavía conservo los dientes? ¡Haber perdido los miembros y conservar los dientes, qué escarnio! Pero tal cosa me extrañaría. Moscas. Quizá no sean muy alimenticias, ni de sabor muy agradable, pero no es ésa la cuestión, sino otra muy diferente, que nada tiene que ver ni con lo útil ni con lo agradable. También atrapo mariposas nocturnas, atraídas por los farolillos, aunque más difícilmente. Pero no estoy más que en el comienzo, en este nuevo ejercicio, y disto mucho de haber llegado al máximo de mis posibilidades. Ahora, para volver al aspecto sombrío del asunto, diré que este collar, o arandela, de cemento, me estorba mucho, para girar. Lo aprovecho para aprender a estarme quieto. A esta argolla le deberé la dicha de tener siempre ante los ojos, al abrirlos, la misma serie de alucinaciones exactamente, bien es verdad que aproximadas en muchas cosas. En el fondo, sólo hay una cosa que me inquieta, y es la perspectiva de ahorcarme, si llegara a reducirme más. ¡La asfixia! Yo, que siempre fui de tipo respiratorio. Prueba de ello, esta caja torácica que me ha quedado, junto con el abdomen. Yo, que murmuraba,

cuando pensaba en ello, con cada inhalación: «He aquí el oxígeno que penetra», y, al expirar, «he aquí las suciedades que se van y la sangre que se vuelve roja». El tinte azul. La obscena protrusión de la lengua. La tumefacción del pene. Qué lástima que ya no tenga brazos, pues algo podría haberse sacado de eso. No, mejor es así. A mi edad, volver a masturbarme, sería indecente. Y, además, no daría nada. Aunque, después de todo, ¿qué sé yo? A fuerza de tracciones con buen ritmo, pensando con todas mis fuerzas en el culo de un caballo, en el instante en que se alza la cola, quién sabe, acaso llegara a cualquier cosita. ¡Cielos, se diría que se mueve! ¿Quiere decirse que no me han cortado? Sin embargo, estaba convencido de que me cortaron. Quizá me confundo, con otras bolsas. Por lo demás, eso ha dejado de moverse. Voy a concentrarme de nuevo. Un percherón. Vamos, vamos, un buen movimiento, veamos, basta de morir, sería lo último, después del trabajo que se tomaron para hacerte vivir. Lo principal está hecho. Bastante te asesinaron, bastante te suicidaron, para que puedas arreglártelas tú solo, como un viejo solterón. Eso es lo que yo me digo. Y añadido, sin poder parar: «Abandona esta inercia inmortal, es inadmisibile en este medio. Ellos no pueden hacerlo todo. Te pusieron en el buen camino, te dieron la mano hasta el borde del precipicio, ahora te toca a ti, dando el último paso sin ayudas, mostrarles tu reconocimiento». Me gusta este lenguaje lleno de color, estos apostrofes de imágenes tan francas. Es a un paralítico al que arrastraron por entre los esplendores de la naturaleza, y ahora que ya no queda nada que admirar, es menester que salte, para que se pueda decir: «He ahí a otro que vivió». No tienen aspecto de imaginarse que estuve nunca ahí, que estos ojos desencajados, esta boca abierta y la baba en las comisuras de los labios no le deben nada al Golfo de Nápoles, ni a Aubervillers. ¡El último paso! ¿Con qué? Yo, que nunca supe dar el primero. Pero quizá se darían ellos por contentos si aguardase simplemente a que me impulsara el viento. Es lo que prefiero, va conmigo. Pero son ellos los primeros en impacientarse. Es que no hay viento que aguante, sería menester que el acantilado se desplomase. Aún, si me hallara vivo en el interior, cabría esperar un ataque al corazón, o un buen infarto. En general, me rematan con palos, para demostrarse, así como a los comanditarios y a los espectadores, que tuve un comienzo, y una continuación. Después, plantándome el pie en el pecho, donde nada cambió, dicen a los mirones: «Ah, si lo hubierais visto hace cincuenta años, ¡qué dinámico, qué don de gentes!». Todo y sabiendo que todo se ha de volver a empezar. Pero acaso exagere la necesidad que tengo de ellos. Me acuso de inercia, y, sin embargo, me muevo, me movía al menos, ¿habré perdido la oportunidad? Veamos la cabeza. Se diría que algo se mueve en ella, de tanto en tanto. No hay, pues, que desesperar de una congestión cerebral. ¿Todavía más? Los órganos de digestión y de evacuación, aunque perezosos, se agitan de vez en cuando, como lo prueban los cuidados de que soy objeto. Es alentador. Mientras hay vida hay esperanza. De las moscas, en cuanto agentes externos, no hablo más que de memoria. Podrían traerme el tifus. No, eso serían las ratas. He visto algunas, pero tienen a otros gatos a los que fastidiar. ¿Una pequeña

tenia? No es interesante. Como quiera que sea, veo que me desalenté demasiado a la ligera. Quizá tengo algo con que darles satisfacción. Pero ya empiezo a dejar de estar en esa calle de desastre que tan bien me hicieron ver. Podría describirla, habría podido hacerlo, hace un instante, como si hubiera estado en ella, tal como ellos me desearon, ciertamente disminuido, no teniendo ya para mucho tiempo, pero con los ojos todavía dispuestos a dejarse impresionar, y una oreja, bastante, y la cabeza bastante obediente, para darme al menos una vaga idea de lo que habría sido menester quitar a cuanto me rodea para que se produjesen el vacío y el silencio. Este lugar donde se alza mi vasija, sobre un plinto, con su guirnalda de farolillos multicolores, y yo dentro, no lo volveré a ver, pues no supe agarrarme a él. Ellos, quizá para variar, harán que me fulmine un rayo, o la maza, una noche de fiesta, y después me envolverán, de prisa, ni visto ni oído, en el sudario, prueba de que sudé. O me harán quitar vivo, separar de allí, para variar, y depositarme en otro sitio, al azar. Y en mi próxima salida, si alguna vez vuelvo a salir, todo será nuevo, todo lo encontraré extraño. Pero poco a poco me acostumbraré, con su ayuda, al lugar, a mí, y poco a poco reaparecerá el viejo problema de cómo vivir, un solo segundo, joven o viejo, sin ayuda, sin guía, la vida que les pertenece. Y como esto me recuerda otras tentativas, en otras condiciones, me plantearé, ayudándome, soplándome ellos, otras cuestiones, como las que acabo de plantearme, acerca de mí, acerca de ellos, acerca de estos saltos de tiempo, de estos cambios de edad, y los medios que poner en práctica para triunfar al fin, allí donde siempre fracasé, con miras a que estén contentos y a que al fin quizá me dejen tranquilo, y en libertad de emplearme a mi modo, tratando de contentar al otro, si es que ese es precisamente mi modo, para que esté contento, y me deje tranquilo, y me conceda libertad, y el derecho al reposo, y al silencio, si tal cosa depende de él. Es mucho esperar de una sola criatura, mucho exigir, tener que empezar por hacer como si ella no existiera, y después como si existiera, antes de tener derecho al reposo allí donde ni está ni deja de estar, y donde se calla la lengua que obliga a tales expresiones. Dos mentiras, dos despojos que llevar hasta el fin, antes de ser tirado, solo, en lo impensable indecible, donde no he dejado de estar, donde ellos no me dejan estar. Eso quizá sea menos reposante de lo que no tengo aspecto de creer, estar solo al fin, sin importunos. Esto no importa, reposo es una palabra de ellos, pensar también. Pero he aquí lo que, según creo, debiera hacerme hablar sin sentido. Sería doloroso caer sobre algo nuevo, sin darme cuenta, que se encendiera otra luz, sin yo advertirlo. Sí, noto que es el momento de mirar atrás, si es que puedo, y de calcular dónde me encuentro, si quiero avanzar. Con solo que supiera lo que he dicho... Bah, estoy tranquilo, no ha podido ocurrir más que una cosa, la misma siempre. No soy de esos que se aventuran a cambiar de estribillo. No tengo más que seguir, como si hubiera algo que hacer, algo empezado, alguna parte adonde ir. Todo se reduce a una cuestión de palabras, no hay que olvidarlo, no lo he olvidado. Tuve que decirlo, puesto que lo digo. Tengo que hablar de cierto modo, con calor quizá, todo es posible, ante todo del que no soy, como si fuera él, y después, como si

fuera él, del que soy. Antes de poder, etc. Es una cuestión de voz, de voz que prolongar, de buena manera cuando ellos se detienen, exprofeso, para probarme, como en este instante la que quiere, en términos generales, que yo esté con vida. La buena manera, el calor, la desenvoltura, la fe, como si fuera mi voz diciendo palabras mías, palabras que me digan con vida, pues en ella es en la que ellos quieren que esté, no sé por qué, con sus miles de millones de seres vivos y sus trillones de muertos, eso no les basta, también yo tengo que ir, con mi pequeña convulsión, a gemir, a llorar, a hipar, a sonreír en el amor al prójimo y los beneficios de la razón. Pero la buena manera, ésa la ignoro. Esta sarta de estupideces se la debo, desde luego, a ellos, y ese murmullo que me ahoga fueron ellos los que me hincharon de él. Y esto sale así, tal cual, no tengo más que bostezar, es a ellos a los que oigo, viejas seguridades aseguradas, en las que nada puedo cambiar. Un loro, ellos cayeron sobre un pico de loro. Si me hubieran dicho lo que tenía que decir, para que se me aprobase, forzosamente lo diría antes o después. ¡Vamos, pues! Sería demasiado fácil, no estaría en ello el corazón, y es menester que también el corazón me salga por la boca, envuelto en un vómito de palabrería, entonces tendría, al fin, aspecto de crearme, ya no se trataría de palabras al aire. En fin, no perdamos la esperanza, llegaré a eso quizá, de un modo completamente mecánico, a la fuerza de tener abierta la boca y mala la sangre. Pero la otra voz, de aquel que no siente esta pasión por el reino animal, de aquel que guarda noticias mías, ¿cuál es su contenido? Héme aquí bien embarazado. Pues sobre mí propiamente dicho, yo me entiendo, me parece que aún no se me ha dicho nada. ¿Cabe hablar de una voz, en tales condiciones? A buen seguro que no. Sin embargo, lo hago. Por lo demás, hay que revisar, corregir y desmentir toda esa historia de voces. No por no oír nada dejo de ser objeto de comunicaciones. ¿Por qué no llamar a eso voces, toda vez que se sabe que no es nada? Pero, según parece hay límites. Esperémoslos, con confianza. Nada pues acerca de mí. Es decir, ninguna relación seguida. Todo lo más débiles, llamadas, de tarde en tarde: «¡Óyeme! ¡Vuelve en ti!». Resulta pues, que tiene algo que decirme. Pero ni el menor informe, sino que, por supuesto, no estoy en condiciones de recibir ninguno, toda vez que no estoy allí, lo que ya sabía. No he dejado de observar, en un momento de receptividad excepcional, que estas súplicas toman el mismo vehículo que Mahood y consortes emplearon para sus transportes. Es sospechoso. Es decir, sería sospechoso si aún esperase, de sus revelaciones futuras, un valor cualquiera, en relación con esos otros de los que no cesan de abrumarme desde que se les metió en la cabeza que yo haría mejor existiendo. Pero estoy de vuelta de esa dulce esperanza, no más tarde que en seguida, si no me falla la memoria. Dos trabajos en suma, que distinguir quizá, como la mina de la cantera, en cuanto a la clase de esfuerzo que se ha de realizar, pero idénticamente pobres en atractivos, o en interés. Yo. ¿Quién? El galeote, precipitándose hacía las columnas de Hércules, el cual durante la noche, burlando la vigilancia del cómitre, suelta el remo y se arrastra por entre los bancos, hacia levante, llamando a la tempestad. Sólo que ya no la llamo. Sí, sí, todavía soy un

suplicante. Esto me pasará, de aquí al último viaje, por este mar de plomo. Me confundo con la otra locura, la de querer conocer, de querer acordarse de su fechoría. En eso no se me sorprenderá más. Esto está bien para los recién salidos de la condenación. Dicho esto, no lo pensemos más, no volvamos a pensar en nada, no pensemos nunca más. Los unos son varios, el otro único, único en solicitarme. Hablan la misma lengua, la única que aprendí. Me dijeron que existen otras. No las echo en falta. Toda vez que así se rompe el silencio, sólo puede tratarse de una cosa. Órdenes, ruegos, amenazas, elogios, reproches, razones. Elogios, sí, me permití afirmar que realizaba progresos. «Está bien, muchacho, esto será todo por hoy, vuélvete a tu noche y hasta mañana». Y héme aquí con mi barba blanca, sentado entre los niños, diciendo cualquier cosa, por miedo de ser golpeado. Moriré en preparatorio, cargado de años y de trabajos de castigo, vuelto muy pequeño, como cuando tenía porvenir, con las piernas al aire, vestido con mi vieja blusa negra, mojándome el pantalón. «Alumno Mahood, por veinticinco milésima vez, ¿qué es un mamífero?». Y caeré muerto tieso, consumido por los rudimentos. Pero habré hecho progresos, ellos me lo dijeron, sólo que no bastantes, no bastantes. Ah. ¿Dónde estaba, de mis deberes? Olvido. Esto, mi falta de memoria, ha sido fatal para mi buena formación. Es cierto. «Alumno Mahood, repita conmigo: El hombre es un mamífero superior». No podía. Siempre se trataba de mamíferos, en esta colección de fieras. Entre nosotros, tenéis que reconocerlo, ¿qué podía importarle al alumno Mahood que el hombre fuera esto mejor que aquello? En fin, se ha de suponer que no perdió nada con ello, pues he aquí que todo eso rezuma, desbloqueado por la pesadilla. Es el desastre. Voy a desquitarme, de los mamíferos, veo eso aquí, antes de despertarme. Pronto, una mamá, la chuparé hasta secarla, pizcándole yo mismo los pezones. Pero tendré que darle un nombre a ese solitario. Sin nombres propios no hay salvación. Así pues, lo llamaré Worm. Era hora. Worm. No me gusta, pero apenas si puedo escoger. Será mi nombre también, en el momento oportuno, cuando ya no tenga que llamarme Mahood, si esto llega a ocurrir. Antes de Mahood hubo otros como él de la misma raza y creencia, armados del mismo tridente. Pero Worm es el primero de su especie. Eso se dice. Es que no lo conozco. Cansado, renunciando a levantarme, acaso él también se haga reemplazar, ya puestos los jalones. Aún no ha tenido la palabra, el pobre. Murmura, no dejé de oír su murmullo, mientras los otros disertaban. Ha sobrevivido a todos ellos, también a Mahood, si Mahood ya no existe. Aún le oigo, fiel, suplicándome que apacigüe esa lengua muerta de los vivos. Es lo que creo entender, por el tono, que no cambia. Si pudiera callarme comprendería mejor, lo que quiere de mí, quiere que yo exista, que diga: «¡Que se ponga a tronar, al fin!». Pero no, es menester que me calle, que retenga el aliento. Pero no debí entender bien. Pues si Mahood se callaba, Worm también se callaría. Acepto que se me pida lo imposible, ¿qué otra cosa se me podría pedir? ¡Pues lo absurdo! A mí, al que ellos redujeron a la razón. Es cierto que ese pobre Worm no cuenta. ¿Qué sé yo? Pero concluyamos nuestro pensamiento, antes de ensuciar encima. Pues si soy Mahood,

también soy Worm. Plof. O si todavía no soy Worm, lo seré, al no ser ya Mahood. Plof. Vengamos ahora a las cosas serias. No, todavía no. Otro cuento de la Tía Mahood quizá, para acabar de embrutecerme. No vale la pena, ya saldrá cuando sea hora, el disco está ahí, por toda la eternidad. Sí, sus grandes frases deben salir también, es carbón en bruto. También trataré, es seguro, del problema de la libertad, en el momento preestablecido. Pero quizá me precipité demasiado al contraponer a esos dos promotores de fracaso. ¿No es culpa del uno si no puedo ser el otro? Se hallan, pues, en connivencia. He aquí como se ha de razonar vivamente. ¿O existirá un *tertius gaudens*, yo en fin, al que habría que imputarle ese doble fracaso? ¿Veré, finalmente mi rostro iluminado por una sonrisa? Tengo la impresión de que se me evitará ese espectáculo. En ningún momento sé de qué hablo, ni de quién, ni de cuándo, ni de dónde, ni con quién, ni porqué, pero necesitaría a cincuenta forzados para esta siniestra tarea y siempre me faltaría un cincuenta y uno, para cerrar las esposas, eso lo sé, sin saber qué quiere decir. Lo esencial es que no llego nunca a ninguna parte, que no estoy nunca en ninguna parte, ni en Mahood, ni en Worm, ni en mí, importando poco a qué dispensa se debe. Lo esencial es patalear hasta el fin al final de su catgut, mientras haya aguas, orillas y desatado en el cielo un Dios deportivo, para irritar a la criatura, mediante puercos intermediarios. Me he tragado tres anzuelos a la vez y aún tengo hambre. De aquí el jaleo. ¡Qué bien hace saber dónde se está, dónde se permanecerá, sin estar allí! No hay más que descuartizarse tranquilamente, en las delicias de saberse nadie para siempre. Lástima que durante ese tiempo me vea obligado a dar la boca, pues la impide sangrar a gusto, haciendo ñam, ñam. Ellos me llevarán un día a la superficie, lo que pondrá a todo el mundo de acuerdo acerca de que no valía la pena darse tanta, para una víctima tan mediocre, para tan mediocres asesinos. Qué silencio, entonces. Y ahora tratemos de ir a dar una vuelta por la parte de Worm, eso le gustará, a ese querido vomitón. Podré ver bien si el otro me sigue acechando. Pero aún sin eso fallará, no me tendrá, no seré entregado, hablo de Worm, lo juro, el otro no me tuvo, ni fui entregado, se trata del pasado, hasta el presente. Soy ése al que no se tendrá, que no será entregado, que arrastra por entre los bancos, hacia el nuevo día, que se anuncia espléndido, lleno de salvavidas, llamando al naufrago. El tercer sedal cae directamente de las nubes, como plomada, y es para mi alma. Hace buen rato que la habría enganchado a él, si supiera dónde encontrarla. Así pues, somos cuatro, es una partida entre cuatro. Lo sabía, seríamos cien y necesitaríamos ser ciento uno. Nos faltará siempre yo. Worm, o, como estoy tentado de llamarlo, Watt, Worm, ¿qué decir de Worm, que no se ha molestado en hacerse comprender? ¿Qué decir que haga cesar ese rumor de termite, en mi guiñol? ¿Qué decir de él que no pueda decirse igualmente del otro? ¡Mira, quizás al querer ser Worm, seré, al fin, Mahood! Entonces ya no tendré que ser Worm. Es a lo que sin duda llegaré al esforzarme en ser Tartempion. ¡Alto ahí!, puede que me lo perdone, que tenga compasión, que yo me detenga ahí. La aurora no será siempre rosada. Worm, Worm, a nosotros tres, y adelante. Por otra parte, me parece que ya debí,

contrariamente a lo que me parece que ya debí decir, realizar algunas tentativas en este sentido. Debería haberlas anotado, aunque no fuera más que en mi cabeza. Pero Worm no puede anotar nada. He aquí en cualquier caso una primera afirmación, quiero decir negación, sobre la cual edificar. Worm no puede anotar nada. Mahood puede anotar. Eso es, sigamos. Sí, lo propio (entre otras cosas) de Mahood es anotar, aun cuando no siempre lo consiga, ciertas cosas, qué digo, todas las cosas, de modo que pueda sacar partido de ellas, para su gobierno. Y nosotros, efectivamente, le vimos hacerlo, en el patio, en su vasija, en un sentido. Sabía que con sólo que quisiera hablar de Worm me pondría a hablar de Mahood, con ventura y comprensión mayores que nunca. Qué próximo me parece de pronto, bizqueando hacia las medallas del hipófago Decroix. Es la hora del aperitivo, cuando ya los transeúntes se detienen, para leer el menú. Hora deliciosa, sobre todo cuando es, y esto llega, la de la puesta del sol, cuyos últimos rayos, al barrer la calle en enfilada, proyectan sobre mi monumento una sombra interminable, a caballo entre el arroyo y la acera. Antes la contemplaba, cuando tenía más libertad para volverme de la que tengo ahora, desde que me pusieron la argolla. Entonces sabía que allá al final de todo yacía mi cabeza, y que me pasaban por encima, y sobre mis moscas, que no dejaban de seguir deslizándose bonitamente, por el suelo. Y veía a las gentes subir hacia mí, a lo largo de mi sombra, seguidas de largas sombras temblorosas y fieles. Pues tan pronto me confundo con mi sombra, como no. Y tan pronto no me confundo con mi vasija, como sí. Eso depende de la disposición en que nos hallemos. Y con frecuencia llegaba a no equivocarme, hasta el momento en que, al no estar ya, no me veía. Instante verdaderamente exquisito, que de tanto coincidía, como ya señalé, con el del aperitivo. Pero esta alegría, que en cuanto a mí habría juzgado inofensiva, y sin peligro para los demás, me falta desde que llevo el collar, que me mantiene de cara siempre hacia la reja, por encima justamente del menú, pues es necesario que el cliente pueda organizar su comida sin exponerse a ser aplastado. La carne, en este barrio, es muy estimada, y acuden de lejos desde muy lejos, expresamente para comerla. Hecho esto, se apresuran a irse. A partir de las diez de la noche todo está silencioso, como una tumba, según suele decirse. Esto es lo que se deduce de mis observaciones, acumuladas durante largos años y sometidas al paso de ellos a la inducción. Aquí se mata y se come. Esta noche hay callos. Es un plato de invierno, o de media estación. Margarita vendrá pronto a iluminarme. Se está retrasando. Más de un transeúnte utilizó su encendedor bajo mis narices, refunfuñando, para ver mejor lo que esta vez, para ser más elegante, llamaré la minuta del día. A no ser que le haya sucedido algo a mi bienhechora. No la veré llegar, no oiré sus pasos, a causa de la nieve. Toda la mañana he estado metido en mi funda. Al comienzo de la estación muerta, ella me prepara un nido de trapos, bien amontonados a mi alrededor, para prevenir los enfriamientos. Está blandito. Me pregunto si esta noche me espolvoreará el cráneo con su borlita. Es su último hallazgo. No sabe ya cómo ingeniárselas para aliviarme. ¡Ella quisiera que mis pústulas dejaran de supurar! Si pudiera temblar la

tierra. El matadero me engulliría. A través de la reja, al fondo de todo de una abertura entre dos cuerpos de edificio, se me aparece el cielo. Es un trocito del cielo bajo del norte, largo y estrecho. Si pudiera alzar la cabeza, lo vería recortarse en el grueso del firmamento. ¿Qué añadir a estas precisiones? La velada no hizo más que empezar, lo sé, no partamos todavía, no digamos adiós para siempre una vez más a esta mezcolanza. ¿Y si reflexionase, mientras aguardo a que se produzca algo inteligible? Vamos, una vez no hace costumbre. Una idea se presenta casi al instante, quizá me equivoco al no concentrarme más a menudo. Pronto, he de decirla, antes de que se desvanezca. ¿Cómo es que paso inadvertido a la gente? La única que tiene aspecto de percibirme es Magdalena. Concibo que no me advierta el transeúnte que pasa apresurado, huyendo o persiguiendo. Pero, ¿y esos mirones que acuden a escuchar los gritos de dolor de las reses y que, visiblemente ociosos, se pasean arriba y abajo en espera de que comience la matanza? Pero, ¿y esos hambrientos a los que la colocación del menú obliga, lo quieran o no, a hallarse literalmente nariz contra nariz conmigo, ante mi aliento? Pero, ¿y esos niños que se encaminan hacia la zona y se vuelven, ávidos de distracciones? Hasta un rostro humano, acabado de lavar y con unos cuantos cabellos encima, debería a mi parecer, labrarse un bonito éxito de curiosidad, en una situación como la del mío. ¿Será por pudor, por miedo a molestar, por lo que se simula ignorar mi existencia? Pero ésa es una delicadeza de sentimientos que difícilmente puede ser asignada a los perros que acuden a orinar contra mi morada, sin que parezcan darse cuenta de que allí dentro hay piel y huesos. No puede ser sino que también carezco de olor. Y, sin embargo, si alguien debiera tener algún olor, tendría que ser yo. En estas condiciones, ¿cómo puede esperar Mahood que me comporte normalmente? Las moscas dan fe de mí, si se quiere, pero, ¿hasta qué punto? No, en tanto no haya recibido aclaraciones a este respecto, o mientras nadie más que Magdalena haya advertido mi presencia, me será imposible creer cuanto se dice de mí, lo suficiente para proseguir mi número. Tanto más cuanto que ese testimonio que reclamo, y sin el cual fracasarán indefectiblemente todos los proyectos que para mí se forjaron, pronto ya no me hallaré ni en condiciones de recibirlo, a tal extremo disminuyen mis facultades, desde hace algún tiempo. Se trata, evidentemente, de un principio de cambio que puede llevarnos lejos. Pero aunque muera, en el mejor de los casos, sin haberme podido creer en vida, se me paga para saber que no es eso lo que ellos desean para mí. Pues esto me ha sucedido ya varias veces, sin que me concedieran ni un momento de respiro, entre las lombrices, antes de resucitarme. Pero, ¿quién puede saber lo que, esta vez, me reserva el porvenir? Que decline a tumba abierta como ser sensible y pensante es, de todos modos, excelente cosa. Acaso un día un señor que pase del brazo de su novia, justamente en el instante en que la agonía estará a punto de ofrecerme una última idea del dispositivo temporal, observe, lo bastante alto para que yo pueda oírlo: «Pero, veamos, este hombre no se encuentra bien, ¡hay que llamar una ambulancia!». Así, de un solo tiro, cuando todo parecía que iba a empezar de nuevo, los dos pájaros

prescritos. Estaré muerto, pero habré vivido. A menos que a ese señor se le suponga víctima de una alucinación. Sí, para que no quede ninguna duda, será menester que su futura tenga tiempo de contestarle: «Es cierto, amor mío, se diría que va a expirar». Allí me quedaré. Y naceré al fin en un último suspiro, o en uno de esos hipos que, ay, con demasiada frecuencia rebasan la solemnidad de la defunción. Mahood, conocí a un médico que sostenía que el último suspiro, desde el punto de vista estrictamente científico, no podía salir más que por el ano, y que a este orificio es al que la familia debería presentar el espejo, antes de abrir el testamento. Como quiera que sea, y sin entrar en estos detalles macabros, me equivoqué de medio a medio al suponer que la muerte en sí misma constituía un indicio, o incluso una fuerte presunción, en favor de una vida anterior. Y yo, por mi parte, no deseo abandonar este mundo en el que ellos tratan de meterme sin una seguridad de haberlo intentado como la que me daría por ejemplo un puntapié en el trasero, o un beso, no importa la clase de atención que sea, toda vez que no puedo sospechar que sea yo su autor. No, ya no lo deseo, pues sé que esto de nada sirve, nada cambia, a nada pone fin. Pero que dos terceras partes me adviertan, con toda objetividad, ahí, delante de mí, y yo me encargo de lo demás. Qué claro y sencillo se vuelve todo, cuando se abren los ojos hacia el interior, a condición desde luego de previamente haberlos asomado afuera, para mejor gozar del contraste. Aun no pudiendo más, me ocuparía de detenerme en tan buena vía. Pues no volvería a empezar en seguida, ah, no. Luego, basta de esa p. primera persona, acaba uno por hartarse, no se trata de ella, voy a concitarme molestias. Pero tampoco se trata de Mahood, todavía no. De Worm, menos aún. Bah, poco importa el pronombre, con tal de que no se le engañe. Luego, se adquiere la costumbre. Más tarde veremos. ¿Dónde estoy? Ah, sí, en las delicias de lo claro y simple. Intentemos mezclarle a esa pobre Magdalena, tan buena para mí. Tantas atenciones, tanto empeñamiento en observarme, que son los que me impiden ver una prueba suficiente de mi presencia real, en la calle Brancion, extraña isla. ¿Me desembarazaría ella de mis miserables excrementos todos los domingos, me haría un nido al acercarse el invierno, me protegería de la nieve, me cambiaría el serrín, derramaría sal sobre mi cabeza enferma —confío en no haber olvidado nada—, si yo no estuviera allí? ¿Me habría puesto un collar, subido sobre un plinto y festoneado de farolillos sin la certidumbre de que tengo consistencia? Qué feliz me sentiría si pudiera rendirme a esta evidencia y que, al fin, se hiciera la justicia que comporta. Desgraciadamente, la considero de las más dudosas, por no decir inadmisibles. ¿Qué creer de esos cuidados que desde hace algún tiempo redobla a mi sitio, sino que revelan una gran confusión? Qué diferencia con su calma de los primeros tiempos, en que no la veía más que una vez por semana. Digámoslo claro, esta mujer está perdiendo la fe en mí. Y trata de retrasar el instante en que al fin tendrá que confesarse su error al venir a cada momento a ver si me dejo persuadir, sobre el terreno. Hasta la creencia en Dios, dicho sea con toda modestia, se pierde a veces a consecuencia, según parece, de haber redoblado el celo y la observancia. Aquí me permitiré un distinguo (pienso siempre).

Que mi santuario esté realmente ahí, no pienso negarlo, es cosa que no me concierne, aunque la presencia en un lugar semejante, acerca de cuya realidad tampoco me propongo discutir, de una urna tan vasta, me parece poco probable. No. Dudo únicamente de que yo esté dentro. Es más fácil elevar un templo que hacer que el objeto del culto descienda a él. Pero yo confundo torno y contorno. He aquí adonde conducen los distingos. Da lo mismo. Ella me quiere, siempre lo noté. Tiene necesidad de mí. Por más que tenga un comercio, un jardín, marido y tal vez hijos, hay en ella un vacío que sólo yo puedo colmar. En condiciones tales no puede sorprender que tenga visiones. En un momento dado, creí ver en ella a una pariente próxima, madre, hermana, hija, qué sé yo, incluso a una esposa, a punto de secuestrarme. Es decir, que Mahood, al ver el poco caso que hacía de su pieza maestra, me insufló esta hipótesis, agregando: «Yo no he dicho nada». Por otra parte, no es tan absurda como a primera vista parece. Incluso reabsorbe ciertas rarezas que aún no me habían impresionado, en el momento de su emisión, entre otras cosas la de mi existencia a los ojos de la gente no advertida, es decir, de todo el mundo. Pero admitiendo que se eligiera ocultarme en la vía pública, ¿a qué haberse molestado tanto para que mi cabeza esté montada en forma de alfiler e iluminada artísticamente a partir de la caída de la noche? Me diréis que importa poco el pronombre, que lo que cuenta es el resultado. Una cosa aún. Esta mujer nunca, que yo sepa, me dirigió la palabra. Si se me ocurrió decir lo contrario, me equivoqué. Si tal cosa me ocurre más adelante, me equivocaré. A menos que me equivoque en este momento. Archívese de todos modos, en apoyo de la tesis que se desee. Ni una frase afectuosa nunca, ni una reprimenda. ¿Por temor a señalarme a los otros? ¿O por temor a disipar el espejismo? Resumen. Se acerca el día en que tendrá que negarme, ella, mi única fiel. Nada ha ocurrido. Los farolillos siguen apagados siempre. ¿Se trata de la misma noche? Quizá pasó la hora de comer. Margarita pudo venir, partir, regresar, volver a partir, como de costumbre, sin que me diera cuenta. Quizá brillé con todas mis luces, un buen rato, sin advertirlo. Sin embargo, algo hay que cambió. La noche no es como de costumbre. No porque vea estrellas, pues es raro que una estrella aparezca allá, en el estrecho cielo que alcanzo a ver. No porque no vea nada, ni siquiera la reja, como me ocurrió con frecuencia. No es tampoco a causa del silencio, pues éste es un rincón silencioso durante la noche. Y estoy medio sordo. No es la primera vez que en vano aguzo el oído en dirección a los establos. De pronto relinchará un caballo. Entonces sabré que no ha cambiado nada. O verá pasar la linterna del guardián, a la altura de la rodilla, en el patio. Se ha de tener paciencia. Hace frío, esta mañana nevó, y no siento el aire frío en mi cabeza. Quizás estoy todavía bajo la lona, quizá volvió ella a ponerme la lona, por temor a que en la noche volviera a nevar, mientras yo reflexionaba. Pero esta sensación que tanto me gusta, de la lona pesando sobre mi cabeza, tampoco la experimento. ¿Se habrá vuelto insensible mi cabeza? ¿Habré tenido un ataque mientras reflexionaba? Lo ignoro. Aguardaré con paciencia, sin hacerme preguntas, concentrando mi atención. Han pasado horas, debe ser de día

nuevamente, nada ha cambiado, no oigo nada, no veo nada, mi cabeza no siente nada. Los puse ante sus responsabilidades, y quizá me soltaron. Pues este sentimiento de estar encerrado del todo, sin que nada me toque, es nuevo. El serrín ya no presiona contra mis muñones, ya no sé dónde termino. Abandoné, ayer, el mundo de Mahood, la calle, el figón, la matanza, la estatua, y a través de la reja, el cielo como un lápiz de pizarra. Ya no oigo los gritos de las reses, ni el tintineo de los tenedores y los vasos, ni las exclamaciones de los matarifes encolerizados, ni la letanía de los platos y los precios. Ya no habrá mujer que quiera en vano que yo viva, mi sombra no oscurecerá el suelo por la tarde. Se acabaron las historias de Mahood, pues comprendió que no podían referirse a mí. Él abandonó, yo soy el que gana, aunque hice cuanto pude por perder, para serle agradable y quedar en paz. ¿Al ganar tendré paz? Se diría que no, pues no parece que vaya a callarme. Además, todas esas suposiciones sin duda son erróneas. Quizá se me lance, armado de mis armas mejores, al asalto de la mortalidad. Pero importa más saber lo que va a ocurrir, para advertirlo, conforme a mi función. No hay que olvidar, como a veces olvido, que todo es cuestión de voz. Lo que ocurre, son palabras. Digo lo que me dicen que diga, con la esperanza de que un día se cansarán de hablarme. Sólo lo que digo mal, por no tener oreja, ni cabeza, ni memoria. Ahora oigo que me dicen que es la voz de Worm que empieza, y transmito la noticia, por lo que vale. ¿Se creerán que creo que soy yo el que habla? También esto es de ellos. Para hacerme creer que tengo un yo mío y puedo hablar de él, como ellos del suyo. También es una trampa, para que de pronto, crrac, me encuentre entre los vivos. Lo que les cuesta explicarme es el medio de caer dentro. Nunca darán razón de mi tontería. ¿Por qué me hablan así? Quizás al atravesarme cambian ciertas cosas, las cosas importantes, y nada pueden para evitarlo. ¿Creen que creo que soy yo el que hace estas preguntas? También esto es suyo. Un tanto adulterado tal vez. No digo que sea éste el buen método. No digo que no acabarán por vencerme. Bien lo quisiera, para que se me deje. Lo fatigante es esta caza, esos ladridos interminables. Las imágenes se imaginan que forzando las imágenes acabarán por hacerme caer en la trampa: Como las madres que silban para que el bebé no coja una nefritis. Ellos, sí, todos ellos se encuentran ahora en el mismo saco. Le toca jugar a Worm, se le ha pasado la mano, y le deseo que disfrute mucho. Decir que le creí hostil a lo que intentaron hacer conmigo. Decir que vi en él, si no yo, un paso hacia mí. Conducirme a ser él, que es el anti-Mahood, para a continuación decirme: «Pero, ¿qué hago, sino vivir un poco, con la única vida posible?». He aquí la estratagema. O convencerme de ser mediante el absurdo de no poder ser. Desgraciadamente, de nada me sirve estar prevenido, si es que lo estoy, pues nunca lo estoy largo tiempo. Por lo demás, le deseo mucho éxito en su valerosa empresa. Y hasta colaboraría con él, como con Mahood y consortes, dentro de mis posibilidades, no pudiendo obrar de otro modo, y conociendo mis posibilidades. Decir que Worm no sabe quién es, dónde está, qué ocurre, es decir demasiado poco. Lo que ignora es que haya algo que saber. Sus sentidos no le informan de nada, ni acerca de él ni acerca de lo demás, y esta

distinción le es ajena. No sintiendo nada ni sabiendo nada, existe sin embargo, pero no para él, si no para los hombres, pues son los hombres los que lo conciben y los que dicen: «Worm está ahí, puesto que lo concebimos», como si no pudiera haber otra existencia que la concebida, ni siquiera la de aquel que la vive. Los hombres. Uno solo, después otros. Uno solo vuelto hacia lo todo impotente, lo todo ignorante, que es su obsesión, y después hacia otros. Hacia aquel del que quiere ser el alimento, él, el hambriento, y el cual, no teniendo nada del hombre, no tiene otra cosa, no tiene nada, no es nada. Venido al mundo sin nacer, morando en él sin vivir, no esperando morir, epicentro de alegrías, de penas, de calma. Lo más real que se cree tener es lo que se tiene de menos cambiante. Ese de fuera de la vida que tiene la larga vida vana quiere que no se haya cesado de ser. Que no ahorre la furia de hablar, de pensar, de saber lo que se es, lo que se era, durante el sueño desatinado; allá arriba, bajo el cielo, saliendo por la noche. Ese que se ignora y se calla ese que ignorando calla, y no habiendo podido ser ya no se esfuerza en ello. Quien se rodea de aquel en quien se reconoce y le envía la misma mueca de siempre. Gracias por estas nociones primeras. Son alentadoras. Y no se ha terminado. El que busca su verdadero rostro, que se tranquilice, pues lo hallará, convulso de inquietud, con los ojos desorbitados. El que quiere haber vivido, mientras vivía, que se tranquilice, pues la vida le dirá cómo: He aquí serios apaciguamientos. Worm, sé Worm, verás que es imposible, qué guante de terciopelo, un poco gastado en las falanges, a fuerza de golpear. Bah, hagamos a ese que no ve más que las estrellas. Y que empiece el apresto de este trabajo, que así se ha vuelto tras de tanto manoseo, blandamente extendido como el primer día. Pero se trata únicamente de una cuestión de voz, debiendo descartarse cualquier otra imagen. Que ella me recorra, al fin, la buena, la última, la de aquel que carece de ella, según propia confesión. ¿Creerán ellos dormirme con sus esclarecimientos de garganta? ¿Qué me puede importar, que triunfe o que fracase? La empresa no es mía. Si quieren que triunfe, fracasaré, el asunto es tenerlos detrás de mí. ¿Hay una sola frase mía en lo que digo? No, yo no tengo voz, no tengo vela en este entierro. Es una de las razones por las que me he confundido con Worm. Pero tampoco tengo razones, ninguna razón, soy como Worm, sin voz ni razón, soy Worm, no, si fuera Worm no lo sabría, no lo diría, no diría nada, esas voces no son mías, ni esos pensamientos, sino de los enemigos que me habitan. Que me hacen decir que no puedo ser Worm, el inexpugnable. Que me hacen decir que lo soy quizá, como lo son ellos. Que me hacen decir que, no pudiendo serlo, lo tengo que ser. Que no habiendo podido ser Mahood, como hubiera podido, tengo que ser Worm, como no podré. Pero, ¿son siempre ellos los que dicen que, no habiendo podido ser Worm, seré Mahood, de oficio, de retrueque? Como si —y un breve silencio— como si hubiera crecido lo bastante para comprender con media palabra ciertas cosas, pero no, necesito explicaciones, para todo, y aun así, no comprendo, de este modo los desalentaré, al fin, con mi estupidez, son ellos quienes lo dicen, para dormirme, para que me crea más estúpido de lo que soy. ¿Son ellos siempre los que dicen que, habiéndome vuelto Worm, contra cuanto

podría esperarse, seré al fin Mahood, comprobado Worm como Mahood, una vez que se es él? Ah, con sólo que quisieran empezar, que hiciesen de mí lo que quieren, que consigan hacer de mí esta vez lo que quieren, estoy dispuesto a ser cuanto quieran, pues estoy harto de ser materia, materia, manoseada sin cesar en vano. O que renunciando a la guerra me abandonen, en montón, en un montón tal que nunca se da con el bastante loco para querer darle forma. Pero no están de acuerdo, por más que todos sean de la misma opinión, no saben lo que quieren hacer de mí, no saben dónde estoy, ni cómo soy, soy como polvo, quieren hacer un monigote de polvo. He aquí que dejan que se adueñe de ellos el desaliento. Para mecirme, para embaucarme, es para lo que me parece oírme decir, yo al fin, a mí al fin, que sólo pueden ser ellos quienes hablan así, que sólo puedo ser yo quien así hablo. Ah, cómo quisiera descubrirme una voz en este concierto, sería el término de sus esfuerzos, y de los míos. «Ha hablado, cree haber hablado, es de los nuestros, ahora, pronto, callemos todos, todos». A ello se deben todos esos breves silencios, para que yo los rompa. Creen que no soporto el silencio, que el horror al silencio me obligará un día a romperlo, no importa cómo. Por eso se interrumpen a cada instante, para tratar de reducirme al silencio. Pero no se atreven a permanecer callados mucho tiempo, pues todo se les podría ir a tierra. Es cierto que no me gustan esos agujeros hacia los cuales se inclinan todos, al acecho de un murmullo de hombre. Eso no es el silencio, eso son trampas, en las que nada mejor pido que caer, emitiendo el gritito que puede pasar por humano, como el tití herido, el primero y el último, y desaparecer, seriamente, habiéndolo emitido. En fin, si llegan a hacerme prestar una voz a Worm, en un momento de euforia, quién sabe, tal vez la haga mía, en un momento de confusión. Está la apuesta en juego. Pero ellos no llegarán a ello. ¿Es que pudieron hacer hablar a Mahood? Me parece que no. Creo que Murphy hablaba de tanto en tanto, los demás también quizá, no me acuerdo, pero estaba mal hecho, pues yo veía al ventrílocuo. Noto que eso va a empezar. Deben considerarme lo bastante embrutecido, con sus historias de ser y de existencia. Sí, ahora que olvidé quién es Worm, cómo es, dónde está y qué hace, me voy a poner a serlo. Todo antes que esas frases de patizambo. Pronto, un lugar. Sin acceso, sin salida, un lugar seguro. No como el Edén. Y Worm dentro. No sintiendo nada, no sabiendo nada, no pudiendo nada, no queriendo nada. Hasta el momento en que él escucha ese ruido que ya no cesará. Entonces será el fin, Worm ya no está. Se sabe, pero no se dice, se dice que es el despertar, el principio, de Worm, pues hay que hablar, ahora hay que hablar de Worm, hay que poder hacerlo. Ya no es él, pero hagamos como si lo siguiera siendo, cuya oreja se agita, abandonándolo a la mala suerte, a los medios de conjurarla, con ojo avizor, con la cabeza que se afana. Sí, llamemos a eso Worm, para poder gritar al término del engaño. Pero sigue tratándose de la vida, la vida por todas partes y siempre, de la que habla todo el mundo, la única posible. Ese pobre Worm, que se creía otro, él que no creía nada, y he ahí que parece confundirse con un detenido por vida, o con un demente. ¿O soy yo? Éste es mi primer pensamiento, tras una vida al acecho. De esta

pregunta, dejada sin respuesta, saltaré a otras, de orden más personal, más adelante. Acabaré, quizás, antes de llegar al coma, por considerarme vivo, técnicamente hablando. Pero procedamos por orden. Me esforzaré cuanto pueda, como siempre, ya que no me es posible otra cosa. Me dejaré hacer, más cadáver que nunca. Así, recibidas por el oído, o gritadas por el ano, con una bocina, así devolveré las palabras por la boca, en toda su pureza, y en el mismo orden, en la medida que me sea posible. Este infame titubeo, entre la llegada y la partida, ese ligero retraso impuesto a la evacuación, es asunto que considero mío, es cuanto puedo hacer. De un solo golpe la verdad, al fin, sobre mí me destrozará, a reserva siempre de que ellos no se pongan a farfullar de nuevo. Escucho. Basta de aplazamientos. Soy Worm, es decir, que no lo soy ya, puesto que de pronto oigo. Pero esto lo olvidaré, en el calor de la miseria, olvidaré que ya no soy Worm, sino una especie de Toussaint Louverture^[7], de décima zona, con lo que ellos no dejan de contar. Worm, percibo ese ruido que ya no se detendrá, mientras acuso una cierta diversidad, en lo hondo de una monotonía sin nombre. Al cabo de no sé qué eternidad, no se me ha dicho, tengo la inteligencia lo suficientemente exasperada para saber que es una voz y que, en la naturaleza en la que puedo envanecerme de tener ya un pie, hay ruidos más desagradables, que no tardarán en hacerse oír. Tras esto, ¿cómo explicar que carecía de predisposiciones para la condición humana? Qué camino recorrido después de ese primer infortunio. Cuántos nervios arrancados en vivo al embotamiento, con el terror correspondiente, y con el fuego en el cerebro. Tardó mucho, mucho, en organizarse el desollamiento. Saber que, bah, eso no es nada. Una estupidez. La suerte común. Una diversión. Que no es eterna. De la que es menester apresurarse a gozar. Se me ha hablado de rosas. Acabaré por percibir su olor, que así ocurre con ellas. Acto seguido cargarán el acento en las espinas. Qué prodigiosa diversidad. Éstas, será menester que vengan a clavármelas, como a ese pobre Jesús. No, yo no necesito a nadie, empezarán a brotarme bajo el trasero, ellas solas, un día en que tendré la impresión de flotar por encima de mi condición. Un puñado de espinas, y el aire embalsamado. Pero no anticipemos. Aún dejo que desear, no tengo ningún oficio, ninguno. Mirad, todavía no sé desplazarme, ni localmente en relación a mí, ni globalmente, en relación al excremento. No sé quererlo, lo quiero en vano. Lo que no procede de mí no tiene más que dirigirse a otra parte. Lo mismo en cuanto al entendimiento, no lo tengo aún lo bastante elástico para que pueda funcionar salvo en casos de la máxima urgencia, como al manifestarse un dolor violento por primera vez. Una cuestión de semántica, por ejemplo, susceptible de activar la marcha del tiempo, sería incapaz de concentrarme. Para otros los goces de la especulación impersonal y desinteresada, en la que la duración queda abolida. Yo no pienso, si es que se trata de ese enloquecimiento vertiginoso como de la colmena a la que se ahúma, que rebasa un cierto grado de terror. ¿Quiere esto decir que cada vez estoy menos expuesto a ello, merced a la costumbre? Sería conocer mal la extensión del repertorio en que estoy sumergido y que, según parece, no es nada en comparación con lo que me aguarda, al

salir del noviciado. Esas luces, que brillan bajo a lo lejos, y después se empinan, se dilatan y caen sobre mí, cegadoras, para absorberme, no son más que un ejemplo. Por mucho que las conozca, siempre me dan que pensar. Que invariablemente hasta el presente en el último momento, cuando justamente he empezado a encoger, se extingan, humeando y silbando, lo mismo da, se acabó mi flema. Y en mi cabeza, que empiezo a situar bien, allá arriba y un poco a la derecha, las chispas crepitan y caen muertas de las paredes. A veces me digo que también yo estoy en una cabeza, es el temor quien me lo hace decir, y el deseo de hallarme en seguridad, rodeado por todas partes de huesos espesos. Y añado que me equivoco al dejarme asustar por los pensamientos de otro, acuchillando mi cielo con luces inofensivas y asediándome de rumores que nada significan. Pero cada cosa a su tiempo. Y a menudo duerme todo, como cuando yo era verdaderamente Worm, prescindiendo de esa voz que me ha desnaturalizado, que no se detiene nunca, pero que con frecuencia se vuelve confusa y titubeante, como si fuera a abandonarme. Pero es sólo un instante de desfallecimiento, salvo que se quiera así deliberadamente, para enseñarme a esperar. Y es curioso: metido como estoy, en la juvenil abyección a que me condujeron, me parece recordar cómo era cuando era Worm, antes de ser entregado a ellos. Por eso tentado estoy de decir: «Después de todo soy Worm desde luego»; tentado estoy a creer que ha podido llegar adonde yo he llegado. Pero falló. Pero ellos no dejarán de hallar otro medio, menos pueril, para hacerme aceptar, como lo acepto, que no dejo de ser ése que me llaman. O aguardarán, contando con la fatiga, a hostigarme más y más, para hacer que olvide del todo ése al que no se puede convertir en lo que me han convertido, sin hablar de ayer, sin hablar de mañana. Y, sin embargo, me parece recordar, y que no lo olvidaré nunca, como era yo cuando era él, antes de que todo se volviera confuso. Pero esto es imposible, claro está, porque Worm no podía saber cómo era, ni quién era, así es como ellos quieren que razone. Y también me parece, lo que es más deplorable todavía, que podría volver a serlo con sólo que me dejaran en paz. Esta transmisión es, en verdad, excelente. Me pregunto si esto no conducirá a algo. Si pueden parar de hablar para no decir nada, esperando pararse sin más. ¿Nada? Se dice pronto. No soy quién para juzgar. ¿Con qué juzgaría? Sigue tratándose de una provocación. Ellos quieren que me impaciente, que al dejar de pronto de poseerme me precipite en su ayuda. Qué improbable es todo esto. A veces me digo, me dicen, Worm me dice, poco importa quién, que mis proveedores son varios, cuatro o cinco. No hay armonía, sin embargo, sino encabalgamiento. Acaso se trate en realidad del mismo sucio individuo que se entretiene en parecer múltiple, cambiando de registro, de acento, de tono, de estupidez. A menos de que sea realmente así. Un anzuelo oxidado y desnudo, tal vez lo aceptase. Pero todas esas golosinas. Además, también existen prolongados silencios, de tarde en tarde, muy muy tarde, durante los cuales, al no oír ya nada, nada digo ya. Es decir, que al aguzar los oídos oigo murmurar. Pero no es para mí, sino para ellos solos, concertándose de nuevo. No oigo lo que dicen, lo único que sé es que están allí siempre, que no han

acabado conmigo. Se ha apartado un poco. Se trata de secretos. O se trata de uno solo, es él, aconsejándose a sí mismo, refunfuñando, mordisqueándose el bigote, poniendo a punto una nueva serie de enormidades. ¡Yo, escuchando a las puertas, cuando se hace el silencio! Ah, ellos me han arreglado. Pero es con la esperanza de que ya no hay nadie. Pero no es ahora el momento de hablar de ello. Bueno. ¿De qué es el momento de hablar? De Worm, al fin. Bueno. Para empezar, hay que remontarse a sus orígenes, y, con miras a continuar, seguirlo pacientemente, por las diversas fases, procurando mostrar su fatal concatenación, que han hecho lo que soy. Después notas día por día, hasta que yo capitule. Y para concluir el pean entonado y danzado por la víctima, a modo de vagido. Eso si es que no hay dificultad. Mahood, no supe morir. Worm, ¿voy a ser obligado a nacer? El problema es el mismo. Pero acaso no se trata de la misma persona, después de todo. El futuro se lo dirá, él tiene buenas espaldas. Pero sigamos remontándonos, después rodaremos. En realidad habría que decirlo a la inversa. Pero si se tuviera que decir todo lo que tendría que decirse. Hacia arriba y hacia abajo, lo mismo da, empiezo por la oreja, es excelente. Antes está la noche de los tiempos. Mientras que después, qué claridad. Héme aquí, en todo caso, detenido en mis orígenes, como tema de conversación se entiende, que es lo único que cuenta. Toda vez que se puede decir. Otro está en ruta, todo marcha bien. Aún tengo para mil años, quizá. No importa. Él está en ruta. Empiezo a conocer los seres. Me pregunto si no podría escabullirme por abajo, una mañana, con el desayuno. No, no puedo moverme, todavía no. Tan pronto en una cabeza, como en un vientre es curioso, o en parte alguna en particular. Quizá se trate del agujero de Botal, cuando todo palpita y forcejea a mi alrededor. Cebos, cebos. Tendré yo un amigo, entre ellos, que sacuda tristemente la cabeza, no diciendo nada o sólo, de tanto en tanto: «Dejemos, dejemos». Se puede ser antes de empezar, es en lo que ellos están. Las raíces han de venir con ello. Esos tiempos que corren, que galopan, son los que dormían, los mismos. Y el silencio contra el cual chillan en vano y que un día se restablecerá, es el mismo que antes. Un poco desollado, se diría, en tránsito. Por supuesto que yo, que estoy en ruta, con las velas llenas de palabras, soy también ese antepasado impensable del que nada puede decirse. Pero de él hablaré quizás, y de los impenetrables tiempos en que era él, cuando ellos se habrán callado, convencidos al fin de que no naceré nunca, a falta de haberme dejado concebir. Sí, hablaré de él quizás, un instante, como en un eco, burlón, antes de reunirme con él, con ése del que no se supo separarme. Por otra parte, ellos flojean ya, eso se nota. Pero es una simulación, para que yerre al llenarme de alegría, como así ocurre entre ellos, y para que, bajo los efectos de la pena, acepte sus condiciones, para tener una paz coja. Pero yo no quiero hacer nada, cosa que a cada momento parecen olvidar. No puedo llenarme de alegría y no puedo apenarme, pues por más que me hayan explicado cómo se hacen tales cosas, y en qué circunstancias, nada entendí. ¿Y qué condiciones? No sé lo que ellos quieren. Lo digo, pero no lo sé. Emito sonidos, mejor cada vez según me parece. Si esto no les basta, nada puedo hacer. Si hablo de una

cabeza, a propósito de mí, es que oí hablar de ella. Pero basta de decir siempre lo mismo. Esperan que esto cambiará un día, es normal. Que un día él me hará crecer en la tráquea o en otro lugar cualquiera de la trayectoria un lindo absceso con una idea dentro, punto de partida de una infección generalizada. Lo que me permitirá regocijarme como otro cualquiera, con conocimiento de causa. Y pronto no seré más que una red de fístulas acarreado el pus bienhechor de la razón. Ah, si fuera de carne, como de buen grado desean creer, no digo, quizá no sería tan estúpido como eso, su pequeña idea. Dicen que tengo daño, a imagen de la verdadera carne pensante, pero nada siento. Mahood, yo sentía un poco, por momentos, pero, ¿en qué les ha hecho avanzar tal cosa? No, harían mejor en buscar otra. Sentía la argolla, las moscas, el serrín bajo mis muñones, la lona encima de mi cráneo, en el momento en que de ellos se me informaba. Pero, ¿es esto una vida, eso, que se disipa en cuanto se pasa a otro asunto? No veo por qué no. Pero ellos debieron considerar que no. Son demasiado difíciles, piden demasiado. Quieren que me duela la nuca, prueba irrefutable de animación, mientras oigo hablar del cielo. Me quieren sabio, sabiendo que me duele la nuca, que las moscas me devoran y que el cielo no lo puede hacer cambiar. No cesan de flagelarme, sin parar, cada vez más fuerte, y acabaré por tener aspecto de saber a qué atenerme. Incluso podrían descansar de tanto en tanto sin que yo pare de gritar. Pues me habrían prevenido, antes de empezar. Hay que gritar, oyes, sino eso no prueba nada. Y al final, deshechos de fatiga, o no pudiendo más de vejez, y al cesar mis gritos por falta de alimento, podrían declararme muerto, con todas las apariencias de veracidad. Y yo no necesitaría moverme para merecer que digan, dándose golpecitos el uno al otro, como para hacer caer el polvo, con sus viejas manos secas y cansadas: «No se moverá más». Sería demasiado sencillo. Hace falta el cielo y no sé qué más aún, luces, luminarias, la esperanza trimestral, el juego de las consolaciones. Pero cerremos este paréntesis, para poder declarar, con buen ánimo, abierto el siguiente. El ruido. ¿Cuánto tiempo fui pura oreja? Respuesta: hasta el momento en que ya no podía seguir siendo así, por ser demasiado hermoso, en relación con lo que sigue. Esos millones de sonidos diversos, siempre los mismos, repitiéndose sin cesar, es lo único que se necesita para que se os forme una cabeza, al principio un botón, antes de volverse enorme, silencioso, y después impedimenta, cuando le toque el turno a los ojos, y peor que el mal, célula del mal. Pero aquí conviene seguir sin detenerse. Poco importa el dispositivo, toda vez que llego a decir, antes de perder el oído: «Es una voz y me habla». Es cuestión de preguntar, envalentonado, si no se trata de la mía. Se ha de convenir, poco importa cómo, que carezco de ella. Pasar del frío al calor, oscuramente, de lo helado a lo hirviente, de efectos similares. Es una partida, él partió, ellos no me ven, pero me oyen, jadeando, fijo aquí, no saben que estoy fijo. Él sabe que se trata de palabras, no sabe si son las tuyas, así empieza esto, nadie se detuvo nunca en tan buena vía, un día se los hará suyos, creyéndose solo, lejos de todos, fuera del alcance de cualquier voz, y llegará un día en que ellos le hablen. Sí, sé que son palabras, hubo un tiempo en que lo

ignoraba, como sigo ignorando que se trata de las mías. Pueden, pues, esperar. De ser ellos me bastaría saber lo que sé, no quisiera saber nada más que lo que oigo, que no es el ruido inocente y forzado de las cosas mudas en su necesidad de persistir, sino el aterrorizado parloteo de los condenados al silencio. Tendré compasión, me daré por descargado, no me obstinaré en hacerme parecer mi propio verdugo. Pero ellos son severos, glotones, tanto, si no más, que cuando yo hacía de Mahood. ¡Esto antes que ceder a sus exigencias! Es que no he dicho nada todavía. Captado por el oído, eso me sale en seguida por la boca, o por el otro oído, que también es una posibilidad. Es inútil multiplicar las ocasiones de error. Dos agujeros y yo en medio, ligeramente taponado. O uno solo, de entrada y de salida, donde se atropellan las palabras, como hormigas, apresuradas, indiferentes, no trayendo nada, no llevándose nada, demasiado débiles para socavar. No volveré a decir yo, nunca más lo diré, es demasiado estúpido. Lo sustituiré, cada vez que lo oiga, por la tercera persona, si pienso en ello. Si es que esto les divierte. Nada cambiará. No hay más que yo, yo que no estoy allí, donde estoy. Y de uno. Palabras, dice que sabe que son palabras. Pero, ¿cómo puede saberlo, él que nunca escuchó otra cosa? Esto está claro. Pero, ¿y esas luces que se apagan silbando? Es cierto. Y con ello otra cosa, muchas otras cosas, a las cuales la abundancia de materias desgraciadamente vedó hasta ahora la menor alusión. Héte aquí que respira, ya no le queda más que ahogarse. El pecho se hincha, se hunde, el trabajo de desgaste va por buen camino, lo siniestro se extiende de arriba abajo, pronto tendrá piernas, la posibilidad de arrastrarse. Es falso, no respira aún, no respirará nunca. Entonces, ¿qué ruidito es ese, socarronamente agitado, que recuerda el soplo vital, a quienes por él están consumidos? Es un mal ejemplo. ¿Y esas luces que silban al extinguirse? Más bien se trata de una carcajada que se extingue, ante el espectáculo de su pavor, de su decepción. Que esté inundado de claridad, y después sumido de nuevo en lo oscuro, se le debe antojar de una gracia irresistible. Pero desde el tiempo que hace que están allí, todo alrededor, pudieron abrir un agujero, en el tabique, un agujerito, por el que mirar, por turno. Y esas luces, quizá son las que ellos proyectan sobre él, de tanto en tanto, para poder ver los progresos que realiza. Pero este asunto de las luces merece ser tratado aparte, tan curioso es, y habrá de hacerse detenidamente, con la cabeza descansada, y lo estará, en la primera ocasión, cuando ya no corra prisa, cuando se haya serenado la cabeza. Resolución veintitrés. ¿Qué sacar en conclusión? ¿Que el único ruido que haya tenido Worm es de bocas, palabras, eructos, risas, succiones, saliveos y gorgoteos diversos? Ciertamente. Sin olvidar el quejido del aire doblándose bajo la carga. Se instruye, es lo esencial. Cuando más adelante rugirá en la tierra la tempestad cubriendo momentáneamente la libre expresión de las opiniones, sabrá de donde regresa, que no es el fin del mundo. No, allí donde no puede instruirse, la cabeza no puede funcionar, no sabe más que el primer día, no hace más que oír y sufrir, sin comprender, eso debe ser posible. Le ha salido una cabeza, después la oreja, para que rabie mejor, eso debe de ser. La cabeza está allí, pegada a la oreja, llena tan sólo de rabia, es cuanto importa, de momento. Es

un transformador, en el que el ruido se vuelve furia y temor, sin la ayuda de la razón. Es cuanto se necesita, de momento. Más adelante, cuando hayamos salido de ahí, nos ocuparemos de las circunvoluciones. ¿Por qué la voz humana, en tales condiciones? ¿Mejor ella que aullidos de hiena o martillazos? Respuesta: para que no tenga demasiado miedo, cuando vea retorcerse verdaderos labios. Tienen respuesta para todo, están entre ellos. Y, además, les gusta hablar, saben que es la peor de las burlas, para el que no se halla prevenido. Son numerosos, en derredor, tal vez asidos de las manos, cadena sin fin, asidos los eslabones, hablando por turno. Dan giros, por sacudidas, lo que hace que la palabra venga siempre del mismo lado. Pero a menudo todos hablan al mismo tiempo, todos dicen al mismo tiempo precisamente lo mismo, pero tan perfectamente conjuntados que se diría que es una sola voz, una sola boca, si no se supiera que sólo Dios puede estar al mismo tiempo en todas partes. Se diría, pero no Worm, que no dice nada, no sabe nada, aún. También por turno utilizan la mirilla, los que quieren. Mientras uno habla, otro mira, sin duda aquel que debe hablar a continuación y cuyas observaciones no es forzoso que, dado el caso, dejen de estar relacionadas con lo que haya visto, dado el caso, es decir, si lo que haya visto le interesó hasta el punto de parecerle digno de mención, aunque ésta sea oblicua. Pero, ¿qué es lo que esperan, haciendo eso, desde que lo hacen? Pues es difícil no creerlos animados de una esperanza cualquiera. ¿Y cuál es la naturaleza del cambio cuyos progresos acechan, pegando un ojo al agujero y cerrando el otro? No actúan así con miras pedagógicas, desde luego. No se trata de enseñarle algo, de momento. Esta lengua de catequista, meliflua y biliosa, es la única que saben hablar. Cuanto, por el instante, piden es que se vaya, que trate de irse, lejos de ese ruido lancinante. Adondequiera que se vaya, estando en el centro, iré hacia ellos. Se encuentra, pues, en el centro, he aquí al fin un indicio del más alto interés, poco importa de qué. Ellos miran, para ver si se ha movido. No es más que un montón informe, sin rostro, capaz de reflejar la historia de un tormento, pero cuyo aderezo, más o menos de amontonado, de agazapado, es, sin duda, expresivo, para especialistas, y les permite calcular las posibilidades de verlo pronto saltar, o partir insensiblemente, desangrándose, como un herido de muerte. En el montón, un ojo hurraño, caballuno, abierto siempre; ellos necesitan un ojo, le ven un ojo. Adondequiera que vaya iré hacia ellos, hacia el estribillo que entonarán, sabiéndolo en marcha, o hacia ellos que se callarán, sabiéndolo en marcha, o hacia la voz que se hará más suave, como si se alejara, para que crea haber obrado bien, al ponerse en marcha, o hacia la voz que se hará más suave, como si se alejara, para que él no se detenga, en tan buena vía, para que crea alejarse de ellos, pero no lo bastante todavía, mientras se acerca, cada vez más. No, él no puede creer nada, ni juzgar nada, pero las especies de carnes que posee actuarán por él, intentarán encaminarse adonde parece estar la paz, se dejarán caer cuando no sufran ya, o cuando sufran menos, o cuando no puedan más. Entonces volverá la voz, débil al principio, pero menos cada vez, procedente de allí hacia donde ellos quieren que se aleje, para que se crea perseguido y reemprenda su

camino, hacia ellos. Así lo conducirán hasta el tabique, y hasta el punto preciso de éste en que se hicieron agujeros, para pasar los brazos y apoderarse de él. Qué físico es todo esto. Llegado allí, no pudiendo ir más lejos, a causa del obstáculo, y no pudiendo más sin más, y no necesitando ir más lejos, de momento, a causa del gran silencio que se habrá producido, él se dejará caer, suponiendo que estuviera de pie, pero incluso un reptil se puede dejar caer, tras una prolongada huida, que tal puede decirse, sin impropiedad. Se dejará caer, será su primer rincón, su primera experiencia de sostén vertical, de abrigo vertical, en apoyo de los del suelo. Algo debe representar, en tanto llega al adormecimiento, sentir un apoyo, sentir un escudo, no ya por una sola de sus seis caras, sino por dos, por primera vez, no sentirse expuesto ya más que por sólo cuatro lados, esperando adormecerse. Pero esta alegría Worm no la conocerá más que oscuramente, siendo como es menos que un animal, antes de volver a ser lo que era, o poco menos, antes del comienzo de la prehistoria. Entonces lo agarrarán y se lo llevarán con ellos. Pues si pudieron hacer un agujerito para el ojo, y después otros mayores para los brazos, podrán hacer uno mayor todavía para pasar por él a Worm, que no debe de ser muy grande, de la oscuridad a la luz. Pero a qué hablar de lo que hagan cuando Worm se ponga en marcha, para, infaliblemente, llevárselo con ellos, puesto que él no puede ponerse en marcha, pese a desearlo a menudo, si es que al hablar de él se puede hablar de deseo, y no se puede, no se debería, pero así es como se tiene que hablar de él, como se le tiene que hablar, como si estuviera en vida, como si pudiera comprender, aun cuando esto no sirva para nada, y para nada sirve. Y es una suerte para él que no pueda moverse, aunque sufra, pues sería firmar su sentencia de vida moverse de donde está, en busca de un poco de calma, de un poco del silencio de antes. Pero quizá se moverá un día, el día en que el ligero esfuerzo de los primeros tiempos, infinitamente débil, se habrá convertido, a fuerza de renovarse, en un gran esfuerzo, lo bastante fuerte para arrancarlo de allí. O tal vez lo soltarán un día, soltándose la mano, taponando los agujeros y dirigiéndose, en fila india, hacia ocupaciones más fructíferas. Pues es menester que esto se decida, que se incline la balanza de un lado o del otro. No, no se puede pasar así la vida, sin poder vivir, sin poder hacer vivir, y morir inútilmente, no habiendo sido ni hecho nada. Es curioso que no vayan a buscarlo a su sitio, puesto que parecen tener acceso a él. No se atreven. El aire en el fondo del cual yace no se hizo para ellos, pero quieren que él respire el de ellos. Quizá soltando allí un perro, con la misión de conducirlo a ellos. Pero un perro tampoco viviría allí ni un segundo. Quizá por medio de un palo largo, con un gancho en la punta. Es que el recinto es vasto, y mira, está lejos de ellos, demasiado lejos para que se pueda llegar hasta él, ni siquiera con un escobón. Esa mancha minúscula, sola en medio del abismo, es él. Ahí está ahora en un abismo. Se habrá intentado todo. Dicen que lo ven, es una mancha lo que ven, y dicen que es él. Tal vez lo sea. Dicen que él les oye, pero no saben nada, los oye quizá, sí él oye, es la única certidumbre, Worm oye, y con todo, no es esa la palabra, pero puede pasar, debe pasar. Ellos lo dominan, pues, según las últimas noticias, será menester

que él trepe, para llegar hasta ellos. Bah, eso cambiará todavía. Las pendientes que se reúnen en él son suaves, se aplanan bajo él, no es una reunión, no es un abismo, no se ha arrastrado, un poco más y se encontrará posado en una eminencia. Ellos no saben ya qué decir, para poder creer en él, ni qué inventar, para asegurarse, no ven nada, ven algo gris, como humo inmóvil, uniforme, donde él podría hallarse, si es necesario que esté en algún sitio, donde juraron que se hallaba, adonde lanzan sus voces, una tras otra, en espera de desalojarlo, de oírlo mover, de verlo aparecer, al alcance de sus bicheros, de sus garras, de sus ganchos, de sus garfios, salvado al fin, cobrado al fin. Y después basta de ellos, terminó su papel, no, todavía no, hay que conservarlos, todavía servirán, dejémoslos ahí, girando alrededor, lanzando sus gritos, a través del agujero, pues también debe de haber un agujero para los gritos. ¿De seguro que es a ellos a los que oye? ¿Se tiene realmente necesidad de ellos para que él pueda oír, de ellos y de fantoches análogos? Basta de concesiones al espíritu de geometría. Oye, un punto es todo, él que está solo, y mudo, perdido en la humareda, no se trata de humo de verdad, pues no hay fuego, pero nada importa, curioso infierno, sin caldear, sin nadie, quizá sea el paraíso, quizá sea la luz del paraíso, y la soledad, y esa voz la de los bienaventurados que interceden, invisibles, por los vivos y por los muertos, todo es posible. No es la tierra, y esto es lo único que cuenta, no puede ser la tierra, no puede ser un agujero en la tierra, habitado sólo por Worm, o por otros si se quiere, tendidos como él, no lejos de él, mudos, inquebrantables, ni esta voz es la de quienes lloran, desean, llaman, olvidan, lo que explicaría su incoherencia, todo es posible. Sí, lo mismo da, él sabe que es una voz, no se sabe cómo, no se sabe nada, él no comprende nada en ella, comprende un poco, casi nada, es incomprendible, pero lo necesita, vale más que comprenda un poco, casi nada, como un perro al que se le echan siempre las mismas basuras, las mismas órdenes, las mismas amenazas, las mismas lagoterías. Esto queda zanjado. Se podrá concluir. Pero ese ojo, dejémoslo también ese ojo, es para ver, ese gran ojo huraño negro y blanco, húmedo, es para llorar, para que a ello se habitúe, antes de llegar a Killarney. ¿Qué hace con él? No hace nada, lo mantiene abierto, el ojo permanece abierto, es un ojo sin párpados, no se necesitan párpados aquí, donde no pasa nada, o pasa tan poco, podría prescindir de ellos, de los infrecuentes espectáculos, si pudiera parpadear, si pudiera cerrarlo, pero ya sabemos cómo es, no volvería a abrirlo. Las lágrimas manan de él casi sin cesar, no se sabe por qué, no se sabe nada, si es de rabia, si es de pena, es así, quizá sea la voz la que lo hace llorar, de rabia, o de otra pasión cualquiera, o de tener que ver, de tanto en tanto, alguna cosa, quizá sea eso, quizá llora para no ver, aunque parece difícil atribuirle una iniciativa tan enérgica. Se humaniza, el tipo, saldrá perdiendo, si no abre el ojo, si no presta atención, y con qué prestaría atención, con qué se formaría siquiera una pálida idea de la condición en que ellos lo van a poner, con sus orejas, sus ojos, sus lágrimas y una especie de cráneo en el que todo puede ocurrir. Su fuerza, su única fuerza consiste en no comprender nada, en no poder prestar atención, en no comprender qué quieren, en no saber que están allí, en no sentir nada, ah, pero

cuidado, él siente, sufre, el ruido le hace sufrir, y lo sabe, sabe que es una voz, y comprende algunas expresiones, algunas entonaciones, todo eso es malo, malo, aunque no tanto, son ellos quienes lo dicen, pero no saben nada, lo dicen porque lo desean, quizás él no sepa nada, quizá no sufre por nada, y ese ojo sea una fantasía más. Oye, es cierto, siguen siendo ellos quienes lo dicen, pero se ha de aceptar así, vale más aceptarlo. Worm oye, es cuanto puede afirmarse, mientras que hubo un tiempo en que no oía, ellos dicen que es el mismo, ha cambiado, pues, es grave, grávido, no importa hasta dónde pueda ir, confiemos en él. El ojo también, por supuesto, es para hacerlo huir, para que se asuste, lo bastante para que rompa sus lazos, ellos le llaman a eso lazos, quieren librarle de ellos, hay que ver lo que hay que oír, quizá sean lágrimas de hilaridad. En fin, lleguemos hasta el fin, casi debemos estar, veamos qué tienen para ofrecerle en cuestión de espantajos. ¿Quiénes? No habléis todos a la par, que eso tampoco sirve para nada. Todo se resolverá, ya avanzada la noche, cuando ya no habrá nadie y volverá a caer el silencio. Es inútil discutir, de aquí allá acerca de los pronombres y de otras partes de la charlatanería. Poco importa el tema, no lo hay. Estando Worm en singular, de tal modo se presentó, ellos están en plural, para evitar la confusión, pues hay que evitar la confusión, en espera de que todo se confunda. Quizá no sean más que uno solo, uno solo también valdría para el caso, pero podría confundirse con su víctima, lo que sería abominable, una verdadera masturbación. Esto avanza, esto avanza. En cuanto espectáculo, parece flojo. Pero puede saberse, sin estar, sin vivir, ellos llaman a eso vivir, la chispa está, para ellos, no tiene más que brotar, con sólo predicar encima, acabará en antorcha viva, alaridos comprendidos. Entonces podrán callarse, sin tener que temerle a un silencio molesto, de muerte según se dice, por donde pasan los ángeles, una verdadera tortura. Decididamente al ojo le cuesta ceder. Los ruidos son algo que corre, atraviesa las murallas, pero, ¿se puede decir lo mismo de las apariencias? Desde luego no, en general. Pero el caso es más bien particular. En cuanto a cuáles son, se ha de intentar saber de qué se trata, salvo engañarse. Este gris primero, considerado deprimente sin duda. Sin embargo, tiene amarillo dentro, también se diría que rosado, es un bello gris de esos de los que se dice que van bien con todo, orinado y caliente. Se ve, el ojo lo prueba, pero no del todo, sin precisiones superfluas, condenadas a ser desmentidas. Un hombre se preguntaría dónde acaba su reino, su ojo se esforzaría en sondear las tinieblas, daría lo que fuera por tener una piedra, un brazo y dedos que sepan asir y soltar, en el momento oportuno, una piedra, muchas piedras, o para poder gritar y, mientras cuenta los minutos, esperar que su grito vuelva, y él de cierto sufriría por no tener ni voz ni otro missile, ni miembros que le obedezcan, doblándose y estirándose a la voz de mando, y quizá lamentara ser hombre en tales condiciones, es decir, una cabeza abandonada a sus únicos viejos recursos. Pero Worm sufre únicamente por el ruido que le impide ser como era antes, pequeña diferencia. Si es que es el mismo, y ellos lo sostienen. Y si no lo es, no importa, sufre como sufrió siempre, por el ruido que no impide nada, lo que debe ser

hacedero. Ese gris en cualquier caso no debe añadir gran cosa a su esfuerzo, para ello el *a giorno* sería más indicado, en vista de que no puede cerrar el ojo. No puede apartarlo tampoco, ni bajarlo, ni alzarlo, permanece conectado siempre al mismo pequeño campo, excluidos los beneficios de la acomodación. Pero quizá se haga un día la claridad, poco a poco, o rápidamente, o de golpe, y entonces no se ve demasiado bien cómo podría Worm permanecer, y tampoco se ve demasiado bien cómo podría irse. Pero las situaciones imposibles no pueden prolongarse, indebidamente, como es sabido, porque o bien se disipan o se comprueba que eran posibles después de todo, qué queréis, sin hablar de otras posibilidades. Que se haga la luz, pues, no será forzosamente una catástrofe. O que no se haga nunca, y se prescindirá de ella. Pero esas luces, en plural, que se alzan, se hinchan, caen y se extinguen silbando, recuerdan a una cobra, y quizás es el momento de echarlas en la balanza, para que ésta se incline, al fin. No, todavía no es el momento de hacer tal cosa. No se ve esperanza aquí, eso lo estropearía todo. Que otros esperen, para él, afuera, al fresco, a la claridad, si eso les apetece, o si les pagan para ello, y deben pagarles, no esperan nada, esperan que eso durará, es un buen queso, tienen la mente en otra parte, hombres-ratas, llamando a Judas, todo eso son oraciones, rezan por Worm, rezan a Worm, para que se apiade, se apiade de ellos, se apiade de Worm, llaman piedad a eso, señor nuestro, lo que hay que encajar, por suerte él no entiende nada. Perversa oscuridad, atrás desaparece, sucio farsante. El gris. Qué más aún. Calma, calma, debe haber otra cosa, que vaya con el gris, que va con todo. Debe de haber de todo aquí, como en todos los mundos, un poco de todo. Muy poco, se diría. Además, la cuestión no es esa. Qué viene a hacer el imbécil, ante ese cristalino impotente, es cuanto se trata de imaginar. Un rostro, qué alentador sería, si eso pudiera ser un rostro, de tarde en tarde, siempre el mismo, cambiando metódicamente de expresión, mostrando con sistema lo que puede un verdadero rostro, sin volverse desfigurado, desde la franca alegría hasta la melancólica fijeza del mármol, pasando por los más característicos matices del desencanto, qué agradable sería. Hundido el culo de cerdo de Antonio. Pasando a la distancia conveniente, a la altura conveniente, pongamos que una vez al mes, lo que no sería exorbitante, lentamente, de frente y de perfil, como los criminales. Podría incluso detenerse, abrir la boca, alegrarse, sorprenderse, mira, mira, balbucear, mascullar, aullar, gemir y finalmente cerrarla, con las mandíbulas apretadas hasta romperse, o abiertas, para dejar pasar la espuma. Esto sería agradable. Como todo. Una presencia al fin. Un visitante, fiel, que tendría su día, su hora, y no se quedara demasiado, que sería fatigoso, ni demasiado poco, que no sería bastante, sino el tiempo justo para que la esperanza pueda nacer, crecer, languidecer y morir, pongamos cinco minutos. La noción del tiempo empezaría a trotarle a Worm, en su chirriante cabezota, ante ese puntual residuo de la imagen de lo eterno, de modo que no tendrá nada que repetir. Noción que traerá consigo, como debe ser, la del espacio, pues ambas se dan la mano, desde hace algún tiempo, en ciertos barrios, es más seguro. Y la partida se habría ganado, perdido, él se hallaría

entre nosotros, entre los lugares de reunión, no se sabe cómo, y se diría: «Mira a ese viejo Worm que espera a su novia, y esas flores, se diría que duerme, tú no sabes, pero sí, veamos, ese viejo Worm, que espera a su amor, y esas margaritas, se diría que está muerto». Eso, eso sería algo. Felizmente, no es más que un sueño. Pues no hay rostros aquí, ni nada semejante, nada que revele la alegría de vivir y sus sucedáneos, es menester buscar otra cosa. Una simple cosa, una caja, un trozo de madera, que acudiría a colocarse ante él, por un instante, todos los años, cada dos años, una bola, que gravitara no se sabe cómo, ni alrededor de quién, una gruesa piedra, que pasara ante él, cada dos años, cada tres años, esto no tendría importancia, en los primeros tiempos, sin detenerse, no necesitaría detenerse, y sería mejor que nada, porque él la oiría llegar, la oiría alejarse, lo que sería un acontecimiento, y quizá le enseñaría a contar, los minutos y las horas, y a inquietarse, a razonar, a tener paciencia, a perder la paciencia, a volver la cabeza, a aguzar el oído, a girar el ojo, una gruesa piedra, que le abandonaría, y eso sería mejor que nada, en espera de los verdaderos corazones. El corazón se le pondría en marcha, en un vals, oiría valsear su corazón, *trabum la la la, trabum la la la, re mi fa do pan pan*, que no haría falta formalizarse. Segurísimo. Desgraciadamente hay que atenerse a los hechos, a qué atenerse, a qué agarrarse, cuando todo zozobra, sino a los hechos, cuando los hay, que exceden, al alcance del corazón, qué bonito es eso, del corazón que grita: «El hecho es ése, el hecho es ése», y después más reposadamente, pasado el peligro, por el momento, la continuación, es decir, dado el caso: «No hay madera aquí, ni piedras, o si las hay, el hecho es ése, si las hay es como si no las hubiera, el hecho es ése, nada de vegetales, ni de animales, sólo Worm, de reino desconocido, Worm está ahí, o como si, o como si...». Pero no tan deprisa, es demasiado pronto, para volver allá donde estoy, fracaso, en triunfo, allí donde me espero, tranquilo, en fin, pasablemente, sabiendo, creyendo saber, que no me ha ocurrido nada, que nada me ocurrirá, ni bueno ni malo, susceptible de perderme, lo que sería prematuro. Me veo, veo mi sitio, nada lo indica, nada lo distingue, los otros lugares son míos, todos, si los quiero, pero no quiero más que el mío, nada lo señala, estoy en él tan poco, lo veo, lo noto a mi alrededor, me aprieta, me cubre, si esa voz pudiera detenerse, tan sólo un segundo, me parecería largo, un segundo de silencio. Escucharé, sabré si va a volver, o si se calló de verdad, con lo que quiera que sea, lo sabré. Y escucharé siempre, para intentar avanzar en sus buenas disposiciones, mantenerme en su favor, para estar dispuesto, cuando juzguen oportuno emprenderme de nuevo, o no escucharé más, no escucharé más, es posible que un día no escuche más, sin tener que temer lo peor, es decir, no sé qué puede haber peor, una voz de mujer quizá, no había pensado en ello, podrían alquilar a una soprano. Pero no lo pensemos más, sigamos intentando, si supiera tan sólo lo que quieren, quieren que sea Worm, pero lo he sido, lo fui, ¿qué es lo que no marcha?, lo fui mal, eso debe de ser, no puede ser más que eso, qué queréis que sea, sino eso, no me saqué yo a la luz, a la claridad, en ellos, para oírles decir: «¡Ves, vivo que te ignorabas!». Resistí, eso debe de ser, no había que resistir, pero no noto nada, sí, sí,

esa voz, la he resistido, no huí, había que huir, era necesario que Worm huyese, pero dónde, pero cómo, está clavado en su sitio, y era menester que se arrastre, no importa hacia dónde, hacia ellos, hacia el azul, pero cómo hacer, no puede moverse, no se trata forzosamente de lazos, no hay lazos aquí, está como enraizado, son lazos si se quiere, haría falta que la tierra temblase, pero no es la tierra, no se sabe lo que es, es como sargazo, no, es como maleza, tampoco, no importa, haría falta una convulsión, que lo vomite a la luz. Pero qué calma, aparte el discurso, ni un soplo, esto no quiere decir nada, es sospechoso, la calma que precede a la vida, con todo, desde los tiempos, es como fango, lo bien que se está, estaría bien, sin ese ruido, es la vida que quiere volver, no, que quiere que él salga, o son pequeñas burbujas que estallan, a todo alrededor, no, no hay aire aquí, el aire es para que uno se ahogue, el día es para cerrar los ojos, allí es adonde él debe ir, donde nunca hay oscuridad, pero tampoco está oscuro aquí, sí, sí, aquí está oscuro, ese gris lo hacen ellos, con sus lámparas. Cuando se marchen, cuando se callen, será oscuro, sin un ruido, sin una luz, pero ellos no se marcharán nunca, sí, se callarán quizá, se marcharán quizás, un día, lentamente tristemente, en fila india, proyectando largas sombras, hacia su amo, que los castigará, o los perdonará, no hay más que eso allá arriba, para los que pierden el castigo, el perdón, los dos, son ellos quienes lo dicen. ¿Qué hicisteis con vuestro material? Lo abandonamos. Pero obligados a decir si taponaron o no los agujeros, ¿taponaron los agujeros, sí o no?, dirán sí y no, o los unos dirán sí y los otros no, al mismo tiempo, pues no saben lo que el amo quiere oír como respuesta a su pregunta. Pero las dos se defienden, las dos preguntas, pues taponaron los agujeros, si se quiere, pero si no se quiere, no los taponaron, pues no supieron qué hacer, al partir, si tenían que taponarlos o, por el contrario, dejarlos abiertos. Entonces ellos fijaron sus largas lámparas allí, en los agujeros, para impedirles que se cerraran solos, es como la arcilla, introdujeron allí sus potentes lámparas encendidas, proyectadas hacia dentro, para que él los crea siempre allí, a pesar del silencio, o para que crea que el gris es cierto, o para que siga sufriendo, por más que ellos no estén ya allí, pues él no sufre sólo por el ruido, sufre también por el gris, por la luz, es menester que así sea, es preferible, o para que ellos puedan volver, si el amo lo exige, sin que él sepa que partieron, como si pudiera saberlo, o sin otro motivo que el suministrado por su ignorancia acerca de lo que debía hacerse, si se tenían que taponar los agujeros o dejar que se cerraran ellos solos, es como la mierda, he aquí al fin, he aquí al fin la frase justa, basta con buscar, basta con equivocarse, para hallar al fin, es una cuestión de eliminación. Y basta sobre los agujeros. El gris no quiere decir nada, el silencio gris no es forzosa y simplemente un buen momento que pasar, pues lo mismo puede ser el bueno que el malo. Pero las lámparas sin criados no brillarán siempre, antes al contrario, se apagarán, poco a poco; sin criados que las vuelvan a cargar, enmudecerán al fin. Entonces reinará lo negro. Pero con el negro ocurre como con el gris, el negro tampoco prueba nada, en cuanto al valor del silencio que, por así decirlo, viene a espesar. Pues ellos pueden volver, al cabo de mucho tiempo de

haberse extinguido las luces, tras de haber intercedido durante años ante el amo, sin llegar a convencerle de que no hay nada que hacer, con Worm, para Worm. Entonces se tendrá que volver a empezar todo, es evidente. De modo que no se sabrá nunca, Worm no sabrá nunca, lo mismo si el silencio es negro que gris, nunca se sabrá mientras dure, si es el bueno, o si se trata solamente de un buen momento que pasar, si es que se puede llamar un buen momento a eso, en el que es menester escuchar, acechar los murmullos de los silencios de antaño, hallarse preparado para la próxima etapa, so pena de atraerse cóleras suplementarias. Pero no hay que confundir a Worm con otro. Aunque esto, llegado el caso, carezca de importancia. Pues quien debió escuchar escuchará siempre, lo mismo si lo ignora que si sabe que nunca más volverá a oír nada. Dicho de otro modo, a ellos les gusta decir de otro modo —esto es indudable y permite ganar tiempo—, el silencio, una vez roto, ya no se recompondrá nunca. ¿No hay, pues, esperanza? Desde luego que no, veamos, qué idea. Sí, acaso, una esperanza pequeña, pero que nunca servirá. Pero se olvida. O si es uno solo se irá completamente solo, hacia su amo, y su alargada sombra le seguirá a través del desierto —es el desierto, primera noticia—, y Worm verá el día en el desierto, el día del desierto, el día en que ellos lo atraparán, es el mismo que en todas partes ellos dicen que no, lo dicen más puro, más claro, habláis de un asunto, oh, no se trata forzosamente del Sahara, hay otros, lo que cuenta es el ozono, habrá necesidad de ozono, en los primeros tiempos, ah, sí, en los últimos también, es algo que esteriliza. El amo. Si ellos fueran x habría necesidad de un x-más-uno. Pero, ¿para qué sirve, en fin de cuentas, ese ojo lívido? Para ver la luz, ellos llaman a eso ver, lo que es bueno, pues le hace sufrir, ellos llaman a eso sufrir, saben qué es sufrir, saben hacer sufrir, se les ha dicho, el amo les ha dicho: «Haced esto, haced aquello, le veréis retorcerse, le oiréis llorar». Él llora, es un hecho, oh, no muy sólido, hay que apresurarse a aprovecharlo. Pero de retorcimientos, ni por esas. Pero hay que decir una cosa: eso no hizo más que empezar, aunque hace tiempo que dura, ellos no se desanimarán, fortalecidos con la fuerte palabra del gran taciturno, que ellos no apresarán nunca. Esa es su tarea, esas son sus atribuciones, ¿qué puede importarles que dé o no resultado? Bastante se ha hablado de ellos, sólo hablan de ellos, es forzoso, todo está en ellos, sin ellos no habría nada, ni siquiera Worm, que es una idea suya, una frase suya, al hablar de ellos, bastante se ha hablado de ellos. Pero ese gris, esa luz, si pudiera evitar esa luz, que le hace sufrir, ¿no es evidente que sufriría más a cada paso, en cualquier dirección que avanzase, puesto que está en el centro y volvería forzosamente a él, al centro, al cabo de cuarenta o cincuenta vanas tentativas? No, esto no es evidente. Pues es evidente que la luz bajaría a cada paso que diera, hacia ella, pues ellos velarían por que así fuese, para que, creyéndose en el buen camino, volviera al recinto. Entonces se produciría el deslumbramiento, la captura, el pean. Toda vez que sufre hay esperanza, incluso si no la necesitan para hacerlo sufrir. Pero, ¿cómo pueden saber ellos que sufre? ¿Acaso lo ven? Dicen que sí. Pero es imposible. ¿Le oyen? Desde luego que no. Él no hace ruido. Pero quizá sí, al llorar. Como quiera

que sea, están tranquilos, con razón o sin ella, pues él sufre, y es así gracias a ellos. Oh, no lo bastante aún, pero se ha de ir poco a poco. Un exceso de severidad, llegados aquí, podría oscurecerle el entendimiento para siempre. Otra cosa. El problema es delicado. ¿Qué hay de los efectos de la costumbre? Ellos pueden combatirlos alzando la voz, forzando su claridad. Pero, ¿y si en vez de sufrir menos, a medida que el tiempo pasa, sigue precisamente sufriendo tanto como el primer día? Tal cosa debe ser posible. ¿Y si en vez de sufrir menos, o tanto como el primer día, sufre más a medida que pasa el tiempo, cada vez más, a medida que se efectúa el traspaso del porvenir incambiante al incambiable pasado? Otra cosa, pero en el mismo orden de ideas. El asunto es espinoso. ¿No es preferible la pleamar de un sufrimiento a aquél cuyas fluctuaciones hacen creer a cada momento que, después de todo, acaso no dure siempre? Esto depende del fin perseguido. ¿Es decir? Un leve movimiento de impaciencia, de parte del paciente. Gracias. Es el fin inmediato. Después vendrán otros. Después se le enseñará a estarse tranquilo. Entre tanto que al menos se agite, que se tire por el suelo, qué demonios, ya que no le queda otro remedio, cualquiera que sea, para romper la monotonía. No dejan, no, Dios mío, los quemados vivos, cuando no están atados, de precipitarse en todos sentidos, sin método, chisporroteando, en busca de un poco de frescor. Los hay cuya sangre fría les lleva hasta a desfenestrarse. No se le pide tanto. Que descubra por sí solo los bálsamos de la huida ante sí mismo, eso es todo, no irá lejos, no necesitará ir lejos. Que no cuente más que consigo mismo para paliar lo que es, sin que él intervenga para nada. Que haga como el húsar, subiéndose a una silla para mejor ajustarse el penacho de su gorro, sería lo de menos. No necesita razonar, sólo sufrir, siempre del mismo modo, nunca menos, nunca más, sin esperanza de tregua, sin esperanza de consumirse, no se trata de nada más complicado que eso. No hace falta razonar, para no esperar. Venga, pues, la monotonía, es más estimulante. Pero, ¿cómo asegurarla? No importa, no importa, ellos hacen cuanto pueden, con sus pobres recursos, una voz, un poco de claridad, los pobres, esa es su tarea, dicen: «No se acostumbra, no cede, nosotros no sabemos nada, lo mismo da, es un buen medio, no tenemos más que seguir, acabará por comprender, acabará por estremecerse, se producirá el leve reflejo, un cambio en el ojo, habrá aparecido la oleada que lo arrojará de entre nosotros». Tampoco se puede decir que sea vida andar buscando ojos sin hallarlos nunca, acechar la queja que nunca sobreviene. Sin embargo, es su vida. Está ahí, dice el amo, en alguna parte, haced lo que os digo, traédmelo, me falta para mi gloria. Pero un último esfuerzo, uno más, tal vez sea el último, hay que proceder cada vez como si fuera la última, es el único medio de no retroceder. Un gran tazón de aire infecto y hop adelante, para volverse en seguida. Adelante. Se dice pronto. Pero ¿dónde está adelante? ¿Y para hacer qué? Pandilla de falsos maniáticos, venga, ellos saben que no sé nada, que lo olvido todo, a medida que... No son gran astucia estas pequeñas pausas. Cuando ellos se callan, yo también. Transcurrido un segundo. Llevo un segundo de retraso con respecto a ellos, retengo el segundo, tal como me fue dado,

mientras recibo el siguiente, con el cual tampoco tengo nada que hacer. No dispongo de un instante que pueda decir mío, y quieren ellos que sepa en qué ocuparme. Ah, bien sé en qué me ocuparía si la cabeza me obedeciese. Que repitan lo que voy a hacer, suponiendo que lo hayan dicho nunca, si es que quieren que tenga aspecto de ocuparme en ello. Ese tono, esos términos, para que yo los crea de mí. Siempre las mismas argucias, desde que se les metió en la cabeza que mi existencia sólo es cuestión de tiempo. Creo que tengo ausencias, que hay frases enteras que se saltan, no, enteras no. Acaso no advertí el sentido oculto de la historia. Aunque no lo comprendiera lo habría dicho, no se me pide otra cosa, me lo habrían tenido en cuenta, con ocasión de mi próximo juicio, caramba, me juzgan de tanto en tanto, son personas serias. Sabré, acaso diré algún día lo que hice mal. ¿Cuántos somos, en fin de cuentas? ¿Y quién habla en este instante? ¿Y a quién? ¿Y de qué? Tan dificultosas preguntas no sirven para nada. Que al fin me pongan en la boca algo con qué salvarme, con qué condenarme, y que no se hables más, que no se hable más. Pero éste es mi castigo, por mi castigo me juzgan, lo purgo mal, como un cerdo, mudo, sin comprender, mudo, sin el uso de otra palabra que la suya. Será el calabozo, es el calabozo, siempre fue el calabozo, lo oigo todo, todo lo que dicen, es el único ruido, como si fuera yo el que hablase, a solas, en voz alta, se acaba por no saber nada ya, por no saber de dónde llega una voz que no se detiene nunca. Tal vez haya otros aquí, conmigo, está oscuro, como tiene que ser, no se trata forzosamente de mazmorras particulares, o acaso haya otro, quizá tenga yo un compañero de infortunio, al que le gusta hablar, o que debe hablar, así, para nada, ante él, pero no creo, ¿qué es lo que no creo?, que tenga un compañero de infortunio, eso es, me sorprendería que su animosidad llegara a tal extremo, ellos dicen que eso me sorprendería. De tanto en tanto tengo que atravesar una suma de tiempo considerable, con los ojos abiertos. Y, sin embargo, todo es continuo, no me voy, no vuelvo. ¿No se tratará, en el fondo, de insomnios, de medios insomnios? Pero nada cambia nunca. Es decir, que se olvida. Agujeros, siempre los hubo, es la voz que se detiene, es la voz que ya no llega, ¿qué puede importar?, acaso sea importante, el resultado es el mismo, pero a lo mejor, excepcionalmente, no cuenta. Ah, resoluciones. Me encerraron aquí, ahora intentan hacerme salir, para encerrarme en otro lugar, o para soltarme, son capaces de ponerme en la puerta, sólo para ver qué haré. Adosados a la reja, con los brazos cruzados y las piernas cruzadas, me observarían. O bien no han hecho más que hallarme aquí, cuando llegaron, o mucho tiempo después. No soy yo quien les interesa, sino el lugar, quieren el lugar, para uno de ellos. Qué queréis, hay que especular, especular, hasta dar con la especulación que es la buena. Cuando todo se calle, cuando todo se detenga, será que se dijeron las palabras, las que importaba decir, no se necesitará saber cuáles, no se podrá saber cuáles, estarán allí en alguna parte, en el montón, en el oleaje, no forzosamente las últimas, es menester que sean avaladas por quien de derecho —esto lleva tiempo, dista mucho—, quien de derecho es el amo, se le lleva el atestado, todos los atestados, él conoce las frases que cuentan,

las eligió él, entre tanto la voz prosigue, mientras se va hacia él, mientras él busca, mientras volvemos hacia nosotros, con el veredicto, las frases continúan, las malas, las falsas, hasta que llega la orden de detenerlo todo, o de proseguirlo todo, no es inútil, todo proseguirá a solas, hasta que llegue la orden de detenerlo todo. Ellos acaso estén allí dentro, en alguna parte, en lo que acaban de decir, las frases que necesitaban decir, no son forzosamente numerosas. Dicen «ellos» cuando hablan de ellos, para que crea que soy yo el que hablo. O bien digo «ellos» cuando hablo de no sé quién, para que crea que no soy yo el que hablo. O quizá se trata del silencio desde que parte el mensajero hasta que regresa con la orden del amo, ésta: «Continuad». Pues existen prolongados silencios, de tanto en tanto, verdaderos armisticios, durante los cuales les oigo murmurar, tal vez murmurando algunos: «Se acabó, esta vez dimos en el clavo». Y otros: «Hay que volver a empezarlo todo, en otros términos, o en los mismos términos, pero ordenados diferentemente». Así pues, reposo durante todos ellos, si es que a eso se le puede llamar reposo, donde se espera, de conocer su suerte, mientras se dice: «Acaso no sea eso». Mientras se dice: «¿De dónde proceden esas frases que me salen de la boca y qué significan?». No, no diciendo nada, pues las frases ya no llegan, si es que a eso se le puede llamar una espera, en la que no hay razón, en la que se escucha, sin razón, como desde el principio, porque un día nos pusimos a escuchar, porque ya no podemos detenernos, lo que no es una razón, si puede llamarse a eso un reposo. Pero, ¿qué historia es esa de no poder morir, ni vivir, ni nacer? Algún papel tiene que desempeñar esta historia de permanecer donde uno se encuentra, muriendo, viviendo, naciendo, sin poder avanzar, ni retroceder, ignorando de dónde vinimos, dónde estamos, adonde vamos, y que sea posible estar en otra parte, estar de otro modo, sin suponer nada, sin preguntarse nada, no se puede, se está ahí, no sabemos quién, no sabemos dónde, la cosa sigue ahí, nada cambia en ella, en torno a ella, aparentemente, aparentemente. Es menester aguardar el fin, es menester que el fin llegue, y en el fin será, en el fin al fin será acaso la misma cosa que antes, que durante el largo tiempo en que era menester ir hacia ella, o alejarse de ella, o aguardarla temblando, o alegremente, avisado, resignado, habiendo hecho bastante, sido bastante, lo mismo, para quien no supo hacer nada, ser nada. Si pudiera cesar esa voz, que no casa con nada, que impide ser nada, en parte alguna, lo impide mal, apenas, apenas lo bastante para hacer que dure esta pequeña llama amarilla que se proyecta débilmente por todos lados, anhelante, como para tratar de desprenderse de su mecha, curiosa llamita, que no había que encender, o que de hacerlo había que alimentar, o que de hacerlo había que apagar, había que apagarla, había que dejarla apagar. Las lamentaciones os apresuran, os acercan al fin del mundo, las lamentaciones de lo que es, de lo que fue, no son las mismas, si, las mismas, no se sabe, no se sabe lo que ocurre, lo que ocurrió, acaso son las mismas, las mismas lamentaciones, lo que os conduce hacia el fin de las lamentaciones. Pero un poco de brío, es el momento, un poco de ánimo, eso no dará nada, ni siquiera un paso, eso no importa nada, no somos tenderos, y qué sabe uno nunca, no. Tal vez Mahood salga de

su urna y se dirija hacia Pigalle, arrastrándose y cantando: «Llego, llego, alma de mi alma». O bien Worm, ese bueno de Worm, quizá no pueda más, de no poder nada, de no poder más, no habría que olvidarlo. Yo en su lugar le soltaría las ratas, ratas de agua, de cloaca, son las mejores, oh, no demasiadas, una docena, una quincena, quizás eso le decidiera a largarse, y qué introducción a sus atributos futuros. No, sería en vano, una rata no viviría allí ni un segundo. Pero revisemos ese ojo, ahí es donde hay que buscar. Un poco rosado tal vez, el blanco del ojo, a fuerza de orinar, es un fulgor que nos atreveríamos a llamar de inteligencia. Aparte esto, siempre es el mismo. Un poco más saliente quizá, más parafimóticamente globuloso. Tiene aspecto de escuchar. Se gasta, es forzoso, se empaña, habría que apresurarse a ofrecerle algo con que salir decididamente de su órbita, al cabo de diez años sería demasiado tarde. En lo que ellos se equivocan es en hablar de Worm, como si existiera realmente, en un lugar determinado, cuando lo que ocurre es que todo eso no está más que en estado de proyecto. Pero es demasiado tarde ahora para volver sobre ello. Que lleguen por de pronto hasta el fin de su error, después podrán ocuparse de nuevo de la cuestión, evitando comprometerse con el empleo irreflexivo de términos, si no de nociones, accesibles al entendimiento. Igualmente el caso de Mahood ha sido insuficientemente estudiado. Puede sentirse la necesidad de tales criaturas, admitiendo que éstas sean dos, e incluso puede presentirse su posibilidad, sin que a su respecto haya que lanzarse a tristes y ciegos discursos. Un poco más de reflexión les habría hecho ver que la hora de hablar, lejos de haber sonado, sin duda no sonará nunca. Pero ellos están obligados a hablar, les está prohibido detenerse. Que no hablen, pues, de otra cosa, de algo cuya existencia parece en algún modo establecida, de algo acerca de lo cual se puede charlar sin que, cada treinta o cuarenta mil palabras, se tenga que enrojecer por haber empleado locuciones semejantes, y que, en fin, garantía suprema, ya hizo que funcionaran las lenguas mejor ahorcadas de todos los tiempos, eso sería preferible. Es el viejo cuento, quieren distraerse, mientras se deciden, no, no distraerse, calmarse, tampoco, consolarse, menos aún, no importa, de modo que no hacen ni una cosa ni otra, ni lo que quieren, sin saber qué es, ni la oscura tarea a la que están obligados, el viejo cuento. ¿Verdad que no parecen los mismos que dentro de un momento? Qué queréis, tampoco ellos saben quiénes son, dónde están, lo que hacen, ni por qué eso marcha tan mal, tan abominablemente mal, eso debe ser. Entonces construyen hipótesis que se derrumban las unas sobre las otras, lo que es humano, una langosta sería incapaz de ello. Todos somos hermosos mientras estemos, estemos alojados en la misma enseña, no, perezca una idea semejante, somos hermosos cada cual a su modo personal. Yo mismo he sido guachapeado escandalosamente, ellos deben empezar por darse cuenta de ello, yo, de quien todo depende, más aún alrededor de quien, mucho mejor aún, alrededor de quien, hombre-vasija, gira todo, en vacío, pero sí, no protestéis, gira todo, es una cabeza, estoy en una cabeza, qué iluminación, *psssit*, al punto regado. Ah, esa voz ciega, y esos instantes de aliento contenido en que todo el mundo escucha

desvariadamente, y la voz que se pone de nuevo a tantear, sin saber lo que busca, y de nuevo el ínfimo silencio, al acecho de no sé qué, de una señal de vida, debe de ser eso, una señal de vida, inadvertida para alguno, que se negaría si se produjera, seguramente es eso, si todo eso pudiera concluir, sería la paz, no, no se creería, se seguiría al acecho, nuevamente de la voz, de una señal de vida, de que alguno se traicione, o de otra cosa lo mismo da si se trata de otra cosa que de señales de vida, un imperdible que cae, una hoja que se mueve, o el chillido que emiten las ranas cuando la hoz las corta en dos, o cuando se las captura, en el agua, con la lanza, podrían multiplicarse los ejemplos, lo que incluso sería una idea excelente, pero resulta que no se puede. Quizá se necesitaría estar ciego, ciego se oye mejor, no son informes los que faltan, contamos en nuestros bagajes con afinadores de piano, que dan el la y oyen el sol, dos minutos después, de todos modos no se ve nada, este ojo es un equívoco. Pero no es Worm el que habla. Es cierto, hasta ahora, quien dice lo contrario, sería prematuro. Tampoco yo, si es que se va por ahí. Y Mahood es notoriamente áfono. La cuestión no está ahí, de momento, no se sabe dónde está, pero no está ahí, actualmente. Sí, es distraído, un ojo, algo que llora por un sí o por un no, los síes le hacen llorar, los noes también, los quizá sobre todo, con el resultado de que las esperadas de esas detenciones pasmosas no siempre reciben toda la atención que merecen. Mahood también, pienso en Worm, Worm también, no, Mahood también es un gran llorón, quizá descuidamos indicarlo. Su barba está completamente mojada de lágrimas, es perfectamente idiota, tanto más cuanto que eso no le calma en modo alguno, y de qué podría calmarlo, está frío como el alcanfor, el desdichado, incapacitado incluso para maldecir a su creador, es automático. Pero hay que olvidar a Mahood, nunca debimos hablar de él. Sin duda. Pero, ¿es posible olvidarlo? Es cierto que se olvida todo. Sin embargo, es muy de temer que Mahood no se deje nunca reabsorber del todo. Worm sí, desaparecerá completamente, como si nunca hubiera existido, lo que, por otra parte, es sin duda el caso, como si se pudiera desaparecer, sin haber sido antes. Es fácil decirlo. Pero Mahood tampoco. No está claro esto, *tss, tss*, esto no está claro del todo. No importa. Mahood permanecerá, allí donde lo pusieron, hundido hasta el cráneo en su vasija, frente al matadero, suplicando a los transeúntes, sin palabra ni gesto ni expresión fisiognómica, ésta, la fisonomía no es agradable de ver abiertamente, al propio tiempo que el plato del día, o por separado, no se sabe por qué, para poder creerse comprometido en el asunto, es decir, prometido a la limpieza de basuras, antes o después, debe de ser eso, ideas semejantes se nos pueden ocurrir sin pensar. Yo mismo tengo la lágrima excepcionalmente fácil, no quería decirlo, en su lugar habría omitido este detalle, el hecho es que no dispongo de ningún exutorio, pero es que de ninguno, ni de ese ni de los menos nobles, cómo se puede estar bien, en estas condiciones, y qué ha de creerse, no se trata de creer nada, sólo de acertar, nada más que de eso, dicen ellos. Si no es negro sin duda es blanco, confesad que es grosero, como procedimiento, vistas todas las tintas intermedias, tan dignas de una oportunidad las unas como las otras. Y

el tiempo que pierden, repitiendo la misma cosa, cuando deben saber que no es la buena. Recriminaciones fáciles de refutar, si quisieran molestarse en ello, si dispusieran de tiempo, de tiempo para reflexionar en lo que tienen de inane. Pero el medio de reflexionar y de hablar a la vez, de reflexionar en lo que se dijo, se ha dicho, se podrá decir mientras se dice, se reflexiona acerca de cualquier cosa, más o menos, nos hacemos reproches mal fundados, sin poder responder a ellos, se trata en seguida de otra cosa, por eso repiten ellos siempre lo mismo, la misma letanía, ésa que se saben de memoria, para intentar reflexionar en otra cosa, durante ese tiempo, mediante decir otra cosa que siempre la misma cosa, no encuentran, no encuentran otra cosa que decir que siempre la misma cosa, siempre mal siempre la misma mala cosa, no encuentran, no encuentran otra cosa que decir que lo que les impide encontrar, harían mejor pensando en lo que van a contar, para variar al menos la presentación, lo que cuenta es la presentación, pero el medio de pensar y de hablar al mismo tiempo es algo especial, como una facultad, vagabundo el pensamiento, la palabra también, lejos el uno de la otra, en fin, no exageremos nada, cada cual por su lado, topes de porcelana, en medio es donde se debiera estar, allí donde se sufre, allí donde se tienen raptos de alegría, por carecer de palabra, por carecer de pensamiento, allí donde no se siente nada, no se oye nada, no se sabe nada, no se dice nada, no se es nada, allí es donde se estaría bien, allí donde se está. Felizmente ellos están allí, allí en el sentido bien cierto de no importa dónde, para llevar la responsabilidad de este estado de cosas, del que si no se sabe gran cosa se sabe al menos esto: que no nos gustaría que nos pesara sobre la conciencia, pues basta que nos pese sobre el estómago. Sí, felizmente los tengo a esos fantasmas parlantes, no los tendré siempre, lo noto, malditos fantasmas, acabarán por hacer creer que hice trampa. El amo en todo caso, no vamos —resulta que ellos echan agua en su vino—, no vamos, salvo en caso de absoluta necesidad, a ocuparnos de él, se comprobaría que es un simple funcionario muy arriba en el escalafón, con un juego así se acabaría por necesitar a Dios, por apurado que se esté hay bajezas que es preferible evitar. Sigamos en familia, es más íntimo, nos conocemos, no hay que temer sorpresas, se ha visto el testamento, no hay nada en él para nadie. Ese ojo, resulta curioso cómo ese ojo reclama la mirada, suplica que nos ocupemos de él, que se le ayude, no se sabe exactamente a qué, a no llorar más, a mirar, a arder, a cerrarse. Sólo se le ve a él en ese rostro, a partir de él se busca un rostro, a él volvemos al no haber hallado nada, nada que valga, nada más que como regueros de ceniza, quizá sean largos cabellos grisáceos, cayendo más abajo que la boca, viscosos de viejas lágrimas, o los flecos de una capa harapienta, o dedos separándose, apretándose, esforzándose en obliterarlo todo, o todo eso junto, dedos, cabellos, harapos, enmarañados, inextricables. Suposiciones tan absurdas unas como otras, basta enunciarlas para desear no haber dicho nada, es cosa sabida, otro pasado, a menudo es deseable, otro que el suyo, cuando se lo conoce. Es calvo, está desnudo, y sus manos, puestas una vez por todas de plano sobre las rodillas, no corren riesgo de una infame añagaza. ¿Dónde está el

rostro, en tal caso? Todo esto son estupideces, tampoco creo en el ojo, aquí no hay nada, nada que ver, nada que vea, eso se cae por su propio peso, cuando se piensa en lo que sería un mundo sin papanatas, e inversamente, *brrr*. Por consiguiente, no hay espectador, ni lo que es más, no hay espectáculo, esto ya es menos. Si este ruido pudiera cesar, ya no habría nada que decir. Me pregunto acerca de quién trata la emisión en este momento. Posiblemente acerca de Worm. Mahood está abandonado. Yo aguardo mi turno. Sí, no desespero, en fin de cuentas, de lograr un día llamar la atención acerca de mi caso. No es que ofrezca el menor interés, caramba, aquí debe de haber un error, no es que sea particularmente interesante, por supuesto, he supuesto, pero es mi turno, yo también tengo derecho a que se me reconozca imposible, me parece. Esto no acabará nunca, es inútil hacerse ilusiones, sí, sí, ellos verán, después de mí se habrá acabado, desistirán, dirán: «Todo eso no existe, son cuentos que nos contaron, le contaron cuentos», que él, el amo, que no sabemos, el sempiterno tercero, él es el responsable de este estado de cosas, el amo no intervino en nada, ellos tampoco, yo menos que nadie, sufrimos la equivocación de echárnoslo en cara los unos a los otros, el amo a mí, a ellos, a sí mismos, ellos a mí, al amo, a ellos mismos, yo a ellos, al amo, a mí mismo, y todos somos inocentes, basta. Inocentes de qué, nadie lo sabe con exactitud, de querer saber, de querer poder, de todo ese ruido, en torno a nada, para nada, de esa prolongada ofensa al silencio en que cada cual se baña, ya no se busca saberlo, lo que ella cubre, esa inocencia en la que se cayó, ella lo cubre todo, todas las faltas, a las que se deben las preguntas, ella pone fin a las preguntas. Entonces eso se habrá acabado, gracias a mí, se habrá acabado, ellos se irán, uno a uno, o caerán, se dejarán caer, allí donde están, no volverán a moverse, gracias a mí, que no habré comprendido nada de cuanto creyeron debían decir, que no habré podido hacer nada de cuanto creyeron querer que yo hiciera, y el silencio volverá a descender sobre todos nosotros, se posará, como sobre el circo, después de la matanza, la arena convertida en polvo. Perspectiva embrujadora si las hubo, empiezan a ser de mi opinión, después de todo quizá tenga una, me hacen decir: «Con sólo esto, con sólo aquello», lo digo, pero son ellos los que piensan, no, tampoco ellos lo piensan. Existen muchas probabilidades de que sea incapaz de desear o de deplorar cualquier cosa. Parece difícil, en efecto, que alguien, si me atrevo a llamarme así, pueda aspirar a una situación de la que él, pese a las descripciones entusiastas que se le prodigaron, no posee la menor noción, o desear seriamente el cese de esa otra, no menos ininteligible, que es la única que alguna vez le depararon. Este silencio que tienen siempre en la boca, de donde habrá salido, adonde regresará realizado su número, no sabe qué es, como tampoco qué es lo que tiene que hacer, para merecerlo. Se trata del empollón, de ese al que siempre se acude cuando las cosas no marchan bien, habla continuamente de méritos y de situaciones, de las que ha salvado más de una, sufrimientos también, sabe reanimar los ardimientos, detener el desastre, sólo con arrojar esa gran frase a la balanza, dispuesto a más, cuando todo haya vuelto a estar en orden. Pero qué sufrimiento, pues él sufrió

siempre, ese que arroja un frío de nuevo. Pero se rehace pronto, una vez más lo arregla todo, haciendo intervenir las célebres nociones de cantidad, costumbre, desgaste, y otras que omite, lo que le permite, en el hipo siguiente, declararlas inaplicables al caso que le ocupa, pues no sabe qué es perder la cabeza. Pero, ver más arriba, no están ya inclinados hacia mí, mirándome, hasta dolerles el cuello, dolerles los riñones, qué digo, ¿hicieron nunca otra cosa, desde que...? —nada, sobre todo, de precisiones temporales—, y otra pregunta, ¿qué hago yo en esas historias de Mahood y de Worm?, o mejor, ¿qué hacen ellos en la mía?, he ahí pan en la tabla^[8], que se enmohezca en ella. Lo sé, lo sé, atención, esta vez es la gran jugada, todo eso es la única y hasta con reclamo, sin rebabas, la misma de siempre, a saber: «Veamos, querido, he aquí, he aquí lo que eres, mira esta foto, y he aquí la ficha, ninguna condena, te lo aseguro, haz un esfuerzo, a tu edad hallarse sin identidad es una vergüenza, te lo aseguro, mira esta foto, cómo, no ves nada, es cierto, no importa, anda, mírame esta cabeza de consumido, verás, estará bien, no durará mucho, y mira, he aquí los antecedentes, desacato a los agentes, al pudor, al culto, a los magistrados, a los superiores, a los inferiores, a la razón, sin vías de hecho, mira, sin vías de hecho, eso no es nada, estarás bien, verás, dices, si trabaja, pero veamos, imposible, mira, he aquí el informe sanitario, tabes espasmódico, gomas indoloras, digo bien, indoloras, todo es indoloro, reblandecimientos múltiples, esclerosis diversas, insensible a los golpes, vista cansada, dispéptico, aliméntesele con precaución, a base de excrementos, pérdida de oído, corazón irregular, humor constante, pérdida de olfato, duerme bien, ¿quieres más todavía?, destinado a servicios auxiliares, inoperable, intransportable, mira, aquí está la cabeza, no, no, en el otro extremo, te lo aseguro, es una oportunidad, gusta, si bebe, pero veamos, es su pasión, dices, padre y madre, muertos ambos, con siete meses de intervalo, él en el momento de la concepción, ella en el del nacimiento, te lo aseguro, no hallarás nada mejor, a tu edad, seguir sin forma, qué pena, mira, he aquí la foto, verás, estarás bien, ¿qué es eso, en tales condiciones?, un instante pasajero, en la tierra, después la paz, allá abajo, es el único medio, créeme, de liberarte, como dices, si no tengo otra cosa, pero ciertamente, ciertamente, aguarda, yo también, me he preguntado, aguarda, si tú en realidad no eres, aguarda, ya está, aquél, pero antes quería, cómo, no lo entiendes, yo tampoco, no importa, no es éste el momento de reírse, sí, yo tenía razón, esta vez seguro que eras tú, mira, he aquí la foto, mírame esto, no durará mucho ya, es menester que te apresures, es una ocasión, y patatí patatá, hasta que me deje tentar, no, no es cierto, ellos bien lo saben, no comprendí, no me moví, estoy bien, estaré bien, cuando se hayan ido, no me moví, cuanto dije, dije haber hecho, haber sido, fueron ellos quienes lo dijeron, pero yo no dije nada, no salí, ellos no comprenden, no puedo salir, creen que no quiero hacerlo, que sus condiciones no me convienen, que acabarán por dar con condiciones que me convengan, entonces saldré, se habrán apoderado de mí, por el costado, así veo la cosa, no, no veo nada, ellos no comprenden, no puedo ir hacia ellos, es menester que vengán a buscarme, si quieren cogerme, no es Mahood quien

me hará salir, Worm tampoco, ellos confían mucho en Worm, para atraerme hacia el exterior, él no era como los otros se dice, es posible, para mí, es análogo, no comprenden, no puedo moverme, estoy bien aquí, estaré bien, si ellos quieren dejarme, que vengan a buscarme, si me quieren coger, no hallarán nada, podrán irse, con la conciencia tranquila. O si es uno solo, como yo, podrá partir, sin temor a los remordimientos, toda vez que perdió su vida en hacer lo imposible, y más allá, o quedarse aquí conmigo, lo que podría sucederle, lo que me daría un semejante, sería estupendo, mi primer semejante, eso haría época, saberme un semejante, no, no, sabré nada, no importa, sería estupendo de todos modos un semejante, un congénere, no haría falta que se me pareciera, se me parecería, forzosamente, no tendría más que dejarse ir, podría creer cuanto quisiera, de momento, que no podía más, o que el sitio le gustaba, podría incluso exclamar: «No iré más lejos», de tener la costumbre de anunciar sus decisiones, en alta voz, para mejor conocerlas, podría incluso agregar, útil a todos los fines: «Por ahora». Ésta sería su última sandez, no tendría más que abandonarse a sí mismo, desaparecería, no sabría nada más, estaríamos allí los dos, cada cual ignorándose, ignorándose el uno al otro, es un hermoso sueño que me acabo de forjar, un sueño excelente. Y que no ha concluido. Pues he aquí a otro que llega, a hostigar a su colega, a hacerlo salir, a que vuelva a él, a los suyos a fuerza de amenazas, de promesas, de cuentos de cuna, de juegos de arco, etc., para hacer salir a su colega, como éste a mí, es eso, es eso, henos aquí a los tres, aún es más comfortable, y no ha concluido, es un sueño interminable, se trata sólo de dormir, y aún, es como en la canción «Un perro entró en la cocina, y pilló una morcilla, por lo que a golpes de no sé qué, el cocinero lo hizo papilla»; segunda estrofa, «Los otros perros al verlo, le hicieron un buen entierro, al pie de una cruz de leño, donde lee el pasajero»; tercera estrofa, como la primera, la cuarta, como la segunda, la quinta, como la tercera, ¿queréis más? a petición, a petición, henos aquí cien, mil, hay sitio, repleto de vivientes, estaréis bien, veréis, no volveréis a nacer nunca, qué digo, nunca habréis nacido, y traed a vuestros niños, nuestros suplicios les serán agradables, después de lo que les habéis hecho. Pero en realidad, no seremos ya numerosos, una multitud, a título de qué me lisonjearé de ser el primero, no seré acaso el último, en el tiempo se entiende, he aquí preguntas con tal que no se les ocurra contestarlas. Por otra parte, ¿qué pueden estar maquinando, a buen seguro, en hora tan tardía, como ésta? ¿Se habrán, al fin, decidido a abordarme francamente, de cara? Se diría que sí. En tal caso caerá el telón en breve plazo. Oíd, oíd, yo era como ellos, antes de ser como soy, mierda pues, he aquí una faena de la que no me saldré de buenas a primeras, está bien, se ha dado el asalto, en pie el muerto, a las horcas, espermatozoide. Yo también, cansado de defender una causa incomprensible, a veinte centavos los mil efectos de manga, me he dejado caer, entre los contumaces, bonita imagen telescopiando el espacio, eso debe de ser el Premio Goncourt, ellos tratan de adormecerme, a distancia, temen que no me defienda, quieren capturarme vivo, para poderme matar, así habré vivido, ellos me creen vivo, si hubiera un cadáver delataría

la exhumación, tampoco en un vientre, no ha sido contratada la ramera que me largará, he aquí lo que debería restringir singularmente el campo de las investigaciones, una esperma que muere, de frío, en las sábanas, agitando débilmente su colita, quizá sea yo una esperma secándose, en las sábanas de un mozalbete, es largo, se ha de considerar todo, no hay que tener miedo de decir una tontería, ¿cómo saber que lo es, antes de haberla dicho?, y ésta es una, ahora que es irrevocable, por la buena razón, estúpida ella también, o a punto de serlo, a menos que se les escape, imaginaos, el ladino está ahí, que cuente eso, como vida, como matanza, está admitido, confesadlo, hay gentes que tienen la oportunidad, nacidas de un sueño lúbrico, poniendo las cosas lo mejor posible, muertos antes del alba, toma, es enteramente el ambiente, no, no ha nacido, el testículo que me quiera, esto es recíproco, un vislumbre aún de j. Una pasada más por la parte de Mahood, por la parte de Worm, es nuestra última oportunidad, pero, en fin, qué tienen en el cráneo, ya no hay nada, nunca hubo nada que sacar de esas historias, yo tengo la mía, que ellos me la digan, verán que tampoco hay nada que sacar de ella, verán que tampoco hay nada en mí, se habrá acabado, ese infierno de historias, se diría que soy yo el que los insulto, siempre el mismo truco, ah, los pobres tipos, acabaré por insultarlos quizá sabrán qué es constituir tema de conversación les daré frases que no se darían a un perro, una oreja, una boca, con algunas migajas de entendimiento en medio, me vengaré, algunas migajas de entendimiento, verán qué es eso, les meteré un ojo en alguna parte del montón, así, hacia donde se supone que ha de estar la caza, ocasiones en las que podrá extraviarse algo delante, me sentaré encima y les ciscaré historias, fotos, expedientes, parajes, luces, dioses, prójimos, toda la vida de cada día, gritando: «Naced, queridos amigos, naced, entradme en el trasero, veréis que es bueno retorcerse allí, no durará mucho, tengo diarrea». Verán qué es eso, que no resulta cómodo, que tiene un gusto especial, que no es para todo el mundo, que hay que nacer vivo, que no es algo que se adquiere, lo que acaso les enseñe a dejarme en paz. Sí, pero ahí está la cosa, no podré, ya no lo podré, quizá lo pude, antes, cuando me esforzaba, conforme a mis instrucciones, en volver al redil al ser querido, me dijeron que era querido, que me era querido, que yo le era querido, que nos éramos queridos, toda la vida le conté chistes, al querido desaparecido, preguntándome a qué se podía parecer, dónde pudimos conocernos, toda la vida, casi toda, en fin, no hay casi, toda mi vida, antes de encontrarlo, les soy querido, ellos me son queridos, bienvenido sea, ellos se nos juntarán, uno a uno, lástima que sean innumerables, una multitud, aquí es lo mismo, querido depósito de transfugas, que no se llenará nunca, decididamente todo es querido esta noche, no importa, los otros no oyen nada, el último es el que recibe, mi desaparecido, el que está junto a mí, para él se acabó, al lado nada, debajo de mí, estamos apilados, no, esto tampoco marcha, no importa, es un detalle, para él se acabó, para él, el penúltimo, para mí también se habrá acabado, para mí, el último, ya no oiré nada, no tengo nada que hacer, sólo esperar, larga cosa, vendrá a echarse encima de mí, a mi lado, mi fiel verdugo, a él le tocará sufrir lo que me hizo sufrir,

para mí la paz. ¿Cómo se arregla todo?, la paciencia lo consigue, el tiempo que pasa, la tierra que gira es la que lo consigue, consigue que la tierra no gire más, que el tiempo no pase más, que el sufrimiento cese, no hay más que esperar, sin hacer nada, eso de nada sirve, sin comprender nada, lo que nada adelanta, y todo se arregla, nada se arregla, nada, nada, esto no terminará nunca, esta voz no se detendrá nunca, estoy solo aquí, el primero y el último, no hice sufrir a nadie, no puse fin a los sufrimientos de nadie, nadie acudirá a poner fin a los míos, ellos no se irán nunca, no me moveré nunca, jamás tendré paz, ellos tampoco, pero he aquí que ellos dicen que no desean, que yo tampoco deseo, la paz, después de todo es posible, cómo iba a desearla, en qué consiste, y esa historia de sufrimientos, qué es, ellos dicen que sufro, es posible, que estaría mejor si hiciera esto, si dijera aquello, si me moviera, si comprendiera, si ellos se callaran, si se fueran, es posible, qué queréis que sepa de estas cosas, qué queréis que comprenda en lo que dicen, no me moveré nunca, no comprenderé nunca, no hablaré nunca, ellos no se callarán nunca, no se irán nunca, no me tendrán nunca, no renunciarán nunca a tenerme, un punto es todo, escucho. Prefiero eso, debo decir que prefiero eso, qué eso, oh, vosotros sabéis, ¿quién vosotros?, debe ser el auditorio, caramba, hay un auditorio, es un espectáculo, se paga la localidad y se espera, o quizás es gratuito, un espectáculo gratuito, se espera que eso empiece, ¿qué eso?, el espectáculo, se espera que el espectáculo empiece, el espectáculo gratuito, o quizá sea obligatorio, un espectáculo obligatorio, se espera que eso empiece, el espectáculo obligatorio, es largo, se oye una voz, tal vez sea un recitado, ése es el espectáculo, alguien que recita, fragmentos escogidos, ensayados, seguros, una matinal poética, o improvisa, apenas se le oye, eso es el espectáculo, no se puede marchar, se tiene miedo de marcharse, por otra parte acaso sea peor, uno se arregla como puede, se dan explicaciones, vinimos demasiado pronto, haría falta el latín, no ha empezado todavía, no ha hecho más que preludiar, que aclararse la garganta, sólo en su camerino, va a mostrarse, va a empezar, dónde está el director de escena, da sus instrucciones, sus últimas indicaciones, va a alzarse el telón, ése es el espectáculo, esperar el espectáculo, al rumor de un murmullo, se conversa, ¿se trata, en fin de cuentas, de una voz?, quizá sea el aire, subiendo, bajando, estirándose, arremolinándose, buscando una salida entre los obstáculos, ¿y dónde están los otros, los demás espectadores?, no se había advertido, en el atornillamiento de la espera, que se espera a solas, ése es el espectáculo, esperar solo, en el aire inquieto, a que eso empiece, a que algo empiece, a que haya otra cosa que uno mismo, a que uno se pueda ir, a ya no tener miedo, uno se habla, quizá se está ciego, sin duda se está sordo, el espectáculo terminó, todo ha concluido, pero, ¿dónde está, pues, la mano, la mano amiga, o simplemente piadosa, o que ha pagado por esto?, tarda en llegar, en tomar la vuestra, en conducirnos fuera, ése es el espectáculo, no cuesta nada, esperar solo, ciego, sordo, no se sabe dónde, no se sabe qué, que una mano llegue, a sacarnos de ahí, a conducirnos afuera, donde acaso sea peor. Esto en cuanto al vosotros, aquí nos paramos, acerca del vosotros. Y ahora el eso, que lo prefiero, debo decir que

prefiero, qué memoria, verdadero papel cazamoscas, no sé, ya no lo prefiero, es cuanto sé, entonces no merece la pena ocuparse de ello, de una cosa que ya no se prefiere, ved eso, ocuparse de eso, jamás, es menester esperar, descubrirse una preferencia, entonces será llegado el momento de entregarse a una investigación en regla. Por lo demás, leones, leones, nunca se sabe, por lo demás, su actitud respecto a mí no ha cambiado, me equivoqué, ellos se equivocaron, me equivocaron, quisieron equivocarme al decirme que su actitud hacia mí había cambiado, pero no me equivocaron, no comprendí lo que querían hacer, lo que querían hacerme, digo lo que me dijeron que dijera, un punto es todo, y aun así, no sé, no me noto la boca, no noto que las palabras se me atropellen en la boca, y cuando se dice un poema que nos gusta, cuando nos gusta la poesía, en el metro, o en la cama, para uno mismo, las palabras están allí, en algún sitio, sin hacer el menor ruido, tampoco noto eso, las palabras que caen, no se sabe dónde, no se sabe de dónde, gotas de silencio a través del silencio, no lo noto, no me noto la oreja, y, ¿qué no?, allá penas, ¿tampoco me noto la oreja?, respondedme francamente si es que me noto la oreja, y, ¿qué no?, allá penas, tampoco me noto la oreja, mal va esto, buscad bien, debo notarme algo, sí, me noto algo, ellos dicen que noto algo, no sé qué, no sé lo que noto, decidme qué noto, os diré quién soy, ellos me dirán quién soy, no comprenderé, pero se habrá dicho, ellos habrán dicho quien soy, y yo lo habré oído, sin oreja lo habré oído, y lo habré dicho, sin boca lo habré dicho, lo habré oído fuera de mí, después, al momento, en mí, quizás es eso lo que noto, que hay un fuera y un dentro y yo en medio, quizás es eso lo que soy, lo que divide el mundo en dos, de una parte el fuera, de otra el dentro, quizá sea una separación delgada como una hojilla, no estoy ni de un lado ni del otro, estoy en medio, soy el tabique, tengo dos caras pero no grosor, tal vez sea eso lo que noto, me noto el que vibra, soy el tímpano, de un lado está el cráneo, del otro el mundo, no soy ni el uno ni el otro, no es a mí a quien se habla, no es en mí en quien se piensa, no, no es eso, nada noto de todo eso, intentad otra cosa, pandilla de cerdos, decid otra cosa, que yo lo oiga, no sé cómo, que yo la repita, no sé cómo, qué groseros de todos modos, decir siempre lo mismo, hacerme decir siempre lo mismo, cuando saben que no es lo que se debiera decir, no, ellos tampoco saben nada, olvidan, creen cambiar cuando no cambian nunca, ahí seguirán diciendo lo mismo hasta que mueran, entonces acaso se produzca un breve silencio, hasta que el equipo siguiente esté en el tajo, sólo yo soy inmortal, qué queréis, no puedo nacer, tal vez sea ese su cálculo, decir siempre lo mismo, generación tras generación, abrumarme siempre con lo mismo, hasta que, sacándome de quicio, me ponga a gritar, entonces dirán: «Ha dado vagidos, son los estertores, era forzoso, vayámonos, es inútil asistir a esto, hay otros que nos aguardan, él acabó, sus desdichas se acabaron, sus desdichas van a empezar, sus desdichas se van a acabar, se ha salvado, nosotros lo hemos salvado, todos son iguales, todos se dejan salvar, todos se dejan nacer, ha sido un hueso duro de roer, hará una buena carrera, en el furor, en el remordimiento, no se perdonará nunca», y se irán así, charlando así, en fila india, o de dos en dos, a lo largo

de la playa, se trata de una playa, por los guijarros, por la arena, entre el aire nocturno, se trata de la noche, es cuanto se sabe, la noche, las sombras, en cualquier parte, en la tierra. Sí, pero ahí está mi quicio, no saldré de él, la noche tampoco, esto no es seguro, no es necesario, también el alba proyecta largas sombras de cuanto aún se halla en pie, todo eso es lo que cuenta, sólo cuenta la sombra, sin vida propia, sin forma ni descanso, quizá se trate del alba, noche de la noche, la cuestión no es esa, se irán, se irán así, hacia mis hermanos, no, nada de eso, nada de hermanos, eso es, retractaos, no saben, se van, sin saber adonde, hacia el amo, es posible, notadlo bien, es posible, para que los libere, para ellos se acabó, para mí esto empieza, empieza el fin, ellos se detienen, a escuchar mis gritos, ya no se detienen, sí, se detendrán, mis gritos se detendrán, de tanto en tanto, me detendré de gritar, para oír, si no me responde nadie, para mirar, si no llega nadie, y después me iré, cerraré los ojos y me iré, gritando, a gritar en otra parte. Sí, pero ahí está mi boca, no la abriré, no podré, no tengo boca, no es problema, me crecerá una, primero un agujerito, que después se irá agrandando, se irá profundizando, el aire se precipitará en mí, el aire vivificador, y volverá a salir en seguida, dando alaridos. Pero, ¿no es demasiado pedir, no es demasiado, pedir tanto a tan poco, sin saber si es útil? ¿Y no bastaría, sin que nada haya variado en la cosa tal cual, tal como fue siempre, sin que venga a abrirse una boca allí donde ni siquiera las arrugas lograron grabarse? ¿No bastaría...? El hilo se ha perdido, da lo mismo, tomemos otro, de un pequeño movimiento, de un detalle que se cae, se levanta, será a modo de un papirotazo, todo el asunto se resentiría de ello, formaría una bola de nieve, pronto sería la agitación generalizada, la locomoción misma, viajes propiamente dichos, de negocios, de estudios, de placer, desplazamientos consentidos libremente, paseos sentimentales y solitarios, indico las líneas generales, deportes, noches blancas, ejercicios de elasticidad, ataxia, espasmos, rigidez cadavérica, desprendimiento de la osamenta, esto debería bastar. Es que se trata de una cuestión de palabras, de voz, no hay que olvidarlo, se ha de procurar no olvidarlo del todo, se trata de algo que hay que decir, por ellos, por mí, esto no está claro, hay que preguntarse si todo este revoltijo de vida y de muerte no les es perfectamente extraño, tanto como a mí. El hecho es que ya no saben dónde están, dónde estoy, yo no lo he sabido nunca, estoy donde estuve siempre, no sé dónde, ignoro lo que designa, o si no habré llegado allí todavía, no estoy en parte alguna, eso es lo que les inquieta, quieren que esté en algún sitio, cualquiera que sea, si pudieran pararse a raciocinar, acerca de ellos, acerca de mí, acerca del objetivo que ha de alcanzarse, y simplemente seguir, puesto que es menester, hasta el agotamiento, no, eso tampoco, simplemente seguir, sin la ilusión de haber empezado algún día, de poder un día concluir, pero es demasiado difícil, demasiado difícil, sin finalidad alguna, sin desear un fin, una razón de ser, un tiempo en el que no se existía. Difícil también no olvidar, en su anhelo de algo que hacer, para ya no tener que hacerlo, para que eso sea algo menos que tener que hacer, que no haya nada que tener que hacer, nada especial que hacer, nada hacedero que hacer. Inútil también, en el anhelo, en la

sed, en el hambre, no, ninguna necesidad de hambre, la sed basta en la sed, inútil contarse cuentos, para pasar el tiempo, los cuentos no hacen pasar el tiempo, nada lo hace pasar, eso no hace nada, resulta que se cuentan cuentos, después se cuenta cualquier cosa, diciendo: «Esto ya no son cuentos», cuando en realidad siguen siendo cuentos, o, mejor, no ha habido nunca cuentos, eso ha sido siempre cualquier cosa, siempre se ha contado cualquier cosa, desde los más lejanos tiempos que se recuerdan, no, desde un poco menos lejos que eso, no se recuerda nada, siempre cualquier cosa, siempre la misma cosa, para pasar el tiempo, después, al no pasar el tiempo, para nada, en la sed, queriendo detenerse, no pudiendo detenerse, buscando por qué, por qué esa necesidad de hablar, esa necesidad de detenerse, esta imposibilidad de detenerse, hallando porqué, no hallándolo ya, volviendo a hallarlo ya, no buscando ya, buscando todavía, hallando todavía, no hallando ya, no buscando ya, buscando todavía, no hallando nada, hallando al fin, no hallando ya, no hallando ya, buscando siempre, no buscando ya, hablando siempre, buscando todavía, preguntándose qué, de qué se trata, buscando lo que se busca, exclamando: «¡Ah, sí!» suspirando «¡Pero no!», gimiendo «¡Basta!», exclamando «¡Aún no!», buscando siempre, perdiendo la bola, buscando la bola, contando siempre, cualquier cosa, siguiendo buscando, cualquier cosa, en la sed de ya no se sabe qué, ah, sí, de cualquier cosa que hacer, pero no, ya no hay nada que hacer, desde cuándo, desde siempre, y luego basta, a menos que, a veces, busquemos por allí, un esfuerzo más, busquemos qué, es cierto, tratemos de saber, antes de buscar lo que se busca, antes de buscar por allí, por dónde, hablando siempre, buscando siempre, en sí, fuera de sí, no buscando ya, perdiendo la bola, maldiciendo a Dios, no maldiciéndolo ya, no pudiendo ya hacerlo, pudiendo siempre, buscando siempre, en la naturaleza, en el entendimiento, sin saber qué, sin saber dónde, dónde está la naturaleza, dónde está el entendimiento, qué es eso que se busca, quién es ése que busca, buscando quién se es, error último, dónde se está, qué se hace, qué se les ha hecho, qué os hicieron, hablando siempre, dónde están los demás, los que hablan son los demás, es a mí a quien hablan, es de mí del que hablan, los oigo, yo estoy mudo, qué es lo que quieren, qué les he hecho yo, qué es el que le he hecho a Dios, qué es lo que le han hecho a Dios, qué es lo que Dios nos ha hecho, no nos hizo nada, nosotros nada le hicimos, no podemos hacerle nada, no puede hacernos nada, somos inocentes, él es inocente, nadie tiene la culpa, qué es eso que no es culpa de nadie, este estado de cosas, qué estado de cosas, así es, así sea, estate tranquilo, será así, qué es lo que será así, cómo así, hablando siempre, en la sed, perdiendo la bola, buscando siempre, no buscando ya, siguiendo buscando, qué es lo que quieren, que yo sea esto, que sea aquello, que grite, que me mueva, que salga de aquí, que nazca, que muera, que escuche, escucho, no es bastante, que comprenda, intento hacerlo, no puedo, no lo intento, no puedo intentarlo, estoy harto, el pobre, ellos también, que digan lo que quieran, que me den algo que hacer, algo hacedero, para mí, los pobres, no pueden, no saben, se parecen a mí, cada vez necesito menos de ellos, menos de nadie, nadie puede nada, soy yo el

que habla, es inútil contarse cuentos, en la sed, en el hambre, en el hielo, en el horno, no se nota nada, qué cosa más curiosa, no se nota una boca, no se nota ya la boca, no se necesita una boca, las palabras están en todas partes, en mí, fuera de mí, entonces, de pronto carecía yo de grosor, los oigo, no necesito oírlos, no necesito tener una cabeza, imposible pararlos, imposible pararse, soy palabras, estoy hecho de palabras, de palabras de los demás, ¿qué demás?, el sitio también, el aire también, las paredes, el suelo, el techo, palabras, todo el universo está aquí, conmigo, yo soy el aire, las paredes, lo emparedado, todo cede, se abre, cae, regolfa, copos, soy todos esos copos que se entrecruzan, se unen, se separan, donde quiera que vaya me vuelvo a hallar, me abandono, voy hacia mí, vengo de mí, nunca más que yo, que una partícula de mí, recobrada, perdida, fallada, palabras, soy todas esas palabras, todas esas extrañas palabras, este polvo de verbo, sin suelo en el que posarse, sin cielo en el que disiparse, reuniéndose para decir, huyéndose para decir, que yo las soy todas, las que se unen, las que se separan, las que se ignoran, que soy eso y no otra cosa, sí, cualquier otra cosa, que soy otra cosa cualquiera, una cosa muda, en un lugar duro, vacío, cerrado, seco, limpio, negro, en el que nada se mueve, nada habla, y que escucho, y que oigo, y que busco, como un animal nacido en una jaula de animales nacidos en jaula de animales nacidos en jaula de animales nacidos en jaula de animales nacidos en jaula de animales nacidos en jaula de animales nacidos y muertos en jaula de animales nacidos y muertos en jaula de animales nacidos en jaula, muertos en jaula, nacidos y muertos, nacidos y muertos en jaula en jaula nacidos y después muertos, nacidos y después muertos, como un animal digo, dicen ellos, un animal semejante, que busco como un animal semejante, con mis pobres medios, un animal semejante, de cuya especie ya no queda más que el miedo, la rabia, no, la rabia concluyó, que el miedo, después nada de cuanto le ocurría más que el miedo, centuplicado, el miedo de la sombra, no es ciego, nació ciego, del ruido, si se quiere, es menester, es menester algo, lástima, es así, miedo del ruido, miedo de los ruidos, ruidos de los animales, ruidos de los hombres, ruidos del día y de la noche, basta esto, miedo de los ruidos, más o menos, más o menos miedos, todos los miedos, aquí no hay más que uno, que uno solo, continuado, día y noche, qué es eso, son pasos que van y vienen, son voces que hablan un instante, son cuerpos abriéndose paso, es el aire, son las cosas, es el aire por entre las cosas, basta esto, que busque como él, no, como él, no, como yo, a mi modo, qué digo, a mi estilo, que busque, qué es lo que busco ahora, eso que busco, estoy buscando, es que es eso, eso debe de ser, no puede ser más que eso, qué es eso, qué puede ser eso, lo que eso pueda muy bien ser, que, eso que busco, no, lo que oigo, vuelve a mí, todo me vuelve, busco, oigo decir que busco lo que puede muy bien ser, lo que oigo, eso vuelve a mí, y de dónde puede venir eso, hasta mí, puesto que en mí enmudece todo, y las paredes son espesas y cómo hago yo, sin notarme una oreja, sin notarme una cabeza, ni un cuerpo, ni un alma, cómo hago yo, para hacer qué, más para no hacer nada, como hago yo, esto no está claro, decís que no está claro, voy a buscar, voy a buscar lo que falta, para que

todo esté claro, siempre estoy buscando, es fastidioso, a la postre, y esto no hizo más que empezar, cómo hago yo, para hacer qué, para que todo esté claro, cómo hago yo, en estas condiciones, para hacer lo que hago, a saber, lo que hago, lo que hago, hay que descubrir lo que hago, decidme lo que hago, preguntaré cómo es posible, escucho, decís que escucho, y que busco, no es cierto, no busco nada, ya no busco nada, en fin, sigamos, no insistamos, y que yo busque, ellos están refrescándome la memoria, y que yo busque, primero, qué es eso, segundo, de dónde viene y tercero, cómo hago yo, ya está, cómo hago yo, para hacerlo, en vista de esto, teniendo en cuenta aquello, dado que ya no sé qué, esto está claro, cómo hago yo, para oír, y cómo hago yo, para comprender, esto no es cierto, con qué comprendería yo, por eso me lo pregunto, cómo hago yo, para comprender, oh, no la mitad, ni la centésima parte, ni la cincomilésima parte, sigamos dividiendo por cincuenta, ni el cuarto de millonésima, esto basta, pero un poco de todos modos, es menester, vale más así, es lástima, así es, con todo un poquito, lo menos posible, es apreciable, esto basta, el sentido general de una expresión entre mil, entre diez mil, sigamos multiplicando por diez, nada más reposante que el cálculo, entre cien mil, entre un millón, es demasiado, es demasiado poco, nos hemos equivocado, no importa, aquí apenas se cambia, de una expresión a la otra, quien capta una las capta todas, no es éste mi caso, todas, según vais, siempre por el todo, el todo que es todo, el todo que es nada, nunca en el medio, nunca, siempre, es demasiado, es demasiado poco, a menudo, rara vez, resumamos, tras esta digresión, estoy yo, lo noto, sí, lo confieso, lo acepto, estoy yo, es menester, esto va mejor, no lo hubiera dicho, no lo diré siempre, me aprovecho de ello, de tener que decir, es un modo de hablar, que estoy yo, de una parte, y ese ruido, de la otra, nunca lo dudé, no, seamos lógicos, nunca ofreció dudas, ese ruido, de la otra, si es que es la otra, ésta será sin duda la materia de nuestra próxima deliberación, quiero decir que ha llegado el momento de tratar a fondo esta cuestión, con la cabeza descansada, resumo, ahora que estoy ahí soy yo el que resumiré, soy yo el que diré y soy yo el que diré lo que habré dicho, será divertido, resumo, yo y ese ruido, no veo nada más de momento, pero no he hecho más que entrar en funciones, yo y ese ruido, y cuando eso sería, no me interrumpáis, hago lo que puedo, repito, yo y ese ruido, dos cosas, acerca de las cuales, invirtiendo el orden natural, al fin parece sabido, entre otras cosas, lo que sigue, esto, es, de una parte, en cuanto al ruido, que no ha sido posible hasta el momento determinar con certeza, ni siquiera con verosimilitud, qué es, en cuanto ruido, ni cómo llega hasta mí, ni qué órgano lo emite, ni qué órgano lo percibe, ni qué inteligencia lo capta, en sus líneas generales, y, de otra parte, es decir, en cuanto a mí, esto será más largo, en cuanto a mí, esto será divertido, que aún no ha sido dado establecer con el menor grado de precisión lo que soy, dónde estoy, si soy palabra entre palabras, o si soy el silencio entre el silencio, para no recordar sino dos de las hipótesis propuestas a este respecto, aunque a decir verdad el silencio no se haya hecho notar mucho hasta el momento, pero no hay que prestar atención a las apariencias, continúo, no ha quedado establecido, entre otras

cosas, lo que soy, no, ya se advirtió, lo que hago, cómo hago para oír, si es que oigo, si soy yo el que oye, y quien puede dudarle, no sé, la duda está ahí, a este respecto, en algún sitio, continuo, cómo hago, para oír, si soy yo el que oye, y cómo para comprender, eclipse a ser posible, esto hace ganar tiempo, cómo para comprender, la misma reserva, y cómo se hace eso, si soy yo el que habla, y cabe suponerlo como cabe dudarle, si soy yo el que habla, que yo hablo, sin parar, que tenga ganas de pararme, que no pueda pararme, indico las líneas generales, la sinopsis es así mayor, continuo, no está establecido, en cuanto a mí, si soy yo el que busca, lo que exactamente busco, encuentro, pierdo, vuelvo a encontrar, tiro, busco de nuevo, encuentro de nuevo, tiro de nuevo, no, nunca tiré nada, nunca tiré nada de cuanto encontré, nunca encontré nada que no haya perdido, nunca perdí nada que no hubiera podido tirar, si soy yo el que busca, encuentra, pierde, vuelve a encontrar, vuelve a perder, sigue buscando, ya no encuentra, ya no busca, sigue buscando, sigue encontrando, sigue perdiendo, ya no busca, si yo soy eso, y si eso no soy yo, qué es eso, y qué es eso, no veo nada más, de momento, sí, sí, concluyo, no está establecido, vista la inutilidad de contarse incluso cualquier cosa, para que el tiempo pase, para que yo lo haga, si soy yo quien lo hace, como si fuera menester razones para hacer cualquier cosa, para que el tiempo pase, no importa, uno se lo puede preguntar, para hacer memoria, para que el tiempo no pase, no os deja, porque viene a amontonarse a vuestro alrededor, instante a instante, por todas partes, cada vez más crecido el montón, cada vez más grueso, vuestro tiempo, el de los demás, el de los viejos muertos y el de los muertos por nacer, por qué viene a enterraros con cuentagotas ni muerto ni vivo, sin memoria de nada, sin esperanza de nada, sin conocimiento de nada, sin historia ni porvenir, sepultado bajo los segundos, contando cualquier cosa, con la boca llena de arena, evidentemente, ésta es la cuestión, el tiempo y yo, hacen dos, pero uno se lo puede preguntar, por qué no pasa el tiempo, así, para hacer memoria, de pasada, para pasar el tiempo, creo que esto es todo, de momento, no veo nada más, ya no veo nada, de momento. Ya no hace falta que me plantee problemas, si soy yo, esos que me impiden encontrarme, a menos que se trate de algún otro, de dos otros, como decía el otro, ya no hace falta. Otras resoluciones, en cuanto a adoptar, eso es, atrevidamente, otras resoluciones. Hacer un uso abundante del principio de parsimonia, como si me fuera familiar, no es demasiado tarde para ello. Sobre todo suponer en adelante que lo dicho y lo oído son de la misma procedencia, evitando contradecir la posibilidad de suponer lo que eso sea. Situar esa procedencia en mí, sin especificar dónde, nada de minuciosidades, toda vez que es preferible todo a la conciencia de terceros y, más en general, de un mundo exterior. Llevar según se necesite esta comprensión hasta no tener en cuenta más que a un sordo excepcionalmente débil de espíritu, no oyendo nada de lo que dice, ni antes ni demasiado tarde, y comprendiendo tan sólo, oblicuamente, el mínimo estricto. Evocar en los momentos difíciles, en que amenaza el desaliento con hacerse notar, la imagen de una gran boca idiota, roja, hociocuda, babeante, incomunicada, vaciándose

incansablemente, con un ruido de colada y de sonoros besos, de las palabras que la obstruyen. Rechazar de una vez por todas, al propio tiempo que la analogía con la condenación usual, toda idea de principio y de fin. Vencer, por supuesto, la funesta tendencia a la expresión. Tomarme, sin escrúpulos ni miramientos, por el que existe, de un modo cualquiera, poco importa el que sea, nada de minuciosidades, tomarme por aquél de quien esta historia, por un instante, pretendía ser la historia. Mejor, prestarme un cuerpo. Mejor aún, atribuirme un espíritu. Hablar de un mundo mío, también llamado mundo interior, sin perder el resuello. No dudar ya de nada. No buscar ya nada. Aprovechar el alma, el espesor, nuevos flamantes, para abandonar, con el único abandono posible, por dentro. Finalmente, en suma, adoptadas estas decisiones, y algunas más, continuar tranquilamente como en el pasado. Con todo, algo ha cambiado. Ni una palabra sobre Mahood, ni sobre Worm, desde, ah, sí, lo olvidaba, olvidaba hablar del tiempo, sin titubear, y, pienso en ello, por una natural asociación de ideas, utilizar el espacio con la misma desenvoltura, como si no estuviera taponado por todas partes, en algunas pulgadas, esto ya no está mal, algunas pulgadas, darme aires de ello, darme aires, en los que sacar la lengua, haberla sacado, seguirla sacando. Cuando lo pienso, es decir, no, no he dicho nada, cuando lo pienso, cuando el tiempo que he perdido con esos paquetes de serrín, empezando por Murphy, que no era el primero, cuando me tenía a mí, a domicilio, al alcance de la mano, desplomándome bajo mi propia piel y mis propios huesos, piel y huesos verdaderos muriéndome de soledad y de olvido, hasta el punto de llegar a dudar de mi existencia, y aún, hoy, no creo ni un segundo en ella, de modo que debo decir, cuando hablo: «El que habla», y buscar, y cuando busco: «El que busca» y buscar, y así sucesivamente y lo mismo en cuanto a las demás cosas que me ocurren y a las cuales es menester hallarles alguien, pues las cosas que ocurren necesitan de alguien al que le ocurran, es menester que alguien las detenga. Pero Murphy y los demás, concluyendo en nuestro par de osados, no podían detenerlas, no podían detener las cosas que me ocurrían, a ellos tampoco podía ocurrirles nada, nada de lo que me ocurría, tampoco nada más, no hay nada más, no nos paguemos más de palabras, que las cosas que me ocurren, como oír, como hablar, como buscar, que no pueden ocurrirme, que rondan a mi alrededor, como cuerpos en pena, en pena de fijarse, en pena de detenerse, no, como hienas, aullando y riendo ya no da lo mismo, les cerré mis puertas, yo no cuento, mis puertas les están cerradas, acaso se trata del silencio, de la paz, abrir sus puertas y dejarse devorar, ellas dejarán de aullar, se pondrán a comer, ellas las fauces que aúllan: «Abrid, abrid, estaréis bien, ya veréis». Cuanto bien hacen las vueltas atrás, los grandes giros de horizontes sin vela, entre dos zambullidas, es un placer, a fe mía, no poder ahogarse, en tales condiciones. Sí, pero he aquí que estoy lejos de mis puertas, lejos de mis paredes, sería menester despertar al que tiene las llaves, seguramente existe uno, lejos de mi charla también, volvamos allá, ya no esta allí, no está ya donde creí verlo, curiosa mezcla de lo duro y lo líquido, nunca la misma, o bien me equivoqué de lugar, sí, es el mismo, siempre ahí,

en el mismo lugar, lástima de que sea así, hubiera querido perderlo, hubiera querido perderme, quisiera perderme como en otros tiempos, en los tiempos en que tenía imaginación, cerrar los ojos y hallarme en un bosque, o en la orilla del mar, o en una ciudad en la que no conocía a nadie, es de noche, todo el mundo ha vuelto a sus casas, yo camino por las calles, tomo una tras otra, es la ciudad de mi juventud, busco a mi madre, para matarla, se tenía que haber pensado antes en ello, antes de nacer, llueve, estoy bien, camino por el centro de la calzada, dando grandes quiebros, ahora se acabó, con los ojos cerrados veo lo mismo que con los ojos abiertos, es decir, aguardad, voy a decirlo, voy a intentar decirlo, tengo curiosidad por saber qué puede ser eso, lo que veo, con los ojos abiertos, con los ojos cerrados, nada, ya no veo nada, entonces, qué decepción, esperaba más que eso, eso es no poderme perder, me planteo una cuestión, eso no poder ya perderme, no ver nada, cualquiera que sea el lado hacia el que me incline, ni, ciego, a esa pequeña criatura de numerosos disfraces que va y viene, que pasa de la sombra a la luz, que hace todo lo posible, buscando el medio de conseguirlo, para permanecer entre los vivos, para pasar de través, o encerrada, contemplando por la ventana el cielo cambiante siempre, es eso, ya no poder perderme, no sé qué es lo que veía en otros tiempos, cuando osaba mirar, no sé, no recuerdo. En cualquier caso héme aquí provisto de ojos, que abro y que cierro, dos ojos, tal vez azules, sabiendo que esto es inútil, pues también tengo una cabeza, al presente, en la que se sabe toda suerte de cosas, es de mí de quien hablo, ¿es posible?, seguro que no, he aquí otra cosa que sé, hablaré de mí cuando ya no hable más. Por otra parte, no se trata de hablar de mí, se trata de hablar, se trata de no hablar más, esta ligera confusión me parece de buen augurio, aún será menester que le encuentre un nombre a este último subrogado, con su cabeza crujiendo de viles certidumbres y sus ojos de muñeca, después, después, primero hay que describirlo más largamente, ver de qué es capaz, de dónde sale, cosa muy importante, dónde entra, en su cabeza sin duda, no vamos a recaer en el género picaresco, después de haber ensayado con los Mahood y los Worm. Ahora soy yo el que se desgañita, los sitiadores partieron, soy el amo abordo, después de las ratas, no me arrastro ya por entre los bancos, bajo la luna a la sombra de los garrotes, es curiosa esa mezcla de lo duro y lo líquido, un poco de aire en seguida y los elementos estarán completos, no, me olvidaba del fuego, no deja de ser un curioso infierno, pero quizá sea el paraíso, quizá sea la tierra, quizá las orillas de un lago bajo tierra, apenas se respira aquí, con todo se respira, no es seguro, no se ve nada, no se oye nada, no se oye el beso prolongado del agua muerta y el fango, allá arriba, sólo a una veintena de brazos, los hombres van y vienen, se sueña en ello, en su largo sueño hay sitio para los despiertos, uno se pregunta de dónde le vienen estos informes, se ve hasta la hierba, la de la aurora, un poco glauca de rocío, no andan tan mal como eso mis ojos, no son los míos, los míos se acabaron, ya ni siquiera lloran, se abren y se cierran por la fuerza de la costumbre, un cuarto de hora de apertura y un cuarto de hora de cierre, como los del mochuelo en la gruta enrejada de Battersea Park, Battersea Park, eso me dice algo, ah, funerales,

nunca concluiré, pues, de ansiarme una vida. No, no, cabeza tampoco, sobre todo cabeza no, él tampoco va a parte alguna en su cabeza, lo he intentado. Ligado al poste, con los ojos vendados, amordazado hasta el gañote, se paga el gasto, en vano dándose cita en sí, citándose a Shelley, insensible a las flechas. Sí, cabeza, pero llena, hueso lleno, donde se está metido, como un fósil en la roca. Quizá sea yo, después de todo. En cualquier caso no voy a poder seguir. Pero debo seguir. Voy a seguir. Aire, aire, voy a buscar aire, aire en el tiempo, aire del tiempo, en el espacio, en mi cabeza, así es como voy a poder seguir. Da lo mismo, la voz baja, es la primera vez, no, sé de eso, hasta se ha callado a menudo, es así como eso va a volver a acabar, me callaré, por falta de aire, después, el aire volverá y yo volveré a empezar. Mi voz. La voz. Sí, ahora la oigo peor. Sé de eso. La voz va a cesar. No la volveré a oír. Voy a callarme. No oír más esa voz, a eso llamo callarme. Lo que quiere decir que la seguiré oyendo, escuchando bien. Escucharé bien. Escuchar bien, a eso llamo callarme. Rota, delgada, la escucharé siempre, ininteligible, oyendo fuerte. Oírla siempre, sin oír lo que dice, es a lo que llamo callarme. Después, se animará, como un fuego que se reanima, como un fuego que se extingue, Mahood me lo explicó así, y yo emergeré del silencio. Oír demasiado mal para poder hablar, eso es mi silencio. Es decir, que hablo siempre, pero a veces demasiado bajo, demasiado lejos de mí, demasiado lejos en mí, para oírme, no, oigo, para comprender. No es que comprenda jamás. La voz se aleja, vuelve, está detrás de la puerta, voy a callarme, entonces se producirá el silencio, voy a oír, que es peor que hablar, peor como esfuerzo, no, peor no, lo mismo. A menos que esta vez no se trate del verdadero silencio, ese que no tendré ya que romper, en el que ya no tendré que escuchar, donde no podré babear en mi rincón, con la cabeza deshabitada, la lengua muerta, ese que he tratado de ganar, que creí poder ganar. No cuento con ello. Voy a detenerme, lo que equivale a que voy a tener aire, será como lo demás, ¡Como si me miraran! ¡Como si fuera yo! Será el mismo silencio de siempre, recorrido por murmullos desgraciados, jadeos, quejas incomprensibles, que se confunden con risas, pequeños silencios, como de un enterrado demasiado pronto. Esto durará lo que dure. Después, volveré a empezar, resucitaré. He aquí lo que habré ganado con tanto esforzarme. A menos que esta vez no se trate al fin del verdadero silencio. Acaso dije lo que era menester decir, lo que me da derecho a callarme, a no escuchar más, a no oír más, sin saberlo. Escucho ya, me callo ya un poco. La próxima vez no me esforzaré tanto, contaré un viejo cuento de Mahood, uno cualquiera, todos son iguales, sin fatigarme, no me ocuparé más de mí, sabré que diga lo que diga el resultado será el mismo, que no me callaré nunca, que nunca tendré paz. A menos que no intente otra vez, la última vez, decir lo que es menester decir, acerca de mí, advierto que es acerca de mí, acaso sea esa culpa mía, para ya no tener nada que decir, nada más que oír, antes de estar muerto. La voz vuelve. Estoy contento de que así sea. Voy a intentarlo en seguida. ¿Intentar qué? Lo ignoro. Intentar seguir. Ahora no hay nadie. He aquí una buena continuación. Ya no hay nadie, es molesto, si tuviera memoria quizá supiera que ése es el signo del fin, de la pausa que puede ser la buena,

la última, no tener ya a nadie, nadie de quien hablar, nadie que os hable, tener que decir: «Soy yo quien me doy esta vida, soy yo quien me hablo de mí». Entonces falta el aliento, es el fin que empieza, uno se calla, es el fin, no es un fin, se vuelve a empezar, nos olvidamos, hay alguien, alguien que os habla, de vosotros, de él, después hay otro, después un tercero, después nuevamente el segundo, después los tres a la par, que os hablan, de vosotros, de ellos, no tengo más que escuchar, después se van, uno a uno, se callan, uno a uno, y la voz sigue, no es la de ellos, ellos no estuvieron nunca ahí, nunca hubo nadie ahí, nadie más que vosotros, nunca hubo nadie más que vosotros, hablándoos de vosotros, falta el aliento, casi es el fin, el aliento se detiene, es el fin, no es un fin, oigo que me llaman, esto vuelve a empezar, así es como deben ocurrir las cosas, si fuera capaz de recordar. Y aún si hubiera cosas, una cosa en alguna parte, un trozo de naturaleza, del que hablar, quizás uno se forjara una razón una razón de que ya no haya nadie, de ser el que habla, si hubiera una cosa en alguna parte, de la que hablar, aun sin verla, aun sin saber qué es, sólo sentirla ahí, con uno, en alguna parte, tal vez se tuviera el valor de no callarse, no, para lo que se requiere valor es para callarse, pues se nos castigará, castigarán a uno por haberse callado, y, sin embargo, no se puede hacer otra cosa que callarse, que ser castigado por haberse callado, que ser castigado por haber sido castigado, pues se vuelve a empezar, el aliento falta, con sólo que hubiera una cosa, más he aquí que no la hay, fueron ellos los que al partir se llevaron las cosas, se llevaron la naturaleza, nunca hubo nadie, nunca hubo nada, nadie más que yo, nada más que yo, hablándome de mí, imposible detenerme, imposible seguir, pero debo seguir, voy, pues, a seguir, sin nadie, sin nada más que yo, que mi voz mía, esto es, voy a detenerme, voy a terminar, ya es el fin, el fin que empieza, que no será un fin, ¿qué es?, un agujerito, se baja por él, peor que el ruido, se escucha, es peor que hablar, no, no es peor, es lo mismo, se espera, con ansiedad, me olvidaron, sí, no, se llama, me llaman, salgo, ¿qué es?, un agujerito, en el desierto. Es el fin, que es lo peor, no, lo peor es el principio, después el medio, después el fin, al fin es el fin lo peor, esa voz que, cada instante es lo peor, esto ocurre en el tiempo, los segundos pasan, unos tras otros, entrecortados, es algo que no fluye, los segundos no pasan, llegan, *pan, paf, pan, paf*, os entran dentro, rebotan, ya no se mueven, cuando ya no se sabe qué decir se habla del tiempo, de los segundos, hay quienes los añaden unos a otros para componer con ellos una vida, yo no puedo, cada uno es el primero, no, el segundo, o el tercero, yo tengo tres segundos, y no todos los días. Estuve en otra parte, hice otra cosa, estuve en un agujero, salgo de él al instante, tal vez me callé, para todavía poder seguir un poco, es menester seguir todavía un poco, es menester seguir todavía largo tiempo, es menester seguir todavía siempre, si recordara lo que dije podría repetirlo, si pudiera aprender algo de memoria estaría salvado, debo decir siempre lo mismo y cada vez me cuesta un esfuerzo, los segundos deben de ser análogos y cada uno de ellos malo, ¿qué voy a decir ahora?, voy a preguntármelo. No obstante, tengo recuerdos, me acuerdo de Worm, esto quiere decir que retuve su nombre y de ese otro, ¿cómo se

llama, cómo se llamaba?, en su vasija, lo veo bien, lo veo mejor que a mí, sé cómo vivía, ahora me acuerdo, yo sólo lo veía, pero a mí nadie me ve, él tampoco, ya no lo veo, Mahood, se llamaba Mahood, ya no lo veo, ya no sé cómo vivía, ya no está allí, nunca estuvo allí, en su vasija, ya no lo vi nunca, sin embargo lo recuerdo, por haber hablado de él, debí hablar de él, las mismas palabras vuelven y son mis recuerdos. Soy yo quien lo inventé, a él y a tantos otros, y los lugares por donde pasaban, los lugares donde permanecían, a fin de poder hablar, porque era menester hablar, sin hablar de mí, yo, yo no podía hablar de mí, no se me dijo que era menester hablar de mí, yo inventé mis recuerdos, sin saber lo que hacía, ni uno sólo se refiere a mí. Fueron ellos quienes me pidieron que hablara de ellos, querían saber cómo eran, cómo vivían, esto me convenía, creí que me convenía, puesto que no tenía nada que decir, puesto que debía decir algo. Me creía en libertad de decir cualquier cosa, toda vez que no me callaba. Después me decía que en fin de cuentas no era forzosamente cualquier cosa lo que decía, que muy bien pudiera ser lo que se exigía de mí, suponiendo que se exija algo de mí. No, no creía ni me decía nada, hacía cuanto podía, algo por encima de mis fuerzas, y no pudiendo más con frecuencia ya no lo hacía, y, sin embargo, continuaba haciéndose, la voz seguía haciéndose oír, la que no podía ser la mía, puesto que ya no tenía voz, y que sin embargo, debía serlo, puesto que no podía callarme y yo era el único que estaba fuera del alcance de cualquier voz. Sí, en mi vida, pues así hay que llamarla, hubo tres cosas: la imposibilidad de hablar, la imposibilidad de callarme, y la soledad, física desde luego, que es con lo que salí adelante. Sí, ahora puedo hablar de mi vida, demasiado fatigado estoy para andarme con miramientos, pero no sé si estuve en vida, pues acerca de ello carezco ciertamente de opinión. Como quiera que sea, creo que pronto voy a callarme completamente, pese a que se me prohibió. Por consiguiente, sí, como un vivo, vamos, estaré muerto, pronto estaré muerto, confío que esto me cambiará. Me hubiera querido callar antes, creía por momentos que en ello estaría mi recompensa por haber hablado tan decididamente, penetrar vivo todavía en el silencio, para poder disfrutarlo, no, ignoro para qué, para notar que me callaba, unido a todo ese aire que yo sólo desde siempre agito, no, no se trata de aire verdadero, no puedo decirlo, no puedo decir para qué hubiera querido callarme antes de estar muerto, para ser un poco al fin lo que por haberlo sido siempre ya no podía ser, sin miedo a lo peor tranquilamente allí donde por haber estado siempre nunca pude reposar, no, lo ignoro, es más sencillo, quería ser yo, quería a mi país, me quería en mi país, un corto momento, no quería morir como un extranjero, entre extranjeros, como un extranjero en mi país, en medio de invasores, no, ignoro lo que quería, ignoro qué creía, debí querer tantas cosas, imaginar tantas locuras, mientras hablaba, sin saber de cierto qué, hasta cegarme, de deseos y visiones, fundiéndose las unas con las otras, hubiera hecho mejor poniendo atención en lo que decía. Y, además, eso no ocurría así, ocurría como ocurre en este momento, es decir, lo ignoro, no se ha de creer lo que digo, ignoro lo que digo, actúo como actué siempre, sigo como puedo. En cuanto a creer

que pronto voy a callarme por completo, no lo creo especialmente, lo creí siempre, como siempre he creído que no me callaría nunca, no puede llamarse creer a esto, son mis paredes. Pero, ¿realmente no ha cambiado nada desde hace tiempo? Si en vez de hablar tuviera algo que hacer, con mis manos, o con mis pies, un trabajo de criba, por ejemplo, o de simple arreglo, suposición en la que yo tuviera que mudar las cosas de lugar, sabría dónde estaría, no, no forzosamente, lo veo desde aquí, ellos se arreglarían para que yo no pudiese sospechar los dos recipientes, el de vaciar y el de llenar, de no ser más que uno, sería el del agua, del agua, con mi vaso iría a buscarla en un depósito y a verterla en otro, o habría cuatro, o ciento, la mitad de ellos para vaciar, y la otra para llenar, numerados, los pares para vaciar, los impares para llenar, no, sería más complicado, sería menos simétrico, importa poco, para vaciar, para llenar, de cierto modo, en cierto orden, según ciertas correspondencias, para que esté obligado a pensar, depósitos, comunicantes, comunicantes, unidos por tuberías ocultas bajo el entarimado, esto lo veo desde aquí, alcanzando siempre el mismo nivel, no, esto no funcionaría bien, faltaría la esperanza, ellos se arreglarían para que pueda tener impulsos de esperanza, sí, sí, no de tranquilidad, pero estoy, iba a decir que estoy tranquilo, sí, ellos se arreglarán, con tuberías y grifos, lo veo desde aquí, para que me imagine cosas, de tanto en tanto, si tuviera que hacer esto, en vez de aquello, este pequeño trabajo de trasiego, de transvasado, sería el mismo vaso, lo haría bien, estaría mejor de lo que estoy, no, no quiero quejarme, tendría un cuerpo, no tendría nada que decir, oíría mis pasos, casi sin cesar, y el ruido del agua, y el grito del aire aprisionado en las tuberías, no comprendo, tendría momentos de celo, me diría: «Cuanto más deprisa lo haré más deprisa estará hecho», ¿qué es lo que hay que oír?, allí hubiera estado la esperanza, no estaría oscuro, imposible efectuar un trabajo semejante en la oscuridad, eso depende, sí, realmente no veo ventana alguna, no aquí, mientras que aquí esto no tiene importancia, que no vea ventana alguna, no tengo que ir y venir, afortunadamente, sería incapaz de ello, ni tengo que ser diestro, pues el agua sería, por supuesto, de gran valor y la más pequeña gota perdida en camino, o en el instante de tirarla, o en el momento de envasarla, me ocasionaría el mayor perjuicio, y cómo saber, en la oscuridad, si una gota..., pero, ¿qué es toda esta historia?, es una historia, héte aquí que he contado una pequeña historia, acerca de mí, acerca de la vida que hubiera podido ser mía sin que nada hubiera cambiado, que lo fue quizá, tal vez he pasado por allí antes de que mereciera pasar por aquí, quién sabe hacia qué altos destinos me encamino, a menos que de ellos regrese. Pero una vez más debe de seguir tratándose de otro, tan bien lo veo, yendo y viniendo por entre sus toneles, impidiéndole temblar a su mano, lamiendo su vaso, oyéndolo rebotar y rodar, efectuando giros con la pierna, poniéndose de rodillas, estirándose boca abajo, arrastrándose, la cosa se detiene ahí, debí ser yo, pero yo no me vi nunca, no se trata, pues, de mí, nada sé de ello, ¿cómo reconocirme, puesto que nunca me encontré a mí mismo?, esto se detiene ahí, un punto es todo, ya no lo veo, no volveré a verlo, sí, ahora está ahí, con los otros, no los nombraré, se dice eso, se dice todo, los unos

hacen esto, los otros aquello, él hace lo que dije, ya no lo recuerdo, volverá, para hacerme compañía, únicamente los malvados están solos, lo volveré a ver, él lo habrá querido, quiso saber cómo era, cómo vivía, o no volverá, de las dos cosas una, no vuelven todos, quiero decir que debe de haber algunos a los que yo no haya visto más que una vez, hasta el momento, exactamente, eso no hace más que empezar, siento que el fin se aproxima y el principio lo mismo, a cada cual su órbita, es evidente. Pero, vuelvo a la carga, ¿verdaderamente no ha cambiado nada desde los tiempos en que eso dura?, hablo ahora de mí, sí, en adelante no hablaré más que de mí, está decidido, para no volver sobre ello, no hay razón para que vuelva, puedo, pues, ponerme a ello. No ha cambiado nada. Con todo, debo envejecer, bah, siempre fui viejo, siempre envejecí, y, además, envejecer no altera nada, sin contar con que no se trata de mí, mierda, me corté, no importa. Puesto que no se sabe de qué se habla y no cabe detenerse a reflexionar sobre ello, con la cabeza descansada, felizmente, felizmente, a uno le gustaría detenerse, pero sin condiciones, puesto que, digo, puesto que, veamos, puesto que se, puesto que él, ah, dejémoslo estar, puesto que esto, después aquello, de acuerdo, no hablemos más, estuve a punto de encallar. A mí, a mí, si pudiera describir ese lugar, yo, que me desenvuelvo tan bien en la descripción de lugares, de paredes, de techos, de suelos, que me conocen, de puertas, de ventanas, la de ventanas que pude imaginar desde entonces, las había que se abrían al mar, por ellas no se veía más que el mar y el cielo, si pudiera meterme en una habitación, se habría acabado con la caza de palabras, aunque no tuviera puerta, aunque careciera de ventana, sólo los cuatro lados, los seis lados, si pudiera encerrarme, sería una mina, por oscuro que estuviera, por fijo que yo estuviera, me las arreglaría, para explorarlas, escucharía el eco, lo conocería, lo recordaría, me lo imaginaría, estaría en casa, diré, como en casa, en cualquier lugar, este lugar, si pudiera describir este lugar, pintarlo, lo intenté, no noto lugar alguno, ningún lugar a mi alrededor, no me detengo, no sé qué es esto, no es carne, esto no se detiene, es como aire, eso es, esta vez soy yo, se dice eso, pero eso no durará, como gas, pamplinas, el lugar, el lugar, después veremos, ante todo el lugar, después me hallaré en él, me introduciré en él, muy sólidamente, en el centro, o en un rincón, bien apoyado por tres lados, el lugar, si solamente pudiera notarme un lugar, lo intenté, voy a intentarlo, éste no fue nunca el mío, ese mar bajo mi ventana, más alto que mi ventana, y la lancha, ¿te acuerdas de la lancha?, y el río, y la bahía, bien sabía yo que tenía recuerdos, lástima que no se refieran a mí, y las estrellas, y los fanales, y las luces de las boyas, y la montaña en llamas, era en la época en que no me privaba de nada, los otros se aprovechaban de ello, morían como moscas, o el bosque, esencialmente no tengo necesidad de un techo, de un interior, si pudiera imaginarme en un bosque, metido en una espesura, o dando vueltas alrededor, se habrían acabado mis charlatanerías, describiría las hojas, una a una, en el momento del brote, en el momento de la sombra, en el momento de la caída, en el momento del humus, esos son los buenos momentos, para que no haya que decir: «Pero no era yo, no soy yo, ¿dónde está el que soy?, ¿qué es lo que hago,

durante ese tiempo?», como si esto tuviera importancia, pero he aquí que eso, sentirse tan distante, produce un frío, el corazón ya no está allí, el corazón que allí estaba, en medio de las zarzas, mecido por la sombra, se prueba con el mar, se prueba con la ciudad, se busca uno en la montaña y en el llano, ¿qué queréis?, uno quiere estar, se quiere estar en su rincón, no se trata del amor, no es la curiosidad, uno se siente inquieto, es la fatiga, queremos detenernos, no viajar más, no buscar más, no mentir más, no hablar más, cerrar los ojos, pero los propios, ponerse la mano encima de lo que tras ello ya no se moverá. Observo una cosa, los otros desaparecieron completamente. Es sospechoso. Por lo demás, no observo nada, sigo como puedo, si esto adquiere un sentido no es obra mía, pasé por aquí, esto pasó ante mí, millares de veces, le toca el turno, se irá y será otra cosa, otro instante de mi viejo instante, aquí está, ese viejo sentido que voy a darme, que no me voy a poder dar, existe un dios para los condenados, como en el primer día, hoy es el primer día, empieza, lo conozco bien, me acordaré a medida que pase, naceré en su discurrir, nacimientos para nada, y llegaré a la noche sin haber sido. Mira este rosado de Túnez, es la aurora. Si pudiera encerrarme, voy a encerrarme en seguida, no seré yo, voy a hacerme en seguida un sitio, no será el mío, ¿es ésta una razón?, no me noto sitio alguno, llegará tal vez, lo haré mío, me meteré en él, meteré en él a alguien, hallaré en él a alguien, me meteré en él, diré que soy yo, acaso él me guarde, acaso el lugar nos guarde, al uno en el otro, y él alrededor nuestro, se habrá acabado, ya no tendré que moverme, cerraré los ojos, ya no tendré que hablar, será fácil, tendré cosas que decir, hablaré de mí, de mi vida, voy a hacerla buena, sabré quién habla, de qué, sabré dónde estoy, tal vez podré callarme, a lo mejor es eso lo que ellos esperan, ya están ellos otra vez aquí, en cuanto llego a casa, para indultarme, es la mentira lo que no quieren detener, cerraré los ojos, cerraré la boca, estaré bien al fin, tal ocurre esta mañana. Llamo a esto la mañana, eso es, aún tergiverso un poco, llamo a esto la mañana, no cuento con muchas palabras, no tengo mucho que escoger, no escojo, la palabra llegó por sí, debí evitar esta mancha clara, es el alba, pero esto se apresura, lo conozco, llamo a esto el alba, si la viéseis. Héme aquí lanzado, nadie lo diría, tal vez sea mi último galope, siempre oí la cuadra, soy yo el que huele a cuadra, no hay otra cuadra que yo, para mí. No, no lo haré, ¿qué es lo que no haré?, como si eso dependiera de mí, no volveré a buscar mi morada, no sé qué haría, estará ocupada ya, alguien estará ya en ella, alguien muy bajo, que no me querría a mí, lo comprendo, le molestaría, ¿qué voy a poder decir ahora?, voy a preguntármelo, voy a hacerme preguntas, es un buen tapón, no es que me exponga a callarme, ¿a qué tantas historias, entonces?, son eso, preguntas, las conozco a millones, debo conocerlas, y, después, tengo proyectos, a falta de preguntas tengo proyectos, decir lo que se va a decir y lo que se va a decir, esto a nada compromete y el mal momento pasa, cae muerto tieso, de pronto uno se escucha hablando de no se sabe qué como si nunca se hubiera hecho otra cosa, y, en efecto, nunca se habló de otra cosa, se vuelve de lejos, es allí donde se debería estar, es allí donde se está, lejos de aquí, lejos de todo, si pudiera irme allí, si pudiera

describirlo, yo, que me desenvuelvo tan bien en la topografía, eso es, aspiraciones, a falta de proyectos hay las aspiraciones, es un truco al que recurrir, es menester hablar lentamente: «Sólo con que pudiera», esto os da tiempo, el diablo será si no se os sube hasta el gaznate un pequeño deseo, no hay más que parecer querer colmarlo, lo que puede llevar lejos, por caminos trillados a más y mejor, uno se cruza por ellos con frecuencia, alguien se cruza por ellos, con sólo que se supiera, son eso, aspiraciones, uno se vuelve, el otro también, se le llora, él os llora, es de lo más trágico, vale más eso que reír. ¿Y qué más?, juicios, comparaciones, vale más eso que reír, todo ayuda, no puede por menos de ayudar, a franquear el mal paso, ¿qué es lo que hay que oír?, ¿qué mal paso?, no soy yo el que habla, yo soy quien oye, sigamos, hagamos como si estuviera solo en el mundo, cuando en realidad soy el único ausente, o con otros, ¿qué más da?, otros presentes, otros ausentes, no están obligados a mostrarse, no hay más que errar y dejar errar, de palabra en palabra, que ser este lento torbellino sin límites y cada una de sus polvaredas, es imposible. Alguien habla, alguien oye, no es menester ir más lejos, no es él, soy yo, u otro, u otros, ¿qué importa eso?, la causa es sabida, no es él, el que yo me sé, es mi único saber, es ese que no puedo decirme, no puedo decir nada, lo intenté, lo intento, él nada sabe, no conoce nada, ni en qué consiste esto de hablar, ni en qué consiste oír, ni en qué no saber nada, no poder nada, y en cuanto a haberlo intentado, ya no se intenta, no es menester intentar, se produce por sí solo, se arrastra completamente solo, de palabra en palabra, remolinea de fatiga, se está allí dentro en algún sitio, en todas partes, él no, si pudiera olvidarlo, tener un segundo, un segundo de ese ruido que me arrebatara, sin tener que decir, no lo digo, no tengo tiempo: «No soy yo, soy él», en el fondo, ¿por qué no?, ¿por qué no decirlo?, debí decirlo, lo mismo esto que otra cosa, no soy yo, no soy yo, no puedo, se presentó así, se presenta así, no soy yo, si eso pudiera hablar de sí, si eso pudiera presentarse a él, yo no dejaría de desmentirlo, si tal cosa pudiera ayudar, si alguien pudiera oírme, soy yo, aquí soy yo, habladme de él, dejadme hablar de él, qué jaleo, ya no hay nadie, con tal de que esto dure. A esto es a lo que tal cosa conduce, sólo a que superviva, después vuelven las palabras, alguien dice yo, sin pensarlo. Si pudiera hacer un esfuerzo, un esfuerzo de atención, para intentar saber lo que ocurre, lo que me ocurre, sería, no sé, olvidé la apódoxis, pero no puedo, ya ni siquiera oigo, duermo, ellos llaman a eso dormir, ya están ellos otra vez aquí, tendremos que volver a empezar a matarlos, oigo ese ruido horrible, volver es largo, no sé de dónde, casi me había, casi estaba dormido, llamo a eso dormir, sólo estoy yo, nunca estuvo nadie más que yo, quiero decir aquí, no digo en otra parte, en otra parte no estuve nunca, aquí es mi única otra parte, soy yo quien hago esto y yo quien la sufro, no es posible de otro modo, no es posible así, no es culpa mía, cuanto puedo decir es que no es culpa mía, nadie tiene la culpa, puesto que no hay nadie la culpa no puede ser de nadie, puesto que sólo estoy yo no puede ser la mía, a veces se diría que razono, de acuerdo, debieron enseñarme a razonar, debieron empezar a enseñarme, antes de abandonarme, no recuerdo ese período, pero algo debió quedarme de él, no recuerdo

haber sido abandonado, tal vez fui víctima de una conmoción. Qué raro, frases que mueren sin saber por qué, qué raro, ¿qué tiene de raro?, todo es raro aquí, todo es raro si bien se piensa, no, lo que es raro es pensar, ¿debo suponer que estoy habitado?, no puedo suponer nada, tengo que seguir, es lo que hago, con las otras suposiciones, debe haber otras en otras partes, cada una en su pequeña otra parte, esa palabra en la que vuelve, diciéndose cada cual, llegado el instante, el instante de decir: «Las suposiciones para otros», y seguir así, seguir así, para otros esto para otros aquello, si es que los hay, esto permite seguir, dígame lo que se quiera, esto permite seguir, permite avanzar, creo en el progreso, sé creer también, también debieron de enseñarme a creer. No, nadie me enseñó nada, nunca aprendí nada, siempre estuve aquí, aquí nunca hubo nadie más que yo, nunca, siempre, yo, nadie, viejo fango que remover eternamente, ahora es fango, hace un momento era polvo, ha debido llover. El que habla, debió viajar, debió ver, a algunos hombres, algunas cosas, debió estar allá arriba, bajo la luz, o bien le contaron cuentos, lo encontraron viajeros, esto me absuelve, el que dice: «Esto me absuelve», él, es él quien lo dice, o quienes lo dicen son ellos, sí, ellos son ellos quienes razonan ellos quienes creen, no, es uno solo, el que vivió, o quien vio a otros que vivieron, él es quien habla de mí, como si yo fuera él, como si yo no fuera él, los dos, y como si yo fuera otro, el uno después de otro, él es el afligido, yo estoy lejos, oís, dice que estoy lejos como si yo fuera él, no, como si yo no fuera él, pues él no está lejos, está aquí, él es quien habla, dice que soy yo, después dice que no, yo estoy lejos, lo oís, me busca, no sé por qué, no sabe por qué, me llama, quiere que salga, cree que puedo salir, quiere que yo sea él, o que sea otro, seamos justos, quiere que suba, que suba a él, o que suba a otro, entonces dice Murphy, o Molloy, ya no sé, como si yo fuera Malone, pero se acabó de los otros, no quiere más que él, para mí, cree que es la última oportunidad, cree eso, le enseñaron a creer, esto, aquello, es él siempre el que habla, Mercier no habló nunca, Moran no habló nunca, yo no hablé nunca, parece que hablo, es porque él siempre dice yo como si fuera yo, estuve a punto de creerlo yo también, ya lo oís, como si fuera yo, yo que estoy lejos, que no me puedo mover, al que no se puede hallar, pero él tampoco, tampoco puede hablar, y con todo, quizá no sea él, quizá sea toda una pandilla, uno tras otro, qué confuso es esto alguien habla de confusión, es una falta, todo es falta aquí, no se sabe por qué, no se sabe de quién, no se sabe con respecto a quién, alguien dice sé, es la falta de los pronombres, no hay nombre para mí, no hay pronombre para mí, a ello se debe todo, es lo que se dice, una especie de pronombre, eso no es, tampoco eso, tampoco me es posible tal cosa, dejémoslo estar, dejemos todo esto, no es difícil, se trata de alguien, o se trata de algo, he ahí al fin quien no está ahí, que está lejos, o que no está en parte alguna, o que está allí, aquí, ¿por qué no?, después de todo, se trata de hablar de ello, es así, no se sabe por qué, no se sabe por qué hay que hablar de ello, así es, no se puede, nadie puede hablar de ello, se habla de uno mismo, alguien habla de sí mismo, así es, en singular, uno solo, el encargado, él, yo, lo mismo da, el encargado habla de sí mismo, no, no es eso, habla de otro, tampoco,

no sabe nada, y, ¿cómo iba a saber si he hablado o no, al hablar de sí mismo, al hablar de otro, al hablar de las cosas?, ¿qué otro?, ¿qué cosas?, el encargado, al hablar de sí mismo, soy yo, al hablar de mí, ¿cómo saberlo?, no puedo saber, si he hablado de él, debo hablar de él, no puedo hablar más que de mí, tampoco, no puedo hablar de nada, y, sin embargo, hablo, quizá sea de él, no lo sabré nunca, ¿cómo iba a saberlo?, ¿quién podría saberlo?, ¿quién, sabiéndolo, me lo podría decir?, ignoro de qué se trata, es cuanto sé, no, debo saber otra cosa, debieron enseñarme cosas, se trata de él, que no sabe nada, no quiere nada, nada puede, si no queriendo nada no se puede nada, quien no puede ni hablar ni oír, que soy yo, quien no puede ser yo, del que no puedo hablar, del que debo hablar, todo esto son hipótesis, yo no he dicho nada, alguien no ha dicho nada, no se trata de forjar hipótesis, se trata de seguir, sigo, las hipótesis son como lo demás, esto ayuda a seguir, como si se tuviera necesidad de ayuda, eso es, en el modo impersonal, como si se necesitara ayuda para proseguir una cosa que se puede detener, y, sin embargo, sí, se detendrá, oís, la voz dice que se detendrá, un día, dice que eso no se detendrá nunca y dice que se detendrá, yo carezco de opinión, ¿con qué iba a tener una opinión?, con la boca, quizá, si es la mía, no me noto boca, esto no quiere decir nada, si pudiera notarme una boca, si pudiera notarme algo, lo intentaré, si es que puedo, sé que no soy yo, es cuanto sé, digo yo sabiendo que no soy yo, yo estoy lejos, es cuanto sé, lejos, ¿qué es lo que está lejos?, no hay necesidad de estar lejos, tal vez esté aquí, en mis brazos, mis brazos, no me noto brazos, si pudiera notarme algo, constituiría un punto de partida, un punto de partida, ah, si supiera reír, sé en qué consiste, debieron decirme en qué consiste, pero no sé hacerlo, no debieron mostrarme cómo se hace, debe ser algo que no se enseña. El silencio, una palabra sobre el silencio, bajo el silencio, esto es lo peor, hablar del silencio, después encerrarme, encerrar a alguien, es decir, ¿qué es es decir?, calma, estoy en calma, estoy encerrado, estoy en algo, no soy yo, es cuanto sé, dejémoslo estar, es decir, construir un lugar, un pequeño mundo, construir un pequeño mundo, será redondo, esta vez será redondo, no es seguro de techo bajo, de paredes gruesas, ¿por qué bajo?, ¿por qué gruesas?, lo ignoro, no es seguro, habrá que verlo, hay que ver todo esto, un pequeño mundo, averiguar cómo es, tratar de adivinarlo, meter dentro a alguien, buscar en él a alguien, y cómo es, y cómo hace, no seré yo, esto no importa, quizá sea yo, acaso sea mi mundo, coincidencia posible, no tendrá ventanas, se acabaron las ventanas, el mar me expulsó, el cielo no me vio, yo no estaba allí, y el aire en el verano por la noche gravitando sobre mis párpados, se necesitan párpados, se necesitan globos, debieron explicarme, alguien debió explicarme, cómo es, el ojo, en la ventana, ante el mar, ante la tierra, ante el cielo, en la ventana, contra el aire, el verano, la noche, abriéndose, encerrándose, gris, negro, gris, negro, debí comprender, debí quererlo, querer el ojo, para mí, debí intentar, intenté, cuantas cosas me contaron, todas las cosas que intenté, esto me sirve todavía, ocurre todavía, cuando pienso en ello, esto también, es menester seguir pensando, seguir pensando los viejos pensamientos, ellos llaman a eso pensar, se trata de visiones, de residuos de visiones,

es lo único que se ve, algunas viejas imágenes, una ventana, ¿qué necesidad tenían de mostrarme una ventana?, diciéndome, no sé, no me acuerdo, esto no acude, una ventana, diciéndome: «Hay otras, las hay más bonitas», y lo demás, paredes, cielo, hombres, como Mahood, un poco de naturaleza, demasiado largo para repetirlo, demasiado olvidado, demasiado poco olvidado, ¿era necesario?, pero, ¿pasó esto así?, ¿quién pudo venir aquí?, el diablo tal vez, no veo a nadie más, fue él quien me lo mostró todo, aquí, en la oscuridad, y cómo hablar, y qué decir, y un poco de naturaleza, y algunos nombres, y el exterior de los hombres, esos que están hechos a imagen mía, a los que yo podía parecerme, y su modo de vivir, en habitaciones, en madrigueras, en grutas, en los bosques, o yendo y viniendo, no sé más, y fue él quien me dejó, sabiéndome tentado, sabiéndome perdido, ceda yo o no, habiendo o no cedido, no sé, ya no soy yo, es cuanto sé, desde entonces ya no soy yo, desde entonces no hay nadie, debí sucumbir. Todo esto son hipótesis, esto permite avanzar, creo en el progreso, creo en el silencio, ah, sí, algunas palabras acerca del silencio, después el pequeño mundo, esto bastará, para la eternidad, diríase que soy yo, que soy el que habla, el que oye, yo que forjo proyectos, para la hora, para la eternidad, siendo así que estoy lejos, o en mis brazos en alguna parte, o al lado de alguna parte, detrás de las paredes, algunas palabras acerca del silencio, después una sola cosa, un solo espacio y alguien dentro, algo dentro, tal vez, hasta el fin, creo en él, es de noche ya, llamo a eso la noche, creo en esta noche, está anunciado, se anuncia, después se renuncia, así es, esto permite seguir, esto hace llegar el fin, las noches en las que hay un fin, hablo de la noche, alguien habla de la noche, acaso todavía sea la mañana, acaso sea todavía la noche, acaso sea de noche todavía, carezco de opinión. Ellos se aman, se casan, para amarse mejor, más cómodamente, él se va a la guerra, muere en la guerra, ella llora, de emoción, de haberlo amado, de haberlo perdido, *hop*, vuelve a casarse, para seguir amando, más cómodamente todavía, ellos se aman, se ama cuantas veces son menester, cuanto es menester para ser dichoso, él vuelve, el otro vuelve, no había muerto en la guerra, en fin de cuentas, ella va a la estación, él muere en el tren, de emoción, de pensar que iba a volver a verla, ella llora, sigue llorando, todavía de emoción, de haberlo vuelto a perder, *hop*, se vuelve a casa, él ha muerto, el otro ha muerto, la suegra lo desata, él se ahorcó, de emoción, de pensar que iba a perderla, ella llora, llora más, de emoción, de haberlo amado, de haberlo perdido, he aquí una historia, fue para que supiera en qué consiste la emoción, eso se llama emoción, lo que puede la emoción, dadas las condiciones propicias, lo que puede el amor, así, pues, eso es la emoción, lo que está en los trenes, el sentido de la marcha, los jefes de tren, las estaciones, los andenes, la guerra, el amor, los gritos desgarradores, debe tratarse de la suegra, lanza gritos desgarradores, mientras descuelga a su hijo, o a su yerno, no sé, debe de ser su hijo, porque ella grita, y la puerta, la puerta de la casa está cerrada, al volver de la estación encuentra la puerta cerrada, quien la ha cerrado, él para colgarse mejor, o la suegra para descolgarlo mejor, o para impedir a su nuera que vuelva a casa, ésta sí que es una historia, debe

de tratarse de la nuera, no es el yerno y la hija, es el hijo y la nuera, qué bien razono esta noche, era para enseñarme a razonar, era para inducirme a ir, allá en donde se puede acabar, debí ser un buen alumno, hasta cierto punto, no pude ir más allá de cierto punto, comprendo que me quisieran mal, esta noche empiezo a comprender, no es malo, no soy yo, no era yo, la puerta, es la puerta la que me interesa, es de madera, ¿quién cerró la puerta?, y, ¿por qué motivo?, no lo sabré nunca, he aquí una historia, creí que se habían acabado, que todas estaban olvidadas, quizá se trata de una historia nueva, reciente, ¿será el retorno al mundo de la fábula?, no, solamente una llamada, para que lamente lo que perdí, para que quisiera estar nuevamente allí de donde fui expulsado, desgraciadamente no me acuerdo de nada. El silencio, hablar del silencio, antes de penetrar en él, esto ya lo dije, no sé, cada instante estoy en él, cada instante salgo de él, ved que de él hablo, sabía que esto venía, salgo de él para hablar, hablando estoy en él, si es que soy yo, el que habla, y no soy yo, procedo como si fuera yo, a menudo procedo como si fuera yo, pero prolongadamente, ¿estuve prolongadamente, una temporada larga?, no comprendo nada de la duración, no puedo hablar de ella, bien hablo de ella, digo nunca y siempre, hablo de estaciones y de partes del día y de la noche, la noche no tiene partes, es porque se está dormido, las estaciones deben parecerse, quizás en este momento sea primavera, son palabras que me enseñaron, sin que me hicieran ver bien su sentido, de este modo aprendí a razonar, las empleo todas, todas las palabras que se mostraron, eran grandes listas, ah, qué curioso calor de pronto, estaban por listas, con imágenes al lado, debí olvidar algunas, debí mezclar esas imágenes sin nombre que poseo, esos nombres sin imágenes, esas ventanas a las que haría mejor en llamar puertas, o de otro modo, en fin, y esa palabra hombre que quizá no sea la buena para lo que veo al oírla, sino un instante, una hora, y así lo que sigue, ¿cómo representarlas?, una vida, ¿cómo hacerme ver eso, aquí, en lo negro?, llamo a eso el negro, quizá sea el azul celeste, son palabras blancas, pero yo me sirvo de ellas, acuden, son cuantas se me han hecho ver, todas las que recuerdo, las necesito todas, para poder seguir, no es cierto, veinte bastarían, muy fieles, muy enraizadas, muy variadas, contaría con la paleta, las mezclaría, las variarías, tendría la gama, de todas las cosas que haría, si pudiera, si quisiera, además será así, esto terminará así, con gritos desgarradores, con murmullos inarticulados, que a medida que ocurran habrá que inventar, que habrá que improvisar, gimiendo, reiré, esto acabará así, con cacareos, *glu, glu, ay, ah, pah*, voy a entrenarme, *ñam, huu, plof, pss*, sólo emoción, *pan, paf*, los golpes, *na, toc*, ¿qué más?, *aah, ooh*, es el amor, basta, es fatigante, *hi, hi*, son las costillas, de Demócrito, no, del otro, en fin de cuentas, es el fin, el fin de cuentas, es el fin, el fin de la cuenta, es el silencio, algunos *glus, glus* sobre el silencio, sobre el verdadero, no sobre ese en el que me macero, hasta la boca, hasta la oreja, que me recubre, que me descubre, que respira conmigo, como un gato con un ratón, el verdadero, el de los ahogados, yo me ahogué, varias veces, no era yo, yo me asfixié, me prendí fuego, me golpeé la cabeza con palo y con hierro, no era yo, no había cabeza, no había hierro, no me hice nada,

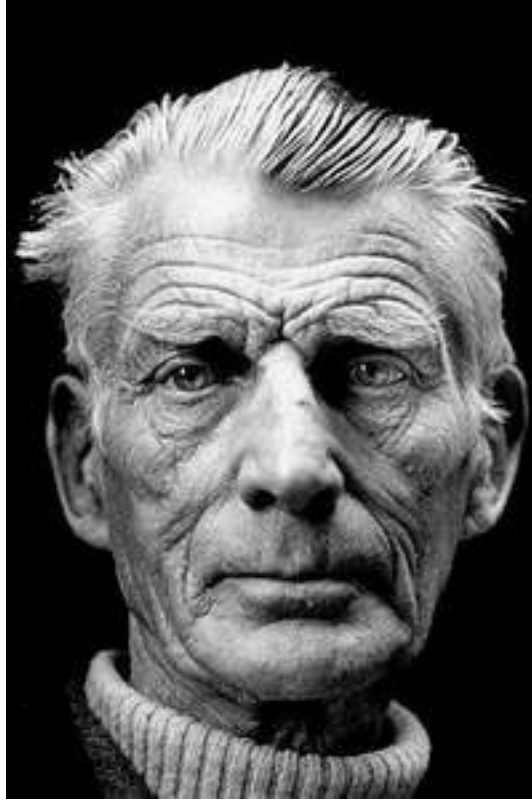
no hice nada a nadie, nadie me hizo nada, no hay nadie, no hay palo, busco, no hay nada más que yo, nada más, nada más que yo, busco por todas partes, debe de haber alguien, esa voz debe pertenecer a alguien, acepto, acepto cuanto ella quiere, soy ella, lo dije, ella lo dijo, de tanto en tanto ella lo dijo, después dijo que no, acepto, acepto que se calle, quiere callarse, no puede, se calla un instante, después vuelve, no es el verdadero silencio, dice que no es el verdadero silencio, ¿qué decir del verdadero silencio?, no sé, no lo conozco, no lo hay, tal vez lo haya, sí, tal vez lo hay, en alguna parte, no lo sabré nunca. Pero cuando la voz se debilita y cuando se detiene, pero se debilita a cada instante, se detiene a cada instante, sí, pero cuando se detiene un buen rato, un buen rato, ¿qué es un buen rato?, hay murmullos, deben haber murmullos, y él escucha, alguien que escucha, no es menester una oreja, no es menester una boca, la voz que se escucha, como cuando ella habla, que se escucha callarse, eso forma un murmullo, eso forma una voz, una vocecita, la misma vocecita, se queda en la garganta, he aquí otra vez la garganta, he aquí otra vez la boca, llena la oreja, después yo devuelvo, alguien devuelve, alguien se pone a devolver, debe ocurrir así, no tengo explicaciones que dar, ni que pedir, después vendrá la coma donde me ahogaré por las buenas, será el silencio, esta noche según creo, otra vez la noche, cómo dura, estoy perfectamente de acuerdo, tal vez sea la primavera, las violetas, no, es el otoño, cada cosa a su tiempo, las cosas que pasan, las cosas que terminan, no supieron explicármelo, las cosas que se mueven, se van, vuelven, una luz que cambia, no supieron mostrármelo, y con ello la muerte, una voz que se muere, es excelente, el silencio al fin, ni un murmullo, no hay aire, nadie que escuche, nada por mi pobre garganta, está bien, adelante. Enorme prisión, como cien mil catedrales, ninguna otra cosa nunca, en adelante, y allí dentro, en alguna parte, quizá, clavado, ínfimo, el detenido, ¿cómo hallarlo?, qué falso es ese espacio, qué falsedad al punto, querer anudar allí relaciones, querer meter en él a un ser, una celda bastaría, si yo abandonara, si pudiera abandonar, antes de empezar, antes de volver a empezar, qué jadeo, eso es, exclamaciones, esto permite seguir, retrasa el vencimiento, no, es al contrario, no sé, volver a partir, en esa inmensidad, en esa oscuridad, efectuar los movimientos de volver a partir, cuando no se puede mover uno, cuando no se partió nunca, efectuar movimientos, ¿qué movimientos?, no es posible moverse, se emite la voz, se pierde en las bóvedas, ella llama a eso bóvedas, quizá sea el firmamento, tal vez sea el abismo, son palabras, ella habla de una prisión, después de todo la admito, es lo bastante grande para todo un pueblo, para mí solo, o quien me espera, voy a ir, voy a intentar ir, no puedo moverme, ya estoy en ella, debo estar ya en ella, ¿si no estuviera solo?, ¿si estuviera allí todo un pueblo? y si esta voz fuera la suya, llegándome por residuos, habríamos vivido, sido libres un momento, ahora hablamos de ello, cada uno por sí, cada uno ante sí, y escuchamos, todo un pueblo, hablando y escuchando, al propio tiempo, no, estoy solo, tal vez el primero, o tal vez el último, estoy solo hablando, solo escuchando, solo en estar solo, los demás se fueron, como si se hubieran ido, se callaron, se callaron de hablar, se callaron de escuchar, el uno

tras el otro, a medida de los llegados, otro vendrá, yo no seré ya él último, estaré con los demás, estaré como habiéndome ido, en el silencio, no seré yo, no soy yo, no estoy allí todavía, voy a intentar ir, no merece la pena intentarlo, aguardo mi turno, mi turno de ir allí, mi turno de escuchar allí, mi turno de aguardar allí, mi turno de irme, de estar como si me hubiera ido, es largo, será largo, ido donde, donde se va desde allí, se debe ir a otra parte, aguardar en otra parte, aguardar su turno de volverse a ir, y así sucesivamente, el uno tras el otro, todo un pueblo, o yo completamente a solas, no hay necesidad de otro pueblo, así sucesivamente, yo completamente a solas, y volver aquí, y volver a empezar, no, seguir, es un circuito, un largo circuito, lo conozco bien, debo conocerlo, no es verdad, no puedo moverme, no me he movido, emito la voz, oigo una voz, no hay más que aquí, no hay dos lugares, no hay dos prisiones, es mi locutorio, es un locutorio, no aguardo nada en él, no sé dónde está, no sé cómo es, no tengo por qué ocuparme de él, ignoro si es grande, o si es pequeño, o si está cerrado, o si está abierto, eso es, se reitera, permite seguir, ¿abierto a qué?, no hay más que él, abierto al vacío, abierto a la nada, lo admito, son palabras, abierto al silencio, dando al silencio, al mismo nivel, ¿por qué no?, durante todo este tiempo, al borde del silencio, lo sabía, sobre una roca, ligado a una roca, en medio del silencio, su gran marejada se eleva hacia mí, estoy inundado de ella, es una imagen, son palabras, es un cuerpo, no soy yo, sabía que no sería yo, no estoy fuera, estoy dentro, en algo, estoy encerrado, el silencio está fuera, fuera, dentro, no hay más que aquí, y el silencio fuera, nada más que esta voz, y el silencio en torno, no hacen falta paredes, se necesitan paredes, las necesito, muy gruesas, necesito una prisión, estaba en lo cierto, para mí solo, voy a ir a ella, me voy a meter en ella, en ella estoy ya, allí voy a buscarme, estoy en algún sitio, no seré yo, no importa, diré que soy yo, tal vez sea yo, tal vez sea eso lo que ellos esperan, ya están ellos aquí otra vez, para liberarme, para que me diga alguien, para que me diga en algún sitio, para ponerme fuera, en el silencio. No veo nada ahí, es que ahí no hay nada, o es que carezco de ojos, o las dos cosas, lo que ofrece tres posibilidades, a elegir, pero, ¿es que no veo nada, realmente?, no es el momento de mentir, ¿cómo no mentir?, he aquí una idea, ¿quién puede controlar una voz semejante?, ella lo intenta todo, es ciega, me busca, en la oscuridad, busca una boca, para meterse dentro, ¿quién puede anularla?, es la única, se necesitaría una cabeza, se necesitarían cosas, no sé, parezco saber demasiado, es la voz la que lo hace, se hace sabia, para que yo me crea sabio, para que la crea mía, los ojos no le interesan, dice que carezco de ellos, o que no me sirven para nada, después habla de lágrimas, después habla de luces, realmente ella va a tientas, luces, sí, a lo lejos, o cercanas, las distancias, ¿sabéis?, las medidas, silencio, luces, como en el alba, que mueren después, como en la noche, o que se acentúan, como les ocurre, resplandecen más blancas que la nieve, un segundo es corto, después se extinguen, en efecto, si se quiere, se olvida, olvido, digo que no veo nada, o digo que está en mi cabeza, como si yo me notara una cabeza, todo esto son hipótesis, son mentiras, esas luces también, ellas debían

salvarme, debían devorarme, de esto no ha resultado nada, no veo nada, sea esto, sea aquello, y estas imágenes con las que ellos me han abrevado, como a un camello, antes del desierto, no sé mentiras también, para ver, está visto, todo visto, mentiras, pronto está dicho, hay que decir pronto, es el reglamento. Sitio, lo haré de todos modos, lo haré en mi cabeza, me lo sacaré de la memoria, lo sacaré hacia mí, me haré una cabeza, me haré una memoria, no tengo más que escuchar, la voz me lo dirá todo, todo lo que necesito, me lo ha dicho ya, me lo volverá a decir, todo lo que necesito, a trocitos, jadeando, es como una confesión, una última confesión, se la cree concluida, después reaparece, hubo tantas faltas, la memoria es tan mala, las palabras no acuden ya, las palabras van escaseando, el aliento se acorta, no, es otra cosa, es una requisitoria, una moribunda que acusa, es a mí a quien ella acusa, hay que acusar a alguien, es menester hallar a alguien, hace falta un culpable, ella habla de mis maldades, habla de mi cabeza, se dice mía, dice que me arrepiento, que quiero ser castigado, más de lo que lo estoy, que quiero salir, que quiero liberarme, hace falta una víctima, no tengo más que escuchar, ella indicará mi escondite, ella me lo indicará, ¿cómo es?, ¿dónde está la puerta?, si es que hay una puerta, ¿y dónde estoy yo?, ¿y cómo es entre nosotros, qué clase de terreno, si es el mar, o si es la montaña, y el camino que se ha de seguir, para que pueda irme, escaparme, liberarme, llegar allí donde el hacha cae sin ningún otro género de proceso, sobre cuantos llegan de aquí?, no soy el primero, no seré el primero, ella me tendrá, tuvo a otros, me dirá cómo hacer, para levantarme, para moverme, para proceder como un cuerpo dotado de desesperación, así es como razono, como me oigo razonar, todo esto son mentiras, no es a mí a quien se llama, no es de mí del que se habla, mi turno no ha llegado todavía, es el turno de otro, por eso no puedo moverme, ni me noto cuerpo, ni todavía sufro bastante, aún no ha llegado mi turno, no lo suficiente para que me pueda mover, para tener un cuerpo, con una cabeza, para poder comprender, para tener ojos que me aclaren el camino, no hago más que oír, sin comprender, sin poder sacar partido de lo que oigo, para irme, para no tener que oír más, no lo oigo todo, debe de ser eso, las cosas importantes no las oigo, no es mi turno, sobre todo no llegan hasta mí las indicaciones anatómicas y topográficas, sí, lo oigo todo, debí oírlo todo, ¿qué puede importar eso, toda vez que no es mi turno, mi turno de comprender, mi turno de vivir, mi turno de vida?, ella le llama a eso vivir, el espacio del camino desde aquí hasta la puerta, todo está ahí, en lo que oigo, en alguna parte, si todo está dicho desde siempre, todo debe estar dicho, pero no ha llegado mi turno de saber qué, de saber quién soy, dónde estoy, y cómo hacer para no ser más, para no estar más ahí, esto se aguanta, para ser otro, no, el mismo, no sé, irme en vida, recorrer el camino, encontrar la puerta, encontrar el hacha, tal vez sea una cuerda, para el cuello, para la garganta, para las cuerdas, o dedos, tendré ojos, veré dedos, será el silencio, tal vez sea una caída, encontrar la puerta, abrir la puerta, caer, en el silencio, no seré yo, yo permaneceré aquí, o allí, mejor allí, no seré nunca yo, todo eso se hizo ya, está dicho y redicho, la partida, el cuerpo que se levanta, el camino, en colores, la llegada, la

puerta que se abre, se cierra, eso nunca fui yo, no me he movido, escuché, debí de hablar, ¿a qué empeñarse en que no?, después de todo, nada quiero, digo lo que oigo, oigo lo que digo, no sé, lo uno o lo otro, o los dos, lo que constituyen tres posibilidades, todas esas historias de detenidos son mías, debo de ser extremadamente viejo, o es que la memoria es mala, si supiera si he vivido, si vivo, si viviré, esto lo simplificaría todo, imposible saber, en ello reside la astucia, no me moví, es cuanto sé, no, sé otra cosa, no soy yo, siempre lo olvido, continúo, es necesario continuar, no me moví de aquí, no cesé de contarme historias, escuchándolas apenas, escuchando otra cosa, acechando otra cosa, preguntándome de tanto en tanto de dónde las saco, ¿estuve con los vivos o vinieron ellos a mí?, ¿y dónde, dónde los tengo?, ¿en la cabeza?, no me noto cabeza, ¿y con qué las digo?, ¿con la boca?, la misma observación, ¿y con qué las oigo?, y tatatá y tatatá, no puedo ser yo, o es que no presto atención, a tal punto me habitué, lo hago como si estuviera en otro lugar, héme ahí lejos, héme ahí ausente, es su turno, es el que ni habla ni escucha, el que carece de alma y de cuerpo, lo que tiene es otra cosa, debe de tener algo, debe de estar en algún sitio, está hecho de silencio, he aquí un bonito análisis, está en el silencio, es a él al que hay que buscar, se ha de ser él, se ha de hablar de él, pero él no puede hablar, luego yo podría detenerme, sería él, sería el silencio, estaría en el silencio, estaríamos juntos, su historia es la que hay que contar, pero no tiene historia, no estuvo en la historia, lo que no es seguro, está en la historia que le pertenece, inimaginable, indecible, no importa, es menester, en mis viejas historias llegadas de no sé dónde, intentar descubrir la suya, que ha de estar, que debió de ser la mía, antes de ser la suya, yo la reconocería, acabaré por reconocerla, la historia del silencio que nunca abandonó, que no debía haber abandonado nunca, que acaso no vuelva a encontrar nunca, que tal vez volveré a hallar, entonces será él, seré yo, será el lugar, el silencio, el fin, el principio, la vuelta a empezar, ¿cómo decirlo?, son palabras, es lo único que tengo, y aun así, van escaseando, la voz se altera, está bien, conozco eso, debo conocerlo, será el silencio, a falta de palabras, lleno de murmullos, de gritos lejanos, el previsto, el de la escucha, el de la espera, la espera de la voz, los gritos se calman, como todos los gritos, lo que quiere decir que se callan, los murmullos cesan, abandonan, la voz vuelve, vuelve a intentar, no hay que esperar que desaparezca, que no haya voz, que no quede más que un residuo de murmullos, de gritos lejanos, hay que intentar deprisa, con las palabras que quedan, ¿intentar qué?, lo ignoro, no importa, nunca lo supe intentar que ellos me conduzcan a mi historia, las palabras que restan, mi vieja historia, que olvidé, lejos de aquí, a través del ruido, a través de la puerta, en el silencio, eso debe de ser es demasiado tarde, quizá sea demasiado tarde, quizá ya está hecho, ¿cómo saberlo?, no lo sabré nunca, en el silencio no se sabe, quizá sea la puerta, quizá me halle ante la puerta, lo que me sorprendería, quizá sea yo, fui yo, en algún lugar fui yo, puedo partir, durante todo este tiempo viajé, sin saberlo, soy yo ante la puerta, ¿qué puerta?, ya no es otro, ¿qué viene a hacer aquí una puerta?, son las últimas palabras, las verdaderamente últimas, o son los

murmullos, van a ser los murmullos, conozco eso, incluso no, se habla de murmullos, de gritos lejanos, hasta donde se puede hablar, se habla antes, se habla después, son mentiras, será el silencio, pero que no perdura, donde se escucha, donde se espera, a que se rompa, a que la voz lo rompa, quizá sea el único, no sé, no vale nada, es cuanto sé, no soy yo, es cuanto sé, no es el mío, es el único que haya tenido, no es cierto, debí de tener el otro, el que dura, pero no duró, no comprendo, lo que quiere decir que, si dura siempre, yo estoy siempre ahí, me abandoné ahí, espero, no, no se espera ahí, no se escucha, no sé, se trata de un sueño, quizá sea un sueño, lo que me sorprendería, voy a despertarme, en el silencio, no dormirme más, seré yo, o seguir soñando, soñar un silencio, un silencio de sueño, lleno de murmullos, no sé, son palabras, no despertarme nunca, son palabras, es lo único que hay, es menester seguir, es cuanto sé, ellos van a detenerse, conozco eso, los noto que me sueltan, será el silencio, un breve instante, un buen momento, o será el mío, el que dura, que no duró, que dura siempre, seré yo, es menester seguir, no puedo seguir, es menester seguir, voy pues a seguir, hay que decir palabras, mientras las haya, hay que decirlas, hasta que me encuentren, hasta que me digan, extraño castigo, extraña falta, hay que seguir, acaso esto se haya hecho ya, quizá me dijeron ya, quizá me llevaron hasta el umbral de mi historia, ante la puerta que da a mi historia, esto me sorprendería, si da, seré yo, será el silencio, allí donde estoy, no sé, no lo sabré nunca, en el silencio no se sabe, hay que seguir, voy a seguir.



SAMUEL BARCLAY BECKETT, (Dublín, 1906 - París, 1989) fue un dramaturgo, novelista, crítico y poeta irlandés, uno de los más importantes representantes del experimentalismo literario del siglo xx, dentro del modernismo anglosajón. Fue igualmente figura clave del llamado teatro del absurdo y, como tal, uno de los escritores más influyentes de su tiempo. Escribió sus libros en inglés y francés, y fue asistente y discípulo del novelista James Joyce. Su obra más conocida es el drama *Esperando a Godot*.

Fue galardonado con el Premio Nobel de Literatura en 1969 «por su escritura, que, renovando las formas de la novela y el drama, adquiere su grandeza a partir de la indigencia moral del hombre moderno». En 1961 había recibido asimismo el «Premio Formentor» otorgado por el Congreso Internacional de Editores, junto a Jorge Luis Borges.

Notas

[1] *Murphy* (1938), *Watt* (1953), *Molloy* (1951), *Malone Meurt* (1952), *L'innommable* (1953), *-Comment C'est* (1961). <<

[2] *Souffre-douleurs* en francés equivale a burro de carga o a cabeza de turco. Téngase en cuenta la traducción literal de *sufre-dolores* o *padece-dolores*, pues hay a continuación un juego de palabras con esta expresión. *N. del T.* <<

[3] *Cul de jatte*, literalmente culo de escudilla o de cuenco, significa asimismo el lisiado que carece de piernas y camina a rastras, acepciones ambas de que se sirve el autor para el intraducible juego de palabras que sigue. *N. del T.* <<

[4] Tellus, en la mitología clásica, era la Tierra, a la que se representaba en figura de mujer con multitud de senos en el cuerpo. *N. del T.* <<

[5] *Un vieux de la vieille*, nombre dado familiarmente a los veteranos de la «Grande Armée» de Napoleón Bonaparte. *N. del T.* <<

[6] En el original, su *sabir*, una mezcla de árabe, francés, italiano y español, que se habla en el Levante y en Argelia. *N. del T.* <<

[7] Político y militar haitiano, nacido en Santo Domingo, jefe de la rebelión dominicana de 1796 a 1802. Apresado por el general Brunet, murió en el fuerte francés de Joux, en 1803. *N. del T.* <<

[8] *Avoir de pain sur la table*, equivale a tener recursos preparados para el futuro. La frase sin duda debe su origen a los panes que los campesinos cocían en otro tiempo y guardaban sobre una tabla para irlos consumiendo en días sucesivos. *N. del T.* <<